

54324

23

*[Faint handwritten notes in blue ink, including numbers like 1381, 1203, 1203, 120, 1418]*

# 24386

943549

24354

050

(629)

# ANALES

DE LA

## UNIVERSIDAD DE CUENCA



Tomo XIV

No. 1

ENERO - MARZO DE 1958

CUENCA — ECUADOR

# ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA

Publicación Trimestral

24354

TOMO XIV

ENERO - MARZO DE 1958

Nº 1

## SUMARIO:

	<u>Págs.</u>
A. C. T.: Nota Editorial .....	1
Gabriel Cevallos García: América: Teoría de su Descubrimiento .....	5 <sup>3036</sup>
Francisco Alvarez González: La Ciencia Moderna y la Univerisdad Ecuatoriana .....	45 <sup>8354</sup>
César Hermida Piedra: El Petroglifo de Changachangaza .....	61
M. A. Raúl Vallejos: Demócrito y el Concepto Moderno de la Materia .....	65 <sup>8649</sup>
Rigoberto Cordero y León: Carlos Samayoa Chinchilla, el Maravilloso .....	71
José López Rueda: Soledad y Memoria. (Prólogo de Francisco Alvarez González) .....	85
CRONICA UNIVERSITARIA <sup>(Facultad de Ciencias)</sup> .....	155 <sup>4234</sup>

165

## La Fundación de la Universidad de Cuenca

El calendario cívico de la ciudad de Cuenca registra hoy un día de gloria para su Cultura.

Las campanas del tiempo repican ahora recordando a la ciudad universitaria los noventa años del triunfo del espíritu y la gloria apasionada del culto a las Ciencias y las Letras. La grandeza de un pueblo, como esta Cuenca de los Andes, no se midió por su potencial económico o su fuerza numérica, sino por su grado de cultura y el índice de sus excelsos valores espirituales, ya que ningún bien material —que siempre es transitorio— vale la pena de un esfuerzo si no lo acompaña, lo alienta y lo proyecta una razón suprema que está más allá de nosotros mismos: el intangible poderío del espíritu, las hazañas de la virtud, los hitos luminosos de la ciencia, la estela rutilante de la cultura.

El primero de Enero de 1868 se inaugura la Corporación Universitaria del Azuay, en cumplimiento del Decreto Legislativo de 15 de Octubre de 1867, que crea "en cada una de las Capitales de las Provincias del Azuay y Guayaquil una Junta o Corporación compuesta de los superiores y catedráticos de los respectivos Colegios Seminario y Nacional, la cual podrá conferir todos los grados académicos a los individuos que los soliciten, procediendo en confor-

midad con las disposiciones de la Ley de Instrucción Pública", como reza el artículo primero del histórico Decreto, firmado por hombres de la talla de Pedro Carbo y Antonio Flores, Presidentes, entonces, de las Cámaras del Senado y de Diputados, respectivamente.

Al hacer la valoración del pensamiento de los hombres que crearon la Universidad de Cuenca y de los que la infundieron después su soplo vivificador para su ruta segura hacia el futuro de su destino, estamos contribuyendo a la continuidad histórica de nuestra vida intelectual; si así no lo hiciéramos, la afirmación y la obra constructiva de las generaciones del porvenir —firmes en sus ideales y entusiastas para defenderlos— carecerían de esas mismas raíces indelebles al través del tiempo y del espacio.

Y así los anhelos e ideales que inspiraron la creación de la Universidad de Cuenca, se mantienen vivos y encendidos en esta conmemoración de gratas memoranzas, y un himno de júbilo se eleva desde esta ubérrima tierra de promisión, como un alado mensaje, jubiloso y agradecido, a las faenas de la inteligencia.

Pueblo que no actúa con gran sentido de responsabilidad y con un férvido afán de superar las excelencias legadas, desvirtúa su misión histórica y traiciona sus tradiciones de cultura; pero Cuenca ha sabido mantener en alto sus ideales y defender sus conquistas, aun sobreponiéndose al infortunio y a la adversidad.

Días de turbulencia pesan sobre el mundo de hoy y las Universidades no están exentas de la fatalidad histórica del presente. También las embarga el ecuménico desconcierto y contemplan, con estupor, cómo declinan sus virtudes y cómo bambolean sus principios; pero esta crisis momentánea de los valores del espíritu ha de ser para la Universidad de Cuenca un incentivo creador, porque no hay mejor estímulo que la inseguridad, ni aliciente más poderoso que la duda, ni motor más formidable que la angustia. La inseguridad ha estado presente, con dramática intensidad, en

todos cuantos han impuesto el signo de su personalidad y de su obra en la historia del mundo. No otra cosa es el concepto de la Cultura como nos lo define Ortega y Gasset, considerándola como un bracear del hombre en el mar sin fondo de la existencia con el fin de no hundirse, como una tabla de salvación por la cual la inseguridad radical y constitutiva de la existencia puede convertirse en firmeza y seguridad.

Quisiéramos que esta conmemoración, casi centenaria, deje caer, al mismo tiempo, sobre el surco abierto del espíritu, una semilla imperecedera y fecunda de ambición generosa, de esforzado decoro y de responsabilidad permanente, para que con nuestra voz y nuestro acento esclarezcamos el evangelio de nuestro saber de cada día y avivemos la magnífica llama de esa zarza perennemente encendida que es el ideal de nuestra superación constante y prometidora. Que esta Universidad de Cuenca, fiel al legado de sus fundadores, sea la nave ágil y veloz, conquistadora de todas las rutas y de todos los vientos, hasta llegar al puerto seguro, a la promisor, prometida y lejana orilla de la Verdad.

La Universidad de Cuenca rinde, en esta fecha, su emocionado tributo a la memoria de esos **prohombres del espíritu** —que diría Stefan Zweig— Maestros y Rectores magníficos de esta noble Catedral de la Ciencia, bajo cuyos arcos —de líneas depuradas por el humanismo y la técnica— ha de sentir pasar el inacabado desfile de una noble y equilibrada juventud, reciamente tendida hacia el porvenir.

La conmemoración que hoy celebramos tiene, para nosotros, esa viveza de colorido, esa perspectiva luminosa, esa fuerza de expresión, ese maravilloso aroma de sentimiento, esa realidad vigorosa y ese mundo inmenso de fe y de esperanza.

ANALES hace votos porque las obras y los triunfos en el pasado de la Universidad de Cuenca, no sean sino

una jornada cumplida con honor y realizada con decoro y, antes que nada, la inicial luminosa de nuevas conquistas y de elevados propósitos.

Si la Universidad de Cuenca posee ejecutorias y abolen-gos de cultura que, sin duda alguna, pocas Universidades Latinoamericanas pueden exhibir, esa misma nobleza que ostentan sus blasones más que un motivo de ufanía, entraña una responsabilidad: la de superar su magnífica trayectoria iniciada, hace noventa años, con las sabias palabras de su excelso primer Rector, como una aurora de esperanza...

A. C. T.

Cuenca, 1º de Enero de 1958.

## América: Teoría de su Descubrimiento

### La mayor cosa después de la Creación

En el año de 1552 apareció en Zaragoza la **Historia General de las Indias** escrita por el capellán de Hernán Cortés, Francisco López de Gómara. Llevaba una carta al comienzo de ella, dirigida a Don Carlos V, Emperador y Señor de las Indias y del Mar Océano, carta cuyas primeras palabras definían insuperablemente la proeza cumplida por Cristóbal Colón, mejor dicho por la Europa renacentista personificada, entonces, en el esfuerzo castellano. López de Gómara define así el descubrimiento llevado a término por el manajo de hombres aventureros y sus tres carabelas casi mitológicas:

"La mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió, es el descubrimiento de las Indias; y así las llaman Nuevo Mundo."

Sesenta años antes de estampada esta definición se llevó a cabo la hazaña. Una aventura en regla: una perfecta apertura del alma hacia el futuro. Tal como en las novelas de caballerías, tal como en el espíritu de los hidalgos soberanos de sus actos. En aquellos tiempos de transformación europea —nacimiento de la modernidad y muerte lenta o transfiguración portentosa del medievo—, las guerras de conquista dieron fin en el Viejo Mundo, lo mismo que las empresas de los caballeros y de la caballería; en tanto alboreaba la era del mar y

de los caballeros ultramarinos. Por esos años, un poco después, quizás, Cervantes describió también definitivamente el ánimo de aquellos aventureros conscientes del donativo que hacían a la Historia:

“¿Quién duda sino que en los venideros tiempos, cuando salga a luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere no ponga, cuando llegue a contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera?...”

El relato cervantino sigue desde aquí el paso de Rocinante por la bella alborada de Montiel en la mañana de julio, un día viernes del caluroso mes de aquel año en que Don Quijote, es decir Cervantes, principió a encanecer, pero no de vejez sino de ansia por dar fin a grandes empresas soñadas con toda la vida. Una mañana, también, luego de aparejada el alma, y a pocos días del caballero cervantino, o sea en el caluroso mes de agosto, viernes dos de agosto de 1492 (se me perdonará el anacronismo intencional y buscado entre el relato del hidalgo manchego y el del almirante genovés), un pequeño grupo de hombres de mar, enderezado por otro marino almirante que era además poeta, es decir creador, dejaba las mullidas plumas y entregaba al mar océano el poderío de sus sueños.

Con tres barquitas menores, tan menores que el monto de su tonelaje haría sonreír ahora a cualquier falucho, con tres vehiculos más flacos que el fabuloso Rocinante, se abrió el surco más profundo que haya soportado la paciencia movediza del mar. Se rayó la Historia, como afirmó López de Gómara, se la deslindó con una línea de agua, amplía como el horizonte, y se partieron desde entonces los hemisferios: el Viejo y el Nuevo. En dos porciones se abrió la humanidad, semejando a aquellas otras que fueron marcadas cierta tarde un viernes del mes de nizan, en la cumbre del Monte de las Calaveras. Sin blasfemia alguna, antes bien con humilde acatamiento de los dictados providenciales de Dios sobre la Historia, la debemos mirar surcada por estos meridianos de la Gracia: el que separa al mundo espiritual antes y después de Jesucristo, y el que divide a la tierra y a sus longitudes antes y después del Descubrimiento del Nuevo Mundo.

La mayor cosa después de la Creación fue, pues, el hallazgo de esta porción de la tierra: resulta fácil decirlo, pero sería imponderablemente portentoso el saber soportarlo, el llevarlo a cuestras con la elegante agilidad de las empresas capitales de la Historia. Hoy no nos

parece ya un sueño el despertar del Nuevo Mundo en la mirada atónita del mismo almirante empeñado en soñarlo, y no nos llevamos las manos a los ojos, y no los frotamos como ante un fantasma, y sin azoramiento aceptamos la realidad inmensa de inmensas tierras ignotas, de pueblos no presentidos, de reservas históricas en descanso secular: todo ella nacido, como en el Génesis, al simple llamamiento de una voz.

Ahora el Nuevo Mundo tiene para nosotros la misma trivialidad de las noticias cotidianas; no se nos adentra en el alma su proa, ni levanta en nuestro espíritu el tumulto correspondiente a la maravilla. Pero hace cuatro siglos no fue así, y el hecho desató un torrente de estupor y la cadena innumerable de sucesos, de heroísmos, de conocimientos, de ambiciones, de reacondicionamientos humanos, en fin, de nuevas posturas históricas y jurídicas. Hallar la perla de un mundo, engazarla en la diadema de los mayores portentos europeos, encontrar que era buena y que, por consiguiente, su semblante fresco cambiaría la faz del mundo conocido, no fue empresa de cualquier época, sino la más alta llevada a término por la era renacentista, colmada de magnanimidad, superabundante de grandes caracteres, rica en biografías poderosas.

### El hallazgo de las primeras tierras

Fue así mismo un día viernes, 12 de octubre, muy de mañana, cuando se hizo realidad el viejo sueño, mejor diré se despejó la pesadilla de mundos horribles y de seres monstruosos, que durante siglos afligió al pensamiento humano; y al despejarse la pesadilla, al mismo tiempo, se despertó a la Historia y a la geografía un orbe natural y lógicamente establecido, lleno con riquezas magníficas, atractivo, promisorio y poblado por hombres conformados de igual manera que los europeos. Fue el fin de la fábula y el comienzo de una realidad mucho más grande que los añejos relatos mitológicos. Sin alardes literarios, pero con esa claridad limpia con que suele consignarse lo grandioso por sí mismo, Don Cristóbal Colón o su secretario hoy desconocido, escribió en el **Diario** de viajes las frases que transcribo en seguida, tomándolas de Martín Fernández de Navarrete, el máximo compilador de las andanzas, relatos y cartas del Almirante:

“Jueves 11 de octubre.— ..... Después del sol puesto navegó á su primer camino al Oueste: andarian 12 millas cada

hora, y hasta dos horas después de media noche andarían 90 millas, que son 22 leguas y media. Y porque la carabela Pinta era más velera é iba delante del Almirante, halló tierra e hizo las señas quel Almirante había mandado. Esta tierra vido primero un marinero que se decía Rodrigo de Triana; puesto que el Almirante a las diez de la noche, estando en el castillo de popa vido lumbre, aunque fue cosa tan cerrada que no quiso afirmar que fuese tierra; pero llamó a Pedro Gutiérrez, repostero destrados del Rey, e dijole, que parecía lumbre, que mirase él, y así lo hizo y vidola: dijolo también a Rodrigo Sánchez de Segovia quel Rey y la Reina enviaban en la armada por veedor, el cual no vido nada porque no estaba en lugar dó la pudiese ver. Despues quel Almirante lo dijo se vido una vez o dos, y era como una candelilla de cera que se alzaba y levantaba, lo cual a pocos pareciera ser indicio de tierra. Pero el Almirante tuvo por cierto estar junto a la tierra. Por lo cual cuando dijeron la **Salve**, que la acostumbraban á decir é cantar a su manera todos los marineros y se hallaban todos, rogó y amonestólos el Almirante que hiciesen buena guardia al castillo de proa, y mirasen bien por la tierra, y que al que dijese primero que via tierra le daría luego un jubón de seda, sin las otras mercedes que los Reyes habían prometido, que eran 10.000 maravedis de juro a quien primero la viese. A las dos horas despues de media noche pareció la tierra, de la cual estarían dos leguas. Amañaron todas las velas, y quedaron con el treo ques la vela grande y sin bonetes, y pusieronse a la corda temporizando hasta el día Viernes que llegaron á una isleta de los Lucayos, que se llamaba en lengua de indios **Guanahani**. Luego vieron gente desnuda, y el Almirante salio á tierra en la barca armada, y Martín Alonso Pinzon y Vicente Anes, su hermano, que era capitan de la Niña. Sacó el Almirante la bandera Real y los capitanes con dos banderas de la Cruz Verde, que llevaba el Almirante en todos los navios por seña con una F y una Y: encima de cada letra su corona, una del cabo de la + y otra de otro. Puestos en tierra vieron árboles muy verdes y aguas muchas y frutas de diversas maneras. El Almirante llamó á los dos capitanes y á los demás que saltaron en tierra, y a Rodrigo Descovedo, Escribano de toda la armada, y á Rodrigo Sanchez de Segovia, y dijo que diesen por fe y testimonio como él por ante todos tomaba, como de hecho tomó, posesion de la dicha isla por el Rey e por la Reina sus señores, haciendo las protestaciones que se requirían, como mas largo se contiene en los testimonios que allí se hicieron por escripto....."

No cabe mayor sencillez al dar testimonio de un suceso extraordinario, tan fuera de la medida, que bastó a cambiar el lenguaje histórico y geográfico hablado por más de veinticinco siglos. Con todo, hay una duda harto difícil de resolver, relativa nada menos que a la

isla donde aportaron los españoles en la mañana celebrada por las palabras antes transcritas. Se trata de la ubicación de la isla de Guanahani, denominada en seguida San Salvador por los descubridores. El mismo Navarrete, puntual y erudito en cuestiones geográficas y de mar, anota el texto colombino con esta llamada al pie de la página:

"Examinado detenidamente este diario, sus derrotas, recaladas, señales de las tierras, islas, costas y puertos, parece que esta primera isla que Colón descubrió y pisó, poniéndola por nombre **San Salvador**, debe ser la que está situada al Norte de las Turcas llamada del **gran Turco**. Sus circunstancias conforman con la descripción que Colón hace de ella. Su situación es por el paralelo 21° 30', al Norte de la medianía de la isla de Santo Domingo."

Pedro Mártir de Angleria y Bartolomé de Las Casas recogieron la primicia informativa del gran suceso, y del mismo dieron en sus libros versiones optimistas y tintas en la paleta renacentista. El primero de los escritores nombrados lo hizo en sus **Décadas del Nuevo Mundo**, escritas para el uso y el deleite de los grandes señores italianos, Pontífices y humanistas, en uno de los mejores latines que alcanzó a estamparse en ese tiempo; y el segundo lo hizo en casi todas sus grandes producciones, de manera especial en su **Historia de las Indias**, donde empleó el diario de viajes del Almirante, cuyos originales pasaron a ser de su pertenencia.

Sin embargo, fue el protagonista de la hazaña espectacular el mismo que coadyuvó a la publicidad escrita del gran suceso, una vez fructificado: sus **Cartas** a los Reyes Católicos, a varios distinguidos miembros de la administración cortesana y a algunos amigos o apoderados de asuntos familiares o económicos, forman un monto de documentos informativos de primera mano, que constituye una fuente digna de nota para la intelección de los sucesos de aquellos años en los que se efectuaron los cuatro viajes de Colón, años denominados por Pedro Mártir de Angleria en una forma propia del Renacimiento, **Década Oceánica**. Finalmente, la más parva referencia bibliográfica a este asunto ha de comprender, así mismo, la **Historia de la Vida y Hechos de el Almirante D. Cristóbal Colón**, si bien escrita con apasionada consanguinidad por D. Fernando Colón, mas no por ello soslayable.

Un problema hay, más agudo por lo que toca a la primitiva infor-

mación del gran suceso, y es que no se conocen en su pristina versión los manuscritos del **Diario** de viajes del Almirante Colón. Los papeles que lo contuvieron, al pasar a la pertenencia de Las Casas, fueron copiados por éste y, seguramente, reformados, según es notorio al leer a lo largo del relato frases como la siguiente: "esto que se sigue son palabras formales del Almirante en su libro..." La publicación realizada de dichas copias por Fernández de Navarrete, lo atestigua con honorabilidad al final del **Diario** de Colón, donde anota los hechos con una nitidez bibliográfica semejante a la minucia detallista de un notario:

"Es copia de la que de letra del Obispo Fray Bartolomé de Las Casas existe en el archivo del Exmo. Sr. Duque del Infantado en un tomito de a folio, forrado en pergamino, con 76 fojas útiles de letra menuda y metida. Allí hay otra copia antigua, algo posterior a la de Las Casas, también en folio, con igual forro y de 140 fojas. Ambas se han tenido presentes en la prolija confrontación que hemos hecho con las nuestras el cosmógrafo mayor de Indias D. Juan Bautista Muñoz y yo, en Madrid, a 27 de Febrero de 1791."

El conocimiento preciso de los sucesos de aquellos días no se nos alcanza plenamente. Los detractores de Colón y sus admiradores han sobrepasado la línea de los escrúpulos, y de las primeras tierras descubiertas, por lo que de ellas consta en las primeras descripciones del suceso, poseemos versiones fantaseadas, con base de realidad indudablemente, pero no aptas para dar de sí una teoría histórica de contornos inatacables, como pide la crítica actual. Con todo, lo que resta, desfigurado o no, al sumarse con los relatos de otros cronistas inmediatos, que los buscaban en diversas fuentes orales, tal como hacían Fernández de Oviedo, López de Gómara y algunos más, nos deja muy próximos a la certidumbre del modo como acontecieron los hechos. Y para confirmación de lo dicho, me place citar la autoridad de nuestro contemporáneo, el historiador argentino Roberto Levillier, quien escribe lo siguiente en su formidable libro, **América la bien llamada**:

"Claro está que mientras no se halle el manuscrito perdido, si es que aún existe, una historia auténtica escrita por un compañero de Colón acerca del viaje y de los hechos del genovés a bordo, en las islas y tierra firme, desde 1492 hasta su muerte, no poseeremos la verdad. Tampoco la tenemos para los primeros años de la conquista, con fuente tan detractora de los castellanos como es Las Casas.

"Sin embargo, no es aceptable que **todo** el diario de a bordo y **todo** el libro de Hernando Colón, y **toda** la **Historia**, sean meros escritos forjados por el dominico. Más verosímil es que después de estar en sus manos, quedaron adulterados para siempre. Algo, indiscutiblemente, perdura; algo desdibujado, dudoso, deforme, una débil base ofrecida a la intuición, para que ella acepte o repudie. Y la **Destrucción de las Indias** es igualmente una mezcla de verdades y falacias, de añadidos y de substracciones, de abultamientos espantosos y de fantasías al servicio de un amor al indio, degenerado en odio al blanco."

El hallazgo de las primeras tierras, luego del inicial momento de estupor, trajo el afán naturalísimo de invitar a la empresa al mayor número de españoles, comprometiendo para ello a los Soberanos y subyugando la emoción colectiva, siempre lista a verterse hacia lo desconocido. Las **Cartas** de Colón y sus relatos acentuaron lo novelesco, mejor dicho lo crearon en una edad donde los relatos de la pagania estaban de moda y revestían incontrovertible actualidad. No fue difícil a Colón o a sus deformadores hablar de montañas de oro, de paraísos terrenales y de honfres mansos que preludiaban dos siglos antes la ingenua tesis del **buen salvaje**. En el tallo propicio de tamaña disposición psicológica, creció la fábula entretejida por la autoridad de cronistas serios y fidedignos, como Las Casas, fábula en la que —y cito un solo ejemplo— en una de las islas recién descubiertas existía un río con la no desilusionadora cifra de once mil tributarios, todos ellos pagando al caudal madre el atractivo estipendio de ingentes cantidades de oro en grano. Si en algo tan material y comprobable exageró tanto el celoso misionero, cómo no exageraría en sustancia tan improbable como es la apreciación personal de los hechos ajenos...

### ¿Qué fue el Descubrimiento?

En la literatura de las conmemoraciones o en los textos escolares, el Descubrimiento de América, mejor dicho del Nuevo Mundo —porque América no fue descubierta, sino denominada así, muchos años después en ciertas cartas geográficas editadas en Alemania— el Descubrimiento, repito, es la página histórica donde los historiadores se limitan a narrar el hecho de haber sido vistas y holladas las tierras de las islas Lucayas, las de la isla Guanahani, en especial, el 12 de octubre del año 1492. Aun cuando la verdad sea un poco distinta, siendo mejor asegurar que el Descubrimiento es un largo conjunto



de sucesos desatados en aquella mañana y no cumplidos en su totalidad sino muchísimas décadas después, cuando la mayor parte del Continente, o sean las regiones habitables y laborables, fueron puestas a la vista y al conocimiento del espíritu europeo.

El Descubrimiento del Nuevo Mundo concatena acontecimientos, técnicas, exploraciones, casualidades, en total, una suma ingente de hechos humanos dignos del más atento discrimen. Por dicho Descubrimiento debemos entender, entonces, sucesos al parecer dispares, motivaciones superficialmente contrarias, realidades no del todo congruentes si se las mira sin detención, actos, actitudes, principios doctrinarios, normas jurídicas, etc. Tras la palabra Descubrimiento se esconde, pues, una realidad multiforme, a la que se suele mirar tan sólo la cabeza, olvidando o dejando para otros capítulos de Historia, el resto importante del cuerpo y todo el conjunto que visto en unidad, y sólo en unidad, adquiere sentido.

A fin de reducir todo este conjunto a una teoría, es lo más apropiado separar los hechos en sus lineamientos generales externos, dentro de la siguiente clasificación, oportuna y metódica, pero no exhaustiva: primero, los atinentes a la épica del Descubrimiento; segundo, los que miran a la técnica del mismo, y a las ciencias, artes y artesanías coordinadas en la empresa y hacia sus fines; tercero, los sucesos humanos que formaron el soporte histórico del hecho descubridor, o sea la ética del Descubrimiento; y, finalmente, lo que llamo la revelación ideológica del Nuevo Mundo, ya sea en el pensamiento de los europeos, ya sea en la conciencia de los moradores primitivos de América. Me explicaré con brevedad.

Por épica del descubrimiento debe comprenderse aquella sucesión deslumbradora de hechos, cuya luz ha dejado en penumbra a los demás incidentes o trámites del proceso descubridor. Y aquello era natural, porque ¿cuántos espíritus se detuvieron a considerar el hecho en su calidad íntima y moral, cuando el inapelable dramatismo de las biografías heroicas lo cubría todo? ¿Quién iba a pensar en otra cosa, cuando tenía ante la vista las hazañas de Cortés, de Alvarado, de los Pizarro, de Orellana, de Valdivia y de un crecido número de capitanes, adelantados, soñadores, aventureros, hombres de acción y constructivos, que desgranaban ante la mirada atónita del mundo, una larga serie de proezas superiores a las escritas y oídas hasta entonces?

Era, por tanto, lógico, elemental, con elementalidad infantil irrecusable, que los historiadores, durante generaciones, se sucedieran en su actitud admirativa hacia tales capitanes, que en torno de ellos llegaran a consagrar el epíteto más alto, cuando no el lugar común y, prescindiendo de lo íntimo humano, atronaran el ambiente con declamatorias loanzas a los héroes. Lo heroico de aquellas décadas, en verdad, supera las fábulas del antiguo clasicismo, deja atrás, pero con inmensa distancia, a Hércules, a Teseo, a los personajes de Homero y de Virgilio, a las encarnaciones de la tragedia clásica y a los protagonistas de los relatos contados para asombro de griegos y romanos. Jamás sucedió lo que en esta época del empuje español sobre lo ignoto y, sin que nadie penetrara en los recintos del mito, en menos de un siglo, se cumplió un conjunto casi innumerable de empresas arrolladoras y definitivas.

Pasado el asombro fue necesario meditar en el modo cómo se dieron cima tamañas empresas. En efecto, aun cuando no caudalosamente, en los tiempos más recientes se ha meditado en esto, y han sido motivo de consideración atenta, entre otros, los problemas que aquí enumero: los marítimos, ante todo, y entre ellos los referentes al régimen de los vientos, a las corrientes oceánicas, a las derivaciones magnéticas, a la situación de los astros, al aspecto del cielo nocturno, etcétera. Y a estos problemas habrían de añadirse los siguientes: la manera de fabricar los barcos —piénsese solamente en cómo se construirían los primeros en el Pacífico, apenas descubierto por Balboa, o en la construcción del barquito más que fabuloso de Orellana, en el corazón de la jungla amazónica y a comienzos del siglo XVI—; la técnica de la navegación; los problemas sanitarios e higiénicos; los de adaptación de la vida a diversos regímenes climáticos; las técnicas de fortificación, las de urbanización, las agrarias e industriales; las artesanías aparejadas a las primeras horas de la llegada y de la adecuación a las tierras nuevas o virginales. A todo lo cual se debe añadir la medicina de entonces, la farmacopea, las ciencias naturales y más técnicas de trato urgente en circunstancias como las que atravesaban aquellos hombres.

¿Y la ética del Descubrimiento? La calidad humana del drama, las condiciones jurídicas en las que se realizara, las vinculaciones morales que surgieron en la raíz del suceso, los derechos que se creaban con tales hechos, el enfoque bilateral de los mismos, tanto de

parte del que iba siendo sojuzgado, como de parte del que iba quedando de vencedor: he allí un espectáculo digno de la mayor atención. Modernamente se ha escrito con abundancia sobre este asunto. Es uno de los temas favoritos de los historiadores y, por qué no decirlo, se ha puesto de actualidad. Al contacto del mismo, ven la luz muchos libros de gran belleza literaria y de sistematización jurídica y filosófica tales, que se los puede considerar, sin heperbole, como los más importantes que el tema del Descubrimiento haya sugerido. La parte ética y jurídica del suceso descubridor se ha bañado en aguas nuevas, en copiosas aguas de buena y cristiana comprensión, en nuevas convicciones históricas y críticas que han dejado a espaldas las falsedades y las inquinas con que, escritores de razas y hablas diversas de las empeñadas en el problema, durante cosa de tres siglos han desfigurado el correcto entendimiento de la fuente humana de los sucesos.

Y es curioso que en esos mismos pueblos de habla extraña haya comenzado la comprensión vindicatoria del aspecto ético del Descubrimiento del Nuevo Mundo. Son, ahora, los países de habla inglesa, entre otros, los que se disputan el honor de marchar al frente de la tarea justiciera. Para el hombre enterado de las corrientes históricas de los siglos XVI al XIX, no le sería extraño que tal ruta hubiera partido de Alemania, como así fue. Pero, lo más plausible está en que no solamente viene ahora de allí este empeño de revisión. Podría citar muchos nombres, mas para comprobar mi afirmación, basta con dos, que sirven como de compendio egregio a la corriente: Arnold Joseph Toynbee en Inglaterra, Lewis Hanke en los Estados Unidos de Norte América. La propaganda antiespañola, deprimente y calumniosa, no ha hecho daño a España solamente sino, ante todo, al Nuevo Mundo, cuya Historia ha asomado durante más de un siglo envuelta en mares de sombra y desfigurada por criterios malévolos. Porque la difamación que para España fue lesiva de sus intereses económicos y políticos, hirió a la dignidad personal e histórica de los hispanoamericanos.

Finalmente, me referiré con brevedad, a lo que he denominado antes la revelación ideológica del Nuevo Mundo. ¿Qué significó ésto? Pues, en verdad, dos problemas muy serios en la conciencia de aquellos tiempos. El primero, en la mente del europeo: la reacomodación de los viejos conceptos científicos a los hechos novedosos, conceptos sacados de quicios en el momento mismo en que, dentro del mundo renacentista, mayor autoridad tenía el ejemplo clásico o la palabra

del maestro griego o latino. Esta reacomodación se hizo sentir más severamente en el choque del hombre europeo acostumbrado a un tipo de tratamiento a otros hombres iguales o a seres humanos largo tiempo conocidos, con un tipo humano ahora nuevo de verdad. Y luego después, la reacomodación fue así mismo difícil al chocar las instituciones y las técnicas empleadas en el familiar medio europeo, con las condiciones del medio desproporcionado, imprevisible y desconocido del Continente Americano.

El segundo de estos problemas se planteó en la mente de los primitivos habitantes del Nuevo Mundo. Significó también una seria revelación, porque aquellos vivieron en un universo totalmente reducido, con límites cerrados, a veces, sobre la escasa extensión del suelo ocupado por la tribu. Y cuando se trataba de grupos organizados y hasta vertidos sobre enormes extensiones de geografía, tampoco hubo mayor conocimiento de ese mundo, como ocurrió entre los habitantes del Incario respecto de los aztecas, y viceversa. En el alma del primitivo morador del Nuevo Mundo se hizo también la revelación de América, revelación a la cual se agregaron otras que ensancharon definitivamente su horizonte espiritual.

Veremos, pues, sucesivamente, estos aspectos del complicado suceso que englobamos dentro del término Descubrimiento, que ahora no nos parece ya demasiado escueto, si atendemos a la riqueza de acontecimientos ocurridos y a la proyección humana y temporal de los mismos. Pero, antes, ruego al lector no se extrañe por la denominación un poco inusitada que engloba tales hechos, pues voluntariamente me aparto del sentido que de manera usual se ha dado a la palabra Descubrimiento. Este, como ya dije, no es un hecho aislado y no termina con los cuatro viajes de Cristóbal Colón. Con ellos da comienzo, y no se agota ni con las búsquedas apasionadas del Dorado. Se cumple mucho después, cuando muere el afán heroico y nace el ánimo tranquilo de lucha con la tierra o con el medio humano, del hombre sedentario y organizador, del tipo de hombre social, mercantil, agrario y municipalista que sustituyó al vistoso aventurero.

### La épica del Descubrimiento

Vamos a detenernos ante ella, quizás de una manera poco usual, viéndola en perspectiva histórica, literaria y, hasta, mitológica; pues

el mito es flor emotiva que también brota en el tronco heroico, y aquí más airosa y prolifera, si no más llena de gloria que en parte alguna. Los héroes del encuentro con el Nuevo Mundo, más allá de las consideraciones románticas, merecen trato universal, género de cortesía que no se les ha concedido en la medida a que son acreedores los protagonistas de una lucha a muerte con el mundo inmenso de la montaña, de la selva y de los hombres bravíos: verdadera **agonía** en el sentido griego del término. En verdad, no ha escaseado la simple admiración emotiva hacia estos héroes; mas no negaremos que la crítica no ha logrado situar correctamente en el lugar que corresponde, en el conjunto universal, a los ejemplares actos históricos llevados a término por un reducido grupo de valientes.

La épica del Descubrimiento, que impulsó aquella enorme producción histórica y emotiva, de altísima calidad en su mayor parte, y que llamamos la Crónica —ya fuera escrita en prosa o ya fuera escrita en verso—, obra colectiva redactada en comunidad de espíritu, aun cuando no en colaboración material, por estupendos poetas, muchos de ellos como Bernal Díaz del Castillo, Ercilla y otros, que al propio tiempo creaban el Nuevo Mundo y creaban el reflejo literario del mismo; la épica del Descubrimiento, repito, por necesidad tuvo que incardinarse en el tipo humano correspondiente, sin lo cual habría sido imposible. Esta afirmación no resulta perogrullesca, si se atiende a que muy pocas veces solemos ir a la raíz viva de los hechos históricos, a los mismos que acostumbramos ver de manera tan natural y externa, que resulta asombroso nuestro comportamiento.

Aquí me propongo estudiar al hombre heroico de aquella época inaugural del Nuevo Mundo, relacionándole, para verle mejor y comprenderle en sus características peculiares, con el héroe de la Historia universal, de la literatura y del mito, a fin de encontrar de modo más preciso las categorías que debemos aplicar al adelantado del Nuevo Mundo, revelador incansable de tierras fabulosas, mediante hechos fabulosos, realizados no hace treinta o más siglos, sino en el albor de la edad moderna, o sea en medio de la más clara luz histórica.

El hombre heroico no es fruto de cualquier clima cultural, y casi siempre con sólo nombrar a uno cualquiera de ellos, nuestra mente se traslada a las llamadas edades heroicas, lindantes con la leyenda deslumbradora; se traslada a esas regiones temporales donde se diluye

el contorno histórico, y la imaginación, como la planta sobre la arena, comienza a moverse libremente y hasta en falso, por no hallar la resistencia conveniente. En efecto, las verdaderas hazañas por lo general se han cumplido hacia el margen exterior de la realidad, donde la vida adquiere la maravillosa condición shakespeariana o, mejor, calderoniana, de volverse ensueño. La literatura, que es tan humana como la Historia, lo mismo que ésta, no nos desmiente, antes bien, una y otra concuerdan, pues las olas de sus mares respectivos arrojan a las playas del ensueño, indecisas pero efectivas, las existencias de los héroes.

Esto no asegura que los héroes no tengan suficiente fuerza para existir por sí mismos en el terreno histórico o dentro de la atmósfera temporal precisa. No, de ninguna manera. Quiere decir, solamente, que tanto los héroes primitivos, como los históricos, exigen cierto nimbo de intemporalidad ejemplar, de supresión de las vallas de la geografía y de los siglos; sin que esto liquide su calidad humana estupenda, descollante y digna, por eso, de atraer la fábula. Son personajes ante quienes las vallas espacio-temporales ceden, con resistencias, pero ceden. Por eso, lo que sí trato de asegurar es que lo heroico asoma, con regularidad precisa, cada vez que el espíritu humano indaga por el mundo y se aventura a descubrirle, o sea, se aventura a romper las vallas cotidianas, irrompibles al parecer. En otras circunstancias el elemento heroico puede hallarse presente o ecilpsado; pero jamás falta en los días donde la geografía ofrece grandes sorpresas, no a los pusilánimes, sino a los magnánimos de verdad.

Recurriré a la leyenda y a la Historia para confirmar esta tesis, desglosando algunos de los ejemplos más altos, de entre los que nos ofrece la literatura universal. En un trabajo de esta índole, concreto, sobre los héroes descubridores del Nuevo Mundo, forzosamente debo limitar el panorama de este motivo tan atrayente y, por eso, me acogeré sólo al ejemplo del heroísmo griego, del medieval caballeresco y, por hallarse aquí más carcano, del recogido en las tradiciones del primitivo Incario.

### El héroe griego descubre el mundo

Al comienzo de **Los Nueve Libros de la Historia** del padre de la historiografía clásica, hallamos las siguientes palabras que sirven de

prólogo a la demostración que va luego después, y confirman en cierto modo lo que dejo asentado más arriba:

“La publicación que Herodoto de Halicarnaso va a presentar de su historia, se dirige principalmente a que no llegue a desvanecerse con el tiempo la memoria de los hechos públicos de los hombres, ni menos a oscurecerse las grandes y maravillosas hazañas, así de los Griegos como de los bárbaros...”

Destaco las palabras: “las grandes y maravillosas hazañas”. En ellas se encierra el criterio del historiador a lo largo de sus nueve libros, en todo lo que toca a la maravilla, a sea a lo no usual, a lo sobrehumano, a lo misterioso: a lo heroico, en una palabra. Tales hechos no deben oscurecerse sino, más bien, conservarse en su pristino esplendor, a pesar del olvido que acumula montañas de polvo sobre las acciones humanas. Es preciso, pues, mantener a la vista la maravilla, según Herodoto y según todos los grandes antepasados de su estirpe, como prueba Werner Jaeger en el libro primero de su **Paideia o Ideales de la Cultura Griega**. En este libro el escritor alemán demuestra de qué manera lo heroico fue no sólo pretexto de culto literario y emocional, sino principalmente objeto de cultivo humano entre las clases altas de la Grecia aristocrática, a cuyo poder fue confiada la faena altísima de configurar la rancia Hélade. Lo heroico representó, entonces, una necesidad del mundo heleno a lo largo de su periodo de constitución y durante su apogeo.

Y, ¿por qué? A eso voy a contestar. La Grecia primitiva no sólo fue la de su edificación interior, no sólo fue la edad del nacimiento y fijación de las Ciudades-Estados, ni fue únicamente la etapa de prueba de las formas de gobierno más convenientes a los varios pueblos helenos. Con ser esto mucho, no abarca todo. El alma griega de aquellos siglos vivía tensamente abierta hacia lo ignoto: periplos, talasocracias, colonizaciones, migraciones, piraterías, etc., son la prueba de tamaña tensión. El griego primitivo vivió asomado a una ventana, al inmenso ventanal del mundo ignoto que era necesario conocer, explorar, explicar y poseer. Los griegos eminentes de los tiempos primeros de la vida de ese pueblo singular, o sea, los griegos egregios de los siglos IX al V a. de J. C., hicieron, todos, lo mismo: o sea, trataron de explicar y de vencer al mundo que los sobrecogía. Homero y Hesíodo representaron el mismo papel humano ante lo ignoto, que Tales, Empédocles o Parménides. Los primeros crearon héroes sobrehuma-

nos o divinos, destinados a dominar el mundo con sus actos sorprendentes; los segundos crearon ideas para comprender la obra de los dioses y forjar hombres, según ellos, sobrehumanos y capaces también de dominar el mundo con los pensamientos.

Lo que quiero hacer constar con fijeza, a fin de responder a la cuestión planteada, es que Grecia durante aquellos siglos vivió en estado de crecimiento hacia afuera, expandiéndose sobre el mundo ignoto, tentándolo con la proa aguda de infinidad de naves remeras. Lanzas y naves, carros y caballos, fueron el instrumental griego con que se tentaron las oscuridades del mundo. Relativas oscuridades, pues del fondo de ellas surgió la claridad de la épica, esa maravillosa claridad que Herodoto se afana por concentrar en sus nueve libros, ante el miedo de verla opacada. Los siglos primitivos de Grecia no fueron solamente los de las guerras de configuración histórica, en que tanto reparan historiadores y manuales de enseñanza. Ante todo, fueron tiempos de conocimiento del mundo, de penetración en la tierra ignota y de experiencias frente a hombres diversos y a lenguas distintas. En pocas palabras, fue una edad de apertura al universo desconocido y, por consiguiente, de heroica actitud ante el mismo.

Cuando el impulso inicial vino a menos, es decir cuando Grecia había adquirido su conformación histórica y espiritual, señoreando la tierra que le cupo señorear como área de su cultura, es decir cuando se adueñó de esa extensión llamada geografía clásica o cuando la comprendió con sus teorías —se trata de la porción del mundo euroafro-asiático que sirvió de base a tantos siglos de Historia—, extensión que no fue vencida sino mucho después por otra estirpe de héroes; cuando Grecia había adquirido su conformación, repito, el impulso inicial vino a menos y los héroes quedaron reducidos a objeto de bellísimo culto en la lectura, canto y cuento de los poemas homéricos, y en la representación de tragedias a las que los griegos se mostraron siempre tan aficionados.

Pero el tumulto de aquellos hombres bellos como dioses y poderosos al par de los mismos, no levantaba ya el dorado polvo de las hazañas en los campos idealizados por la fábula. Los semidioses existían y no existían: trataron de gozar de eterna juventud como las divinidades y, en premio de sus faenas, la voz popular los hizo motivo de actualidad cotidiana. No obstante, aquel bello tumulto parecía tan

lejano, como los confines de la *oicomene* o de la convivencia establecida por los pueblos helenos en torno del Mediterráneo.

Los héroes habían descubierto su *nuevo mundo*, aventando a los cuatro vientos de su alma soñadora los monstruos, los abismos, los valladares, los imposibles. Habían liberado el alma griega, echándola a volar hacia el límite no prefijado de la aventura, dándole vigor con el vuelo y probándola al contacto de otras almas distintas y opuestas. O, lo que es lo mismo: los héroes cumplieron su faena configurando el alma de su pueblo y, una vez pagado el tributo que debían a su estirpe, se perdieron en la lejana planicie de la leyenda y abandonaron a la imaginación colectiva aquel resto que los héroes dejan siempre como herencia yacente: su fama. Y sin tornar la cabeza, sin despedirse de la vida real, ingresaron, definitivamente, en la fábula. El silencio de los héroes en buena parte es responsable de las emocionadas exageraciones del mito.

### El héroe medieval y el mundo ignoto

¿Cuánto tiempo demoró en pie el mundo antiguo? Elaborado en teoría por los griegos, constituido en imperio por los romanos, levemente modificado en sus contornos por la expansión de pueblos que llamamos invasión de los bárbaros, aquel mundo clásico llegó a derrumbarse no sólo en su geografía sino, principalmente, en el alma de los hombres, socavado por los trámites más profundos y persistentes del medievo. En esta edad, sacudida Europa desde fuera y conmovida en sus intimidades, se rompieron los límites del viejo mundo y, otra vez, la curiosidad espectacular salió en busca de las aventuras. Una de ellas, la Cruzada, acaso la más importante de todas las hazañas geográficas medievales, alejó hasta donde le fue posible los límites terrestres de la cristiandad y, sea por las armas o sea por medio de la imaginación, decidió encontrar nuevas tierras desconocidas hasta ese momento, o cuya noción se había esfumado ya en la distancia secular.

En los siglos de mayor autenticidad de aquella era, o sea en los centrales de la edad media, cuyo ápice fijan los historiadores en el siglo XIII, las literaturas occidentales florecientes, desbordaron sin excepción con las hazañas de los nuevos héroes. La épica de la era caballeresca, infundida con el espíritu del romanticismo, tensa de fe

y de ejemplaridad, acogió en sus páginas la vida y la ética de una hueste magnánima, valerosamente encarada con lo desconocido, con el pavor difuso en el alma colectiva, con los incentivos de un nuevo mundo desafiante. Y por eso, dondequiera que surgiera el miedo el caballero lo sustituía con la claridad de sus acciones vencedoras; dondequiera que se plantease el desconocimiento del mundo, el caballero llenaba la oquedad con una proeza, haciéndose presente con su espada o con su gran corazón colmado por el deseo de enseñar ese mundo ignoto, vencido y poseído por el ánimo valeroso; y dondequiera que existieran hombres infieles o tierras por conquistar, el cristianismo noble del héroe asomaba en el papel apostólico y redentor que definió a la Cruzada.

Menos irreal que la épica del mundo clásico, pero igualmente llena de heroísmo sobrehumano, menos mitológica pero tan henchida de maravilla, la épica medieval abrió el paso a los siglos inmediatos, mostrándoles con el ejemplo de la acción aureolada de bella grandeza los caminos del mar y de la tierra. Cómo se siente ya la apetencia marina en los poemas de Bretaña, en la leyenda desconsoladora de Tristán, en los largos viajes de los caballeros hacia costas sin nombre o pobladas por enemigos tremendos, más allá de la Tierra Santa, que representó en la geografía sentimental de los cristianos la estrella polar de sus anhelos. Se hace viajar a Carlomagno, se justifican sus proezas con la lejanía; se idealizan las conquistas viajeras de Alejandro; y los Reyes Magos inquietan las plumas, las mentes y los cantos con la peregrinación interminable por el desierto.

Valdemar Vedel, autorizado medievalista, cuyas palabras recojo invocando su autoridad, en el tomo segundo de *Ideales de la Edad Media*, relativo al tema de la caballería y de su espíritu de romanticismo aventurero, hace varias observaciones que vienen al caso:

"A su regreso, los cruzados y peregrinos no se cansaban de contar, ni las gentes de escuchar. Las preguntas se sucedían sin interrupción, y los oyentes creían, en su curiosidad, todo cuanto les contaban.

"Toda una literatura de crónicas y relatos de viaje se produce como consecuencia de las Cruzadas. Los relatos personales que conocemos de los que tomaron parte en la primera Cruzada producen una impresión de sobriedad que los hace plenamente dignos de crédito. En los relatos posteriores, de segunda

y tercera mano, la fantasía legendaria lo invade todo, y el espíritu que había suscitado el heroico movimiento arrojó toda su luz y todo su esplendor luminoso sobre las Cruzadas mismas...

"Entretanto, las antiguas canciones de gesta y, en Alemania, las leyendas heroicas nacionales, se actualizan, incluyendo en ellas todos los principales motivos de las Cruzadas. Ya antes de las Cruzadas propiamente dichas, las peregrinaciones y las relaciones con Bizancio habían dado lugar a la epopeya aventurera conocida con el nombre de "Viaje de Carlomagno a Jerusalén". En ella, Carlomagno, lleva a cabo una expedición en compañía de sus paladines para convencerse de que el emperador Hugo de Constantinopla era efectivamente un príncipe más poderoso y espléndido que él. En el siglo XII, la expedición aventurera al país de los infieles se aborda a menudo como tema de actualidad, particularmente dentro de los poemas épicos... La misma exaltación aventurera poseen otros varios poemas alemanes relativos a las expediciones de los príncipes germánicos al Oriente, relatos que se recitaban en el siglo XII en la Corte bárbara... Algunos de estos poemas son antiguas leyendas germánicas relativas a viajes hechos por los héroes, para dar cima a sus peligrosas aventuras, modernizadas luego por el ambiente de las Cruzadas..."

"Por encima de este romanticismo producido por las Cruzadas, la época establece otras condiciones de naturaleza más profunda para el desarrollo de la romántica caballerescas. El período de las Cruzadas se nos aparece como una pugna de naciones y como una mezcla de culturas. En el Imperio anglo-normando, creado por Guillermo el Conquistador a un lado y otro del canal de la Mancha, franceses, ingleses y anglosajones luchan y cambian entre sí sus culturas. El Norte y el Sur de Francia se descubren mutuamente durante las Cruzadas. Bizancio y el Islam se abren definitivamente a la Europa occidental..."

Y al referirse a la otra fuente de la novedad poética y caballerescas, es decir a la normanda que tanto influjo tuvo en la determinación de las características heroicas del caballero medieval, al referirse a lo que Vedel y más medievalistas e historiadores de la literatura llaman **Matière de Bretagne**, añade esta otra observación precisa:

"Cualesquiera que sean los elementos que integran esta **matière de Bretagne**, lo cierto es que los trovadores franceses encontraron en el territorio anglo-normando un mundo lleno de poesía que subyugó por igual a los trovadores y a su público. Era algo nuevo y exótico, que poseía una perspectiva mística, un tono delicado y secreto de mitos y leyendas casi olvidadas,

por debajo de los acontecimientos históricos, fondo que necesariamente había de ejercer sobre la fantasía un romántico atractivo."

El **descubrimiento** de Francia, el de las diversas partes de ella entre sí, del mismo modo que el **descubrimiento** de las Españas, cumplido a lo largo de ocho siglos por el ánimo castellano de la reconquista, crearon héroes y movieron a los poetas a cantar nuevas hazañas. El Cid Campeador nació de esta manera: sencillamente, como el efluvio de la emoción popular que entonces trataba de adelantarse a lo conocido o a lo reconquistado a los musulmanes, o como la medida del esfuerzo castellano por la integridad católica y peninsular. Don Rodrigo Díaz hidalgo de un rincón de Burgos, convertido mágicamente en el Cid Campeador, nos demuestra de qué manera, tan natural, puede un personaje histórico ingresar en el reino de la leyenda y adueñarse de la imaginación colectiva sin sufrir la menor **capitis diminutio**.

Don Rodrigo Díaz de Vivar, airoosamente convertido en el Cid, prefigura en sus dimensiones caballerescas a los otros héroes que, varios siglos después, se levantaron desde su modesta hidalguía y llegaron a Descubridores de nuevos mundos, a Adelantados fundadores de nuevos pueblos, a forjadores, en otras palabras, de una comunidad de vida, de pensamiento, de creencia y de posibilidades, como nunca se pensara. Pero al nacer y al fijarse definitivamente Don Rodrigo en la épica española, en la de Castilla entonces, encarnaba nada más que lo presente, o sean las honduras de la curiosidad de sus contemporáneos y su temor a lo ignoto, junto con el deseo de sentirlo vencido.

Lo importante en todos aquellos casos y situaciones que he recordado, fue que los héroes caballerescos representaron su papel histórico en las dos formas precisas en los siglos medievales de Europa. Unos, definieron la integración material de sus respectivos pueblos, partidos en varias porciones desconocidas entre sí, y decidieron la unidad de equéllos venciendo las distancias fundadas por la tierra o por los años. Otros, llevaron el ánimo a las más remotas posibilidades geográficas y plantaron allí la Cruz o la estirpe noble, como los caballeros que desde Jerusalén gobernaron, vencieron, aprendieron, guerrearon y hasta negociaron, ensanchando en todo caso los linderos de la Cristiandad hacia el Oriente. Las proyecciones espirituales de la edad media caminaron hacia el Norte y el Levante. La edad de cami-

nar hacia el Sur y el Lejano Occidente nació al finalizar el siglo XV. La aventura, entonces, tomó nuevo rumbo.

### Cuando el Incario descubría su nuevo mundo

Razones de variada índole han impedido desentrañar el sentido auténtico del **epos** anterior al Descubrimiento del Nuevo Mundo. Quizás, en primer término, el inocente propósito lascasiano de mostrar ya en el siglo XVI al primitivo habitante de América en su papel melodramático de hombre que pudo ser vencido únicamente por su mansedumbre y pacifismo, haya sido la causa de que el concepto histórico llegara a enturbiarse con tópicos triviales, según los que aparecía en primer término la indefensión del sojuzgado, como prueba irrefutable al parecer, del estado paradisiaco en que se encontraba la existencia precolombina.

Instaurada con buena intención esta **verdad oficial**, fue contagiándose después, poco a poco, del filosofismo y seudofilosofismo de los dos siglos posteriores, cuyas enseñanzas sobre cuestiones hispanoamericanas se expresaron en las teorías más dispares, pero que no obstante hicieron rumbo y hoy, al cabo de tantos años de tránsito victorioso, han encallado en la arena movediza que les ha servido de sustentación. Tales doctrinas, para enumerar algunas de entre las capitales, fueron: la donosa del buen salvaje no estropeado aún por la civilización; la del paradisiaco morador de las tierras ignotas, sumido en la edad dorada del mito, cuya normalidad vino a hollar el conquistador europeo; y, sobre todo, la tesis capitalísima del monstruoso y demoníaco papel victimario desempeñado por los descubridores españoles.

Otras razones que han impedido ver el **epos** precolombino en su juego configurador de los pueblos, sobre todo de aquellos que lograron más alto desarrollo, son la exagerada influencia del **epos** independentista y la actividad, más notable aún, definida por la tendencia romántica en ciertos poemas, novelas y cantos, donde a más de hazañas y paisajes grandiosos, se describen los amores violentos o tiernos del conquistador hacia la mujer sojuzgada, o del primitivo que rapta aparatadamente a la mujer europea luego de haberla cautivado con su nobleza, o muere por ella con heroísmo ejemplar; abundan, pues, los cantos y los poemas donde asoma no lo heroico primitivo, sino el

compuesto argumento, posible solamente en el campo cierto de la fusión racial.

Tales ficciones literarias propias de una épica romántica **post mortem**, junto con el desmesurado endiosamiento de los caudillos independentistas, ha desorbitado la realidad, tratando de sustituirla con productos anacrónicos. Pues anacronismo se llama cualquier leyenda **épica**, escrita de manera absolutamente **lírica**, según el molde decimonónico; molde limitado en sus cuatro costados por Zorrilla, Béquier, Larra y Espronceda; y molde utilizado por Juan Zorrilla de San Martín, entre otros poetas americanos, para construir, desenvolver y dar forma expresiva a su poema, el mismo que, no obstante las aspiraciones objetivas que delata, se cumple en el plano de la más franca subjetividad. Y de igual manera, se llama anacronismo al empeño constante de enviar a la cima de un olimpo inexistente —e imposible, dada la clara y la cercana situación histórica de los hechos y de los personajes— a un gran número de próceres que, por muchos títulos, merecen ser llamados padres de la vida republicana.

Tenemos que dejar a un lado estas dos visiones incorrectas y detenemos en la observación más prolija de las tradiciones primitivas de los pueblos del Nuevo Mundo, antes de su fusión con el europeo. Tal observación nos atestigua que en dichos grupos humanos, de manera especial dentro de aquellos que obtuvieron elevada forma de convivencia, apareció el ingrediente de lo heroico, a modo de elemento de unificación, a la hora en que, precisamente, aquellos grupos buscaban su unidad o la imponían sobre otros, y a costa de estos otros. Los aztecas y los cuzqueños tuvieron héroes, contaron las hazañas de los mismos y respaldaron la creciente potencia política en la actividad desplegada por fabulosos personajes, del mismo modo que lo han hecho otros pueblos de la tierra. No fueron la excepción, ni tenían por qué serlo. Como normales habitantes de la Historia, siguieron sus trámites y dieron muestras de que el espíritu de ellos se prendaba con las mismas demostraciones de grandeza humana que han constituido el motivo de admiración de griegos y medievales.

Por motivos que el lector descontará **a priori**, me ceñiré a la épica de los habitantes del Incario, en sus horas de descubrimiento o de primer contacto con el mundo, tanto como en los tiempos en que emprendieron la gran salida sobre el **universo** posible ya para

ellos y para su organización por la fuerza adquirida. En la aurora de la migración cuzqueña hallamos fábulas sugestivas y héroes que, aun cuando no denominados tales, lo fueron por la fama y el papel histórico desempeñado. Garcilaso, Sarmiento de Gamboa y otros cronistas recogieron en el fondo popular o en los labios de la tradición el relato consagrado y configurado de tales hazañas y, sin querer, se convirtieron en los **poetas** épicos de la edad gloriosa del Incario. Los escritos de ellos pretendieron no salir del marco de lo historiable o de la llamada entonces crónica; mas, sus planes fueron rebasados por el asunto. Y Garcilaso, en el libro primero y capítulo quince de sus **Comentarios Reales**, pone en boca de sus antepasados este relato adornado con muchos elementos del **epos** más auténtico:

"Nuestro Padre el Sol, viendo los hombres tales como he dicho, se apiadó y hubo lástima dellos y embió del cielo a la tierra un hijo y una hija de los suyos para que los doctrinassen en el conocimiento de Nuestro Padre el Sol, para que lo adorassen y lo tuviessen por su Dios y para que les diessen preceptos y leyes en que viviessen como hombres de razón y urbanidad, para que habitassen en casas y pueblos poblados, supiessen labrar las tierras, cultivar las plantas y misses, criar los ganados y gozar dellos y de los frutos de la tierra como hombres racionales y no como bestias. Con esta orden y mandato puso Nuestro Padre el Sol estos dos hijos suyos en la laguna Titicaca, que está ochenta leguas de aquí, y les dixo que fuesen por do quisiessen y, doquiera que parassen a comer o a dormir, procurassen hincar en el suelo una barilla de oro de media vara de largo y dos dedos de grueso que les dió para señal y muestra, que, donde aquella barra se les hundiese con un solo golpe que con ella diessen en tierra, allí quería el Sol Nuestro Padre que parassen e hiziessen su asiento y corte... Ellos salieron de Titicaca y caminaron al setentrion, y por todo el camino, doquiera que paraban, tentaban de hincar la barra de oro y nunca se les hundió. Asi entraron en una venta o dormitorio pequeño, que está siste o ocho leguas al mediodia desta ciudad, que hoy llaman Pacárec Tampu..."

Tenemos, pues, como elementos fundamentales de la creencia y de la estirpe, en primer lugar el origen divino de la pareja conquistadora inicial, luego después la prescripción de implantar la barra de oro que es en todas partes la señal de la realeza y, en último término, la orden de buscar un sitio donde aquella había de hundirse en el suelo, es decir de sostenerse entre o sobre los hombres de una comarca. La laguna es ella misma un tema heroico o, cuando menos, el

escenario para el desarrollo temático de lo heroico. No es el Incario el único pueblo donde las lagunas y los rios y los mares desempeñan este importantísimo papel original. Por otra parte, tampoco es ésta la única vez en que ha de aparecer la laguna como elemento de fondo o también como primer plano en la épica cuzqueña. La leyenda de la **huira cocha**, o de la espuma del mar, personificada como sustantivo propio y del género masculino en el **Viracocha** o **Huiracocha**, que viniendo de un extremo de la tierra, se pierde en el opuesto, es decir, que sale de Titicaca y se pierde caminando sobre el mar, invoca también la activa presencia de las aguas, acaso las de la navegación emprendida hacia las tierras ignotas por las migraciones más antiguas llegadas a tierra firme desde islas del mar; dicha leyenda, repito, invoca la activa presencia de las aguas, les da parte creativa en la hazaña del hombre surgido como espuma, en la cresta de las olas viajeras.

No es Garcilaso, sin embargo, quien del mejor modo ha organizado la leyenda primitiva. En la **Historia de los Incas**, de Pedro Sarmiento de Gamboa, se encuentra lo heroico mejor tratado y se halla la expresión más completa de estos asuntos primordiales del espíritu elemental de un grupo humano, en el tránsito desde su amorfirmo tribal hacia la figura política más asequible a sus grandes anhelos. La razón de la mayor riqueza de datos y hechos en el relato del cronista últimamente nombrado está, quizás, en sus contactos anteriores con la realidad, a la misma que enfrentó sin ningún deseo de escamotearle sus mitos paganos; aun cuando el Inca historiador muestre en su abono el pertenecer a la misma estirpe dominadora que emprendió tales hazañas ingresadas en el mito. Con todo, Sarmiento escribió muchos años antes que Garcilaso y, más que nada, dispuso de un enorme aparato informativo, como fueron curacas, quipocamayus, amautas, aravicus y más gentes sabias en cuestiones pretéritas que él conoció vivas todavía y cuyas opiniones confrontó guiado por un espíritu de, casi, judicial información.

Libre de toda atadura de casta, estirpe o miedo religioso, Sarmiento de Gamboa dijo de los primeros tiempos del Incario aquello que la memoria colectiva guardaba de heroico, de guerrero, de aventurero, es decir de espíritu de curiosidad y, al mismo tiempo, de temor hacia lo desconocido. Desde la leyenda de los ocho hermanos que salen de la montaña que, cosa curiosa, tenía tres ventanas, como simbolo de la apertura hacia lo ignoto, una de las cuales se llamó Maras-



Toco; desde la leyenda de los ocho hermanos que salen de la montaña en busca del mundo y resueltos a conquistarlo por voluntad y predicción divina, la historia y la fábula se entretrejieron de tal manera, que fue muy difícil desenredarlas. Con todo, la paciencia y las laboriosas investigaciones de los primeros cronistas, nos han proporcionado el sendero y la claridad para iluminarlo.

Es preciso recordar que el proceso político y la consolidación dinástica del Incario son un camino hacia mundos por descubrir y, para el alma deslumbrada de aquellos hombres, debió ser, así mismo, una ruta de maravillas constantes. Ocho hermanos, de los cuales van aniquilándose poco a poco los menos necesarios para la proeza, son capaces de llevar a cabo acciones tan grandes como poblar la tierra concedida por la divinidad, y sojuzgar las colindantes, tanto como las nuevas que siempre irían encontrando. El número de los designados para la empresa es tan limitado, tan exiguo, que nos parece ver repetidos los mismos relatos medievales del caballero único y dispuesto a tomar un reino poderoso. Guardando las distancias indispensables, si medimos la empresa del caballero medieval por sus resultados, y la del fundador del Incario, también por los resultados, veremos que las dos hazañas emparejan con naturalidad. Transcribiré algunas palabras de Sarmiento de Gamboa, donde el lector encontrará el són épico de las tradiciones imperiales del Incario, desde los días de su comienzo:

"Esos ocho hermanos llamados ingas dijeron: Pues somos nacidos fuertes y sabios, y con las gentes que aquí juntáremos seremos poderosos, salgamos de este asiento y vamos a buscar tierras fértiles, y donde las halláremos, sujetemos las gentes que allí estuvieren... Y concertado esto entre los ocho, empezaron a mover las gentes que en aquellas comarcas del cerro había, puniéndoles por premio que los harían ricos y les darían las tierras de los que conquistasen y sujetasen..."

Y cuando Ayar Ucho, uno de los ocho hermanos, conducido por el destino heroico, tiene que verse obligado a desplazar una enorme **guaca** de piedra con figura humana, al dar cumplimiento de su hazaña siente cómo se va convirtiendo en piedra. Sin embargo, le quedan arrestos para decir a sus hermanos en tono profético:

"¡Hermanos, mala obra me habéis hecho, que por vosotros vine adonde quedaré siempre apartado de vuestra compañía! ¡Id, id, hermanos felices, que yo os anuncio que seréis grandes

señores! Por tanto, hermanos, yo os ruego que en pago de mi voluntad que de guardaros siempre tuve, que en todas vuestras fiestas y ceremonias os acordéis de honrarme y venerarme, y que sea yo el primero a quien ofrendéis, pues quedo aquí por vosotros..." Y Ayar Ucho les prometió que les daría dones y valor de nobleza y caballería, y con estas últimas palabras quedó convertido en piedra. Y constituyéronlo por guaca de los ingas y pusieronle por nombre Ayar Ucho Guanacauri. Y así siempre fué, hasta los tiempos de los españoles, la más solemne guaca y de más ofrendas de todo el reino, y allí se iban a armar caballeros los ingas hasta habrá como veinte años, poco más o menos..."

Aquí vemos repetido el proceso de deificación del héroe, común a los relatos y leyendas de los caballeros medievales y de los **super-homos** fabulosos en las mitologías paganas de la antigüedad. Este no es el único caso de deificación en la leyenda primitiva del Incario, pues continuando sus aventuras los hermanos, llegaron a Guanaipata en donde la **Historia** de Pedro Sarmiento de Gamboa relata el segundo caso de un héroe de la estirpe primitiva, convertido en otra **guaca**, también en forma de divinidad pétreo, destinada a guardar los linderos del **reino** y a servir de dios lar o penate de la nueva estirpe dominadora y de dios término del nuevo Estado.

"Desde el cual asiento Mango Cápac vido un mojón de piedra que estaba cerca del sitio donde agora está el monesterio de Santo Domingo del Cuzco, y mostándosele a su hermano Ayar Auca, le dijo: "¡Hermano!, ¿ya te acuerdas cómo está entre nosotros concertado que tu vayas a tomar posesión de la tierra donde habemos de poblar? ¡Y, pues, agora, mira aquella piedra!" Y mostrábale el mojón dicho: ¡Ve allá volando (porque dicen que le habían nacido unas alas), y sentándote toma allí posesión en el mismo asiento donde parece aquel mojón, porque nosotros iremos luego a poblar y vivir!" Ayar Auca oídas estas palabras de su hermano, levantóse sobre sus alas y fué al dicho lugar que Mango Cápac le mandaba, y sentándose allí, luego se convirtió en piedra y quedó hecho mojón de posesión, que en la lengua antigua deste valle se llama **cozco**, de donde le quedó el nombre de Cuzco al tal sitio hasta hoy. De aquí tienen los ingas un proverbio que dice: **Ayar Auca cuzco guanca**..."

Como verá el lector, la reiteración de los mismos hechos no puede menos de significar sino la urgencia de hundirse eficazmente en el suelo. Los hermanos heroicos y descubridores de su nuevo mundo, lo quieren para siempre y, más todavía, quieren ser ellos los dueños

sempiternos e inamovibles del mismo. La **guaca** pétreo, la estatua humana sembrada en el lindero, el hombre convertido en límite del **reino** o en solar de la estirpe, se halla muy claramente expresado en lenguaje de fábula. Los primeros hermanos, salidos de la voluntad divina, dueños de un poder irresistible, por divino, necesitan encontrar un elemento material y perdurable al mismo tiempo, que manifieste ante los ojos sumisos de los sojuzgados el poderío de la estirpe conquistadora y sus derechos a subsistir. De otro lado, todos saben que el material con que los pueblos primitivos han querido mostrar su resistencia al tiempo y a los hombres, siempre fue la piedra.

Mucho después de pasada la primera hora de la fundación política del Incario y del afianzamiento del principio sagrado de la estirpe en el seno de la asombrada obediencia popular, la fábula volvió a repercutir desempeñando su alto papel configurador en el medio humano, cuando los soberanos incásicos llegaron a desplegar sus conquistas a un ritmo acelerado. En verdad, la hora espectacular de la expansión sonó tarde, es decir a la altura temporal del noveno señor de una estirpe que contó con doce o trece monarcas, Pachacuti Inca Noveno, a quien Sarmiento de Gamboa dedicó una buena parte de su Historia, o sea un total de veinte capítulos. ¿Por qué? Debido a la importancia de este personaje en la obra de transformar el Incario, desde una organización agraria tribal que fue, hacia una potencia imperial de alto estilo. En efecto, Pachacuti sometió a los chancas y a los collas, dos pueblos que pusieron a prueba la existencia del Incario, en las acciones guerreras más grandes y aventuradas entre las que hasta entonces había sostenido el poderío cuzqueño. O sea que Pachacuti descubrió nuevas tierras, y tras el sometimiento de las mismas, envió a su hijo Topa Inga Yupangui a proseguir el gran plan expansionista sobre los territorios del norte.

La hora del imperialismo había sonado en el corazón ya ambicioso de los Incas. Y el dominio, que hasta entonces se pudiera llamar de las tierras colindantes, se desbordó hasta cubrir largas distancias, las más largas distancias asequibles para ese tiempo y esos medios. Pero un imperio que adquiría tamañas dimensiones necesitaba romper los moldes antiguos, y desarrollar, al mismo tiempo, los gérmenes contenidos en la tradición primitiva. Esta fue la gran obra de Pachacuti: reorganizar lo antiguo, sin traicionarlo, encerrándolo en moldes nuevos; y, por eso, mereció el sobrenombre que lleva, o sea el de **reformador**.

En torno del reformador surgió entonces un hecho curioso. En pleno período de conocimiento de los hechos y los personajes, es decir en una época a la cual la conciencia de los súbditos del Incario no podía calificar de fabulosa, o dentro de la cual no era dable permitirse dudas sobre la existencia real de las cosas; en ese mismo período se levantó en torno del **reformador** el soplo de la leyenda, agitó de tal manera los sucesos y la emoción, que los contrones temporales y hasta los relieves personales del soberano quedaron desdibujados. Es suficientemente conocido el problema en torno de este personaje, vuelto presa tan difícil para la Historia posterior, para que menospreciemos el valor de la leyenda, que es capaz de corroer hasta tiempos y hombres conocidos con exactitud por sus propios contemporáneos.

En torno a Pachacuti la crítica ha roto muchas lanzas y ha tenido la oportunidad reiterada de verter un torrente de paradojas y de aseveraciones contradictorias, como suele acaecer en casos semejantes. Un monarca del Incario, el más calificado por su sabiduría, por sus empresas, sus normas de convivencia, sus afanes progresistas, sus realizaciones administrativas, sus ordenanzas sociales, un monarca de esta especie, que dejó tantas huellas persistentes en la futura vida del Incario, gracias a su afortunada lucha con lo ignoto, ingresó sorprendentemente en la fábula. Y allí se ha quedado, sin que de modo firme haya podido erradicársele de asiento tan cómodo.

El caso de sublimación no fue posterior a él. En su mismo tiempo se levantó el clamor admirativo y, luego, la fama lenguaraz se ocupó del resto. De boca en boca, la fama de este soberano llegó al oído de algunos cronistas españoles primitivos, entre otros, a los agudísimos detectores del licenciado don Fernando de Montesinos, quien asentó en letras y para confusión interminable, aquello que bien oído al habla popular, ha puesto a muchos historiadores en el serio caso de desoír la voz de la razón. Montesinos llegó a establecer dos **capaccuna** o listas genealógicas de soberanos. una de ellas con ciento y un monarcas, y la otra con ciento cuatro. ¿Cuántos fueron, en verdad, los soberanos del Cuzco y después del Tahuantinsuyo? Montesinos, ni de lejos, se propuso resolver la cuestión. Se limitó a enumerar, y algo más: a dividir rítmicamente aquellas **capaccuna** en porciones de nueve soberanos, y a cada grupo de estos, puso, al terminar, un Pachacuti. De modo que el soberano prenombrado no sería el noveno de su estirpe,

sino el noveno de este nombre, el noveno Pachacuti en una serie mayor de cien monarcas.

Con un dato de esta naturaleza, comparable a los datos genealógicos faraónicos, el Incario ha ingresado en nieblas temporales muy difíciles de medir, y en las mismas en que se pierden los que olvidan las genealogías precisadas por Sarmiento y el Inca Garcilaso; se pierden olvidando aquella sabia enseñanza de Séneca: "Quien sigue su camino, llega a su término; mas el extravío es inmenso." Comprendida al pie de la letra la cuestión famosa oída y escrita y planteada por Montesinos, habría para volatilizar fácilmente la realidad incásica. Comprendida, como debe serlo, nos lleva por la mano a interpretar el alma de aquellos súbditos de Pachacuti Noveno Inca, súbditos sencillos y asombrados ante el nuevo mundo puesto a su vista por el héroe, por el caballeresco aventurero. El asombro se tradujo en fábula; el héroe surgió del seno inquieto de la fábula; y el personaje real, como consecuencia, terminó desdibujándose en el lago del asombro tendido ante sus plantas, terminó difuminándose en un proceso exultante. Pachacuti es una persona temporal convertida en héroe intemporal, en figura sobrehumanizada al estilo de muchísimas de la Historia, que rebasan el tiempo y las generaciones.

### Cuando el español descubrió su Nuevo Mundo

Voy, ahora, a referirme al Nuevo Mundo, así llamado por antonomasia en los libros, a partir del siglo XVI, a aquel cuyo primer camino halló Cristóbal Colón, y cuyos últimos reductos se entregaron a los buscadores del Dorado o a los perseguidores de otras fábulas parejas, largas décadas después de la muerte del Almirante. Pero esta referencia aquí no será relativa a la condición real de dicho Mundo, ni a su mero encuentro geográfico, ni a la técnica empleada por los descubridores con el fin de llevar a cabo la hazaña; sino al alma de los héroes que la cumplieron, porque sin esto no comprenderemos lo esencial del Descubrimiento, o sea el modo cómo América se organizó idealmente en el pensamiento de los europeos y de los mismos americanos. La épica del Descubrimiento se ve mejor en el alma de los héroes, transitando el camino ofrecido aquí al lector, camino diverso del comúnmente seguido, con recomendable entusiasmo desde luego, pero que no da en el blanco del asunto capital.

El héroe español del Descubrimiento es un personaje humano, demasiado humano en el sentido que al término daría, no el filósofo alemán que lo puso en boga, sino el renacimiento italiano, abundantemente provisto de temperamentos fuertes y con vocación de dominio y aventura. Mas, un detalle, uno solo, impidió que el héroe descubridor del Nuevo Mundo se evaporase en insabiles estratosferas o míticas o deshumanizadas: su entereza hidalga de cristiano viejo. Por eso tuvo nombre y apellidos claros, bien filiados y, con enorme sinceridad como en ciertos casos, bien establecidos aún en su ilegitimidad familiar. Los hidalgos aspiraron a ennoblecerse, y los hijos de nadie a llegar a ser **fijos dalgo**, es decir hijos de algo. En el Nuevo Mundo aspiraron y lograron ser hijos de sus extraordinarias empresas, como sucedió a don Francisco de Pizarro, vuelto señor de una marca o de una comarca, es decir vuelto señor marqués.

Ser cristiano viejo, en términos de vida y creencia castellanas, significaba entonces partir de ciertos principios morales bien arraigados en el fondo de la conciencia, y con ayuda de ellos dar figura decidida y sin oscuridad a las acciones. En otras palabras, significaba vivir un tipo especial de responsabilidad, una extraordinaria responsabilidad de caballero, de hombre y de creyente, fundidos en una sola pieza humana que, llena de falibilidad y todo, jamás se atrevió a desdecirse de uno solo de sus actos, de una sola de sus proezas, de uno solo de sus excesos o de sus delitos. Ni la amoralidad ni la irresponsabilidad tuvieron cabida en dicha sólida estructura personal, superior en ésto y en otros aspectos que veremos luego, al héroe antiguo lleno de perfidias, de engaños, de dobleces, de inconsecuencias.

Basta leer a Homero o a los historiadores clásicos, en aquellas páginas de actualidad ejemplar que tanto imitó el renacimiento italiano y que todo lo europeo en consecuencia llegó a admirar, por entonces, para darnos cuenta de cómo fue la textura moral de los héroes de antaño: pérfidos, vengativos, desleales, inhumanos... De tarde en tarde, el relámpago de una bella acción desinteresada, abnegada, sacrificada y bendita por todos. Por lo general, el vigor imponiéndose a toda prueba, contra toda ética y a pesar de los sentimientos elementales de justicia humana. Mientras la doctrina de los moralistas clásicos llegó a subir por sendas jamás alcanzadas hasta entonces, la acción de los héroes llegó a bajar hasta niveles de ferocidad no balanceados por la bella aventura con que los poetas y los historiadores los

han presentado de manera inmortal. Entre los héroes de Homero y los preceptos de la moral aristotélica no mediaron siglos únicamente, sino abismos insalvables. Parece que se tratara de dos culturas griegas y no de una sola: tanta es la desequilibrada situación de los héroes clásicos. Jacobo Burckhardt, en su *Historia de la Cultura Griega*, al estudiar al hombre heroico de Grecia, destaca estas mismas situaciones desequilibradas de la acción bellamente expresada, pero insostenible en el campo moral. Dice:

"El héroe, sin embargo, no es, ni mucho menos, un ideal de la Humanidad. Todas sus obras, todas sus pasiones, llegan hasta los límites más extremos; su idealidad consiste en un semblante hermoso y vivo; en cambio, no se le importa la nobleza de sentimientos, la llamada dignidad o perfecciones morales; representa el egoísmo ingenuo e indómito de la naturaleza humana, sin mostrar para nada el más leve arrepentimiento, pero en cambio es grandioso y benévolo..."

"No disminuyen su apariencia ideal ni las fechorías del hombre heroico, como Zeus tampoco pierde prestigio cuando engaña a Agamenón mediante un sueño. Sin embargo pasa de la medida cuando Heracles arroja a Ífito alevosamente al precipicio, o cuando Ulises y Diomedes asesinan sin piedad a Dolón, al que primero habían asegurado la vida, o cuando Pelo y Telamón, los hijos de Éaco, matan a su hermanastro Foco, sólo porque le tienen envidia por haberse distinguido en los campeonatos..."

"Lo poderoso del hombre heroico se manifiesta sobre todo en la lucha. Alcanza su mayor grado cuando Ajax pretende ser grande sin contar con los dioses, y cuando Diomedes, dedicado a perseguir a Eneas, no teme ni al mismo Apolo y sólo retrocede después de haberle acometido cuatro veces "como un demonio", al amonestarle el dios con voz terrorífica: "Piensa en lo que haces y retírate, que no es lo mismo un dios que un hombre"..."

"La astucia es cosa completamente lícita, hasta la traición, y esto contra aliados como Filoctetes, cuando sirve al fin principal, se ve representada por Ulises..."

"Careciendo completamente de dominio sobre sí mismos, los héroes homéricos se insultan, de manera que da grima oírlos. Después que Aquiles, debido a las amonestaciones de Atenea, ha vuelto a envainar la espada, aquél da curso libre a sus palabras contra Agamenón; aquí no se refrena nadie lo más mínimo por guardar las formas de urbanidad o para mostrar

nobleza de ánimo, al mismo tiempo que le devoran los deseos de quitarle la vida al adversario. No se demuestra tampoco la menor generosidad en el escarnio de que se hace objeto a las víctimas."

La cita ha sido bastante larga, pero indispensable, pues nos ayuda a ubicar moralmente al aventurero descubridor del Nuevo Mundo, en un plano de humanidad no usual en las hazañas, ni apetecido en el recuento literario de las mismas. Y todo porque en el fondo de la hazaña descubridora de España anduvo, primordialmente, el motivo catequístico de la conversión por el bautizo y la enseñanza de una doctrina humanitaria. La bravura, a veces desaforada del héroe, siempre se mantuvo dentro de los límites morales exigidos por la doctrina; sin que esto pretenda negar, por ninguna parte, la presencia y la actividad obnubiladora de malas pasiones, y la realización de actos indignos del hombre cristiano, del hidalgo que se preciaba, por sobre todo otro motivo, de ser cristiano viejo.

La diferencia entre los dos tipos heroicos radica en que la ética de la epopeya griega no albergó en su seno la fuerza o el contrapeso necesario para mantener en el plano de la humanidad a sus personajes, y de allí la tragedia de unos héroes empujados por sí mismos. Mientras la ética de la epopeya castellana del Nuevo Mundo, sí contuvo en su seno la fuerza de balanceo moral infalible en la vida cristiana y más aún en medio de empresas que, como toda empresa humana, corría el riesgo de empantanarse en el cieno de una pasión negativa, tan negativa, como la codicia. Nunca dejó de su mano el descubridor español los principios de salvación moral, y por eso logró, al fin, salvar siempre su personalidad redimiéndola en ingredientes espirituales desconocidos por el alma pagana.

Es preciso detenerse ante la fuerza que mantuvo en equilibrio la biografía del héroe castellano. Y lo hago para insistir en que aquel tipo humano fue uno de los más notables exponentes del catolicismo integral en los siglos de la lucha, también integral, contra la revolución luterana. Decir que el hidalgo era cristiano viejo significaba, simplemente, que no había abrazado la nueva manera de llamarse cristiano, manera sin arraigo y, por lo mismo, opuesta a las formas de vida de un pueblo secularmente empeñado en la lucha contra todo elemento adverso a sus creencias. El héroe descubridor llevaba delante de sí, como guía y luz a un tiempo, el foco de la fe. En el Nuevo

Mundo no representó sino la proyección, modificada desde luego, del caballero cruzado. Tanto en la doctrina como en el método, los dos tipos de héroe se asemejaban: el caballero andante y el aventurero de ultramar, llevaban a Cristo.

Para entonces, la Cruzada había finalizado en Europa y, sobre todo, dentro de España. En sustitución de aquel largo periodo de impulso religioso, comenzó la era misional que prolongó el esfuerzo conquistador de lugares sagrados, ya no en la geografía, mas en el alma de los millones de infieles que ingresaron, torrencialmente, en la Historia. Los santos lugares se multiplicaron por millones en las almas buscadas para Cristo, y los apóstoles y caballeros destinados a esta nueva cruzada de convertirlos y mantenerlos dentro de la fe del Evangelio, se multiplicaron también de manera asombrosa. Conjuntamente con los hombres y con los pueblos nuevos, se acrecentaba la cifra de los nuevos héroes de la catolicidad. Y como antaño los cruzados, así mismo los descubridores tienen ahora por fin supremo transportar la fe. Se trató, hablando en el terreno de la comparación histórica, de dos maneras de manifestar a Cristo, en otras palabras, se trató de dos **epifanías**, al parecer diversas entre ellas y distintas de la evangélica, mas una sola si se mide su empeño de revelar a Dios en las almas.

Pero los vehículos humanos de los que históricamente se ha servido la fe, son vehículos falibles, y por obra de la debilidad de los mismos, se empaña el brillo de la tarea con ciertos procedimientos no adecuados al esplendor de la doctrina. La débil naturaleza, quebrada desde el comienzo por la culpa, cae, pero le sobra ímpetu y esperanza para levantarse otra vez. El héroe clásico ni es pecador, ni se arrepiente de sus acciones. Simplemente está allí, envuelto en un halo de inmensa belleza, como el modelo impecable. En tanto el héroe cristiano que no ha dado las espaldas a la realidad humana, que la acepta como es y sobre ella edifica una existencia que pretende ser cada día más alta, el héroe cristiano, repito, es un pecador pero al mismo tiempo es un paradigma. Se redime de sus culpas y sigue la ascensión. Cualquier concepto cristiano del héroe ha de recordar la bondad ingénita del hombre y al mismo tiempo las quiebras íntimas aparejadas y casi consustanciales con la misma naturaleza humana: caída, sí, pero capaz de redimirse.

### Heroísmo, humildad y capitalidad.

La posibilidad de levantarse, sin renunciar o sin negar la vida antes vivida, constituye el germen de la sinceridad, la cual empieza en una virtud desconocida por el héroe tanto de la historia como de la leyenda clásicas: la humildad. El reconocimiento del error y de la culpa enciende la luz para el nuevo sendero y posibilita, una y otra vez, la elevación. Y a questo me place subrayar como elemento necesario en la biografía de los descubridores, que si cayeron, no les faltó el valor de confesar su culpa y redimirla por virtud de la misericordiosa excelsitud de la Gracia. Ninguno de los descubridores, inclusive los que alcanzaron fama de tiranos, pudo matar en su vida la fuente cristiana, aun en las horas donde la distancia, la soledad o la codicia llevaron sus espíritus a polarizarse cruelmente con los principios. Los más remisos regresaron a tiempo de redimir su fama y de redimir el alma, desandando el camino que les había llevado lejos de la doctrina; pero las insinuaciones de ésta, escuchadas siempre, nos dan la medida o la clave interior de la arquitectura moral de aquellos cristianos viejos.

Cuando Francisco Pizarro cayó acribillado por sus adversarios almagristas, sin palabras ya, sin voz externa, pero con íntima fidelidad demostrativa, tiñó la diestra en su misma sangre y volvió a bautizarse con una cruz ardiente salida ese momento de su corazón. Cuando Pedro de Alvarado, aquel sér casi inverosímil, héroe de fortaleza imbatible, se sintió morir internamente triturado, confesaba que nunca pensó en aquel paso, pero ahora lo sentía llegar porque **le dolía el ánimo**. Cuando abatidos los insurgentes del Perú que se levantaron en armas contra el Rey, después de la batalla de Jaquijaguana ganada por el clériguillo formidable que se llamó Don Pedro de La Gasca, los capitanes de la revuelta entregaron el cuello a la horca, después de un diálogo que terminó Gonzalo Pizarro diciendo a Carvajal que le instigaba aún a la lucha: "Bien veo que es hora de morir como cristiano". Gonzalo Pizarro confesó sus delitos y murió sentenciado por revoltoso desleal a su Rey, por tirano y por haber derramado mucha sangre. Lo grande del cuadro biográfico de este héroe, fincó en su empeño de redimirse.

Esta sinceridad le llevó al héroe español del Descubrimiento, a un nivel de franqueza pocas veces alcanzado en la Historia y en la

biografía. Las confesiones y las autoconfesiones, las críticas y las auto-críticas se multiplicaron en los papeles oficiales y en las crónicas de aquellos años opulentos en actividad sorprendente. Este índice de hombría, por lo general interpretado de modo negativo entre los críticos superficiales de la penetración española en América, nos sorprende ahora por la cantidad de datos psicológicos y por la calidad ética de que es intérprete documental. Aquel índice de hombría guarda un abundante material para el análisis interno del hecho descubridor, no sólo de las acciones realizadas o de las proezas cumplidas sino, ante todo, para el análisis revelador del ánimo de los aventureros que en esta franqueza leal y constante no mostraron un solo adarme de vanagloria o el más pequeño prurito de convertir sus actos en literatura.

Al español consagrado a aquellas andanzas no se le ocurrió transformar sus empresas brillantes y cotidianas en simple gala literaria, antes bien, prefirió convertir su vida en tragedia. El afán fraudulento de literarizar la vida personal en aras del libro o del éxito publicitario, fue moda que en el siglo XVIII se generalizó entre los escritores franceses. A ningún español del Descubrimiento se le habría pasado por la cabeza la idea, para él muy pueril, de escribir memorias a modo de confesiones, tales como las que compuso Rousseau, con sobra de primor literario y falta de probidad biográfica. Bernal Díaz del Castillo escribió su largo relato, en el que figuraba él mismo como protagonista en muchos capítulos, y jamás pensó en cambiar el oro puro de su existencia heroica, con la moneda de vellón de una fama puramente literaria. Y como éste, los demás héroes de la empresa. Con un espíritu franco, llevado hasta el extremo, prefirieron poner en peligro su fama, antes que labrarse un prestigio vano. De lo cual se han aprovechado proficuamente los enemigos del Imperio Español.

La franqueza de los descubridores no encubrió jamás el deseo de capitalidad que les empujaba. En todo momento, cada cual ansiaba ser la cabeza de la gran acción, por descabellada o inverosímil que pareciera en el comienzo o en la realización. Orellana, al abandonar a Gonzalo Pizarro en las selvas del Napo, jamás pensó traicionarle, sino únicamente ser él, y sólo él, la cabeza de la nueva aventura. La de Pizarro estaba ya cumplida; pero la de Orellana daba principio en su deseo y en la oportunidad que le abría la puerta ese bello instante decisivo. Por eso se descubrió el Amazonas, porque cada héroe del

Descubrimiento, lo mismo que los homéricos de la antigüedad querían "ser siempre los primeros y adelantarse a los demás en sus aspiraciones". Dicho anhelo de capitalidad hace de cada héroe un adelantado, es decir una cabeza combatiente y pensante al propio tiempo. Hernán Cortés, adelantándose al gobernador de Cuba, Diego de Velázquez; Francisco Pizarro, obteniendo del Rey mayores prerrogativas y poderes de acción para sí, en mengua de Almagro y los demás, son ejemplos que significan la temperatura activa y la energía psíquica de los empeños dedicados entonces al afán descubridor.

Se hace necesario recordar aquí a los Adelantados, que personificaron este arduo afán de capitalidad. La raza de los capitanes que había surgido en España al fuego de la Reconquista, al venir los descubridores al Nuevo Mundo, dio de sí a los Adelantados. Desde luego, ni el nombre ni las atribuciones políticas, civiles y militares aparejadas al mismo fueron una novedad; puesto que en las guerras de la Reconquista, en el restablecimiento de lo que iba siendo otra vez español y cristiano, los Adelantados desempeñaron ya altísimo papel. Aquí se trata solamente de mensurar el anhelo de ir a la cabeza, tan demostrativo del alma heroica de aquellos aventureros, anhelo que se patentizó en el empeño por adelantar conocimientos geográficos y establecimientos urbanos en todas las regiones del Nuevo Mundo, ya fuera sobre las montañas frías, ya fuera en lo hondo de las selvas tórridas; pues ni las unas ni las otras arredraron en lo mínimo a los descubridores o disminuyeron el empuje con que avanzaban hacia lo ignoto.

Mas esto no fue todo. Hubo algo más que la común manera de narrar el asunto ha desvirtuado, desviando el cauce recto de los hechos históricos hacia la responsabilidad de los héroes. Me refiero al espíritu anti utilitario con que fue proseguida la hazaña, espíritu que no es nuevo en la estructura moral de los personajes épicos, pues la añeja tradición homérica daba ya cuenta del mismo, con términos que a Jacobo Burckhardt le hicieron escribir en su **Historia de la Cultura Griega**, al comienzo del estudio de la vida heroica entre los griegos, las siguientes palabras:

"Los modernistas, cuando examinan el valor de las distintas civilizaciones, suelen partir de la base de los **progresos e inventos** que las caracterizan, lo que hace que los griegos se queden cortos. Egipcios y babilonios fueron, durante milenios, gente muy laboriosa, legando a la posteridad obras técnicas, mecánicas y

químicas de la mayor importancia, antes de que empezasen, a su vez, su vida de ociosos. Y así dice Hellwald: "En cuestión material, no han producido los griegos ni siquiera un invento digno de mención", y añade que hasta en la órbita de sus ideas y formas no han rehuido en lo mínimo las fuertes influencias del Oriente Medio."

Durante mucho tiempo y, sobre todo, para cierto género de crítica positivista —positivista no en el sentido escolar del término sino en el utilitario del mismo—, durante mucho tiempo se ha dicho, luego de establecer comparaciones falsas entre las diversas formas de penetración europea en el Nuevo Mundo, que España y sus descubridores hicieron, al fin, obra inepta en América, por cuanto los resultados materiales obtenidos por otros colonizadores han sido superados en la forma que consta con innegable certeza histórica. La bondad se mide por la utilidad: tal ha sido el principio, confesado o no, del que han surtido dichas críticas, abundantes por otra parte. No quiero insistir en las diferencias de las dos maneras de penetración, la sajona y española, sobre todo no quiero subrayar otra vez lo que caracterizó la conquista protestante y lo que distinguió a la penetración católica. Arnold J. Toynbee, en el tomo primero de su *Estudio de la Historia* agota el tema y, a mi juicio, de modo irrefutable.

Lo que sí quiero acentuar es la diversa calidad de personas que realizaron la una y la otra acción: la del descubridor hispánico fue obra de héroes, la del colonizador anglosajón fue trabajo de mercaderes, de plantadores, de burgueses utilitarios, en total. Lo peculiar de la penetración española fue su psicología desprendida, a pesar de todas las acusaciones, de codicias reales o ficticias que sobre ella se han acumulado. Es una mentira cruel la visión de aquel hidalgo pobre —visión multiplicada hasta el extremo— que busca el único modo de enriquecerse adelantando descubrimientos en el Nuevo Mundo. La riqueza vino después, por añadidura. No fue el señuelo de la empresa, ni en las esferas más bajas y utilitarias de la misma. Pudo haber la ilusión del oro en la mente de los menos valiosos o aun en la de algunos valiosos entre los mejores, pero en ciertos momentos; porque la corriente fue la otra actitud, la del caballero emprendedor que sacrificaba todo en el altar de su ensueño.

### El héroe moderno, divinidad truncada

La existencia heroica es opuesta a cualquier preocupación prag-

matista, sencillamente porque mientras la primera es derroche de acciones, de sangre, de vida, y es no calculada empresa de la que no se espera sino la gloria y la aprobación de la conciencia honesta y satisfecha; la segunda, en cambio, es una posición de ahorro vital continuado, de avaricia biográfica, y es el estarse siempre al asecho de la oportunidad de lucro, el método de no dar jamás un paso en falso. Mientras el héroe a cada paso deshace su vida en espéldido derroche espectacular, el pragmático no da un solo paso que no lleve el minúsculo propósito de **hacerse la vida**, movido por intenciones utilitarias.

No fue rara, por eso, la biografía de los descubridores que emprendían en una aventura descabellada en la que jugaban a un solo golpe todos los provechos acumulados en lances previos, para salir de ella totalmente pobres; y luego, al siguiente día, incorregibles como eran, empezar de nuevo, salir a caza de un flamante sueño en el que volvía a comprometer lo poco que luego del primer fracaso habían podido ahorrar, para al fin caer en igual pobreza. Y así el ciclo, cuyo término es bien conocido: los tesoros inmensos acumulados según las cuentas fabulosas de ciertos historiadores apresurados, daban con el millonario en el abismo de la tragedia económica más lastimera. De lo que si fueron millonarios de verdad aquellos hombres, fue de ensueños, y esto sobrepuja cualquier contabilidad o avara previsión.

El héroe descubridor llevó el lema del desprendimiento en los ojos y en el corazón. Los famosos tesoros que se le ha inculcado almacenar, no quedaron en sus manos. De ellas pasaron a España y de España a toda Europa, ya que esta última fue la única enferma de sed metálica. España en la satisfacción de tamaña necesidad no resultó ser, a la postre, sino el termómetro de la fiebre aurífera o el síntoma de la rigidez sobrevenida a consecuencia de una depauperación secular del Viejo Mundo. No estamos ya en el tiempo de hablar de la codicia española, cuando hemos comenzado a conocer los fondos de la historia económica europea y las consecuencias que la inopia de los que en ese entonces pudieran llamarse economistas trajo al país que desempeñó el papel de intermediario y de víctima en la provisión del ansiado metal. El héroe que **se jugaba el sol por salir**, el valiente que menospreciaba el oro hasta echarlo al olvido luego de conquistado el rico metal, el emprendedor que lo convertía en herraduras para los cascos de su montura, sin duda no tenía alma de codicioso ni esperaba hallar la felicidad en el acumulo de metales.

Lo que si ocurrió en el Descubrimiento del Nuevo Mundo, cuyas tierras ignotas fueron reduciéndose constantemente a lo largo de un siglo y más, fue que los héroes, del mismo modo que los de Homero y de las otras leyendas, llevaron tras de sí el inevitable séquito de mendigos, de pobres que desempeñan tal o cual papel: indispensables ingredientes humanos para la composición del drama. No hay epopeya donde no existan pobres, buscadores de oro, enriquecidos por una sorpresa de la fortuna, desenterradores de tesoros, halladores de minas... Pero esto no pertenece a la esencia del asunto, sino a la escoria del mismo, a la ganga arrastrada por cualquier aluvión, así sea aluvión de metales finos o de piedras preciosas.

Toda esta legión de héroes del Descubrimiento del Nuevo Mundo, no obstante, se nos muestra como suma de personajes de carne y hueso, que son hombres de simples dimensiones humanas, bien situados en el tiempo, bien filiados en su ascendencia y en su prosapia, determinados por los flancos de su persona robusta e inconfundible. Fueron muchos, incontables ocasiones coincidieron sus empresas o se aparejaron sus hazañas, pero jamás se confundieron. Y en esto se manifiesta, además, su diferencia con los héroes antiguos. La biografía y la geografía de un héroe heleno tan distinguido y calificado, como fue Alejandro, no tuvieron mucho que esperar antes de su ingreso en los recintos de la fábula. Por el favor de ésta, la persona histórica del héroe fue corroida hasta deshumanizarse, y sólo así, deshumanizada, entró en el olimpo de los clásicos. También los grandes vencedores de lo ignoto en Roma, es decir los conquistadores, eran divinizados y puestos entre los dioses en aquella ceremonia que conservaba en medio de los tiempos históricos del Imperio Romano, el rancio papel de la fábula: el rito de la apoteosis.

La era del Descubrimiento del Nuevo Mundo fue la más heroica de la humanidad, por la sencilla razón de que los héroes de aquella empresa fueron los más históricos entre todos los héroes. No entraron en la leyenda y sus hechos rebasan, sin embargo, la medida normal. Y no ingresaron en la leyenda por dos motivos. El primero: por su número tumultuoso que volvió las proezas tan cotidianas y usuales como el pan y la sal. El segundo: porque luego de acaecidas dichas proezas iban siendo puntualmente recogidas por multitud de cronistas y de notarios prolijos, los cuales, en su mayor parte, en seguida las daban a la imprenta; la faena literaria de éstos impidió a la imagina-

ción popular hacer su tarea. Dicha forma de fijación cerró el paso a la faena mítica junto a la vida de los héroes. Por eso aseguro que son los más grandes de la Historia, pues asumen tamañas proporciones aún faltándoles el ingrediente fabulizador que en estos trámites aporta con exigencia hiperbólica la imaginación popular.

Con este tipo de hombre descubridor ocurrió lo mismo que en nuestros días ha sucedido a otro aventurero enfrentado también con lo ignoto y realizador de un viejo ensueño humano: el conquistador de los aires, fabulizado y castigado en su orgullo de ser superior a la condición terrestre, hace tantos siglos, en la leyenda de Icaro. De Leonardo se dijo que era brujo y por tal habría pasado si los libros de él y de sus contemporáneos renacentistas no hubieran fijado la extraordinaria personalidad de aquel hombre armonioso. De nuestros aviadores no podemos decir que sean Icaros ni demonios voladores, pues la prensa diaria, no obstante dar alas a sus empresas, las corta con la cuchilla del dato preciso y, con la guadaña del noticierismo, siega el impetu fabuloso que alienta en el alma de los conquistadores del espacio interplanetario.

Con todo, de vez en vez, surge una biografía casi mítica y volatilizada, como la de Antonio de Saint-Exupéry, a quien los siglos futuros situarán en el mismo rango literario que a los héroes de la expedición hacia la Cólquide o del primer periplo mediterráneo. Ir en pos del vellocino de oro o ir, como Charles Lindenberg, tras la estrella polar, son análogas fantasías realísimas y realizadas. Solamente que en el caso de los argonautas la imaginación popular no tuvo diarios ni fotografías que cortasen el vuelo de la fantasía y de sus necesarias creaciones. De nuestros aviadores modernos, tanto como de los descubridores del Nuevo Mundo, por la acción fijadora que sobre ellos y sobre su destino literario ha ejercido la Historia, se puede decir que son deidades trucas, semidioses a medio subir la cuesta de la fábula, fantásticas realidades humanas, demasiado humanas, no en el sentido que el filósofo alemán daba a estas palabras, sino, lo repito, en el preciso contorno biográfico otorgado por el Renacimiento y por la técnica moderna a unos términos donde el heroísmo se define como el pan y la sal de cada día.



## La Ciencia Moderna y la Universidad Ecuatoriana

Ponencia presentada a consideración de la  
Conferencia Universitaria Nacional reunida en  
Cuenca en mayo de 1957.

Preguntémosnos, en primer lugar, qué sentido tiene calificar de moderna a la ciencia. Si la ciencia fuera la cabal y absoluta posesión de la verdad, entonces el adjetivo estaría demás. Afortunadamente, conocemos los fenómenos sólo en aproximación. Podemos, eso sí, conocer ciertos objetos, las esencias exactas o matemáticas. La naturaleza de un triángulo no ofrece ningún recoveco que no pueda iluminar la luz de la razón. Se deja traspasar por ésta como el cristal por la del sol. Los objetos físicos, en cambio, así como la variada teoría de sus fenómenos, ofrecen una dura resistencia a ser penetrados. Los conocemos sólo a medias. A mi juicio, no porque sean muy complicados, sino por la intrínseca necesidad de su manera de ser cosas. Eliminemos, por insoluble y mal planteado el problema de si un equipo de facultades psíquicas superior al nuestro sería capaz de semejante hazaña. Por mucho que vuelen imaginación y fantasía, son siempre imaginación y fantasía humanas, que cruzan los aires como las perdices, a ras de la tierra. Dado lo que somos y lo que poseemos, atendido, además, el modo de ser de las cosas, nos es imposible conocer nada de una forma definitiva, plena, absoluta. Esto no es escepticismo. Es, sencillamente, reconocer que la ciencia es una aventura permanente en el hombre. Demos gracias que sea así, los que gustamos de esta manera de quehacer humano. ¡Sería terrible que

otros hombres, por habernos precedido en el tiempo, nos hubieran dejado sin ocupación intelectual! La ciencia es una tarea ilimitada. Algo que deviene, se desarrolla y crece. Pero que a diferencia de los organismos, no alcanza nunca el límite del desarrollo pleno y normal. Porque la ciencia es un proceso, tiene sentido que algunos hombres nos cuenten su historia. Y que nos hablen de las etapas de la física, valga por caso, antigua o de la mecánica moderna.

Mas cada cosa tiene su manera propia de devenir. Normalmente, los organismos crecen hasta llegar al límite de su desarrollo. Acabamos de decir que no es este el caso de la ciencia. Otra diferencia, además, rastreamos. Crece el organismo paulatinamente, según su manera de ser específica. No da un brinco, de súbito, un hombre de la adolescencia a la vejez. **Natura non facit saltus**, fue un axioma científico durante mucho tiempo. Con la ciencia, que, repetimos, no es un organismo, no ocurre nada parecido. La historia nos ilustra de largas épocas de letargo y de quietud, cortadas a intervalos de otras de frenético adelanto y desenvolvimiento. No interesa, de momento, el por qué de todo esto. Influyen, desde luego, condiciones sociales, que hacen que los hombres sientan veneración y respeto por la ciencia en determinadas épocas. Hay quizá también la fortuna de la aparición de algunos ejemplares egregios de la especie humana. Y hay, sobre todo, y a mi juicio esto es lo esencial, el descubrimiento de un nuevo método o punto de partida fecundo. Ya que la palabra que acabamos de pronunciar nos trae la imagen del camino, diríamos que a veces la ciencia se mete en callejones sin salida que imposibilitan su normal desarrollo. Consigue algunos frutos, y luego éstos se marchitan, como si el árbol de la ciencia estuviera atacado de una epidemia mortal. De donde resulta que los descubrimientos verdaderamente valiosos para el progreso de las ciencias han sido, ¿cómo los llamaría yo?, negativos. Caer en la cuenta de que, justamente estábamos metidos en un callejón sin salida, condición indispensable para sospechar la posible existencia de algún otro principio fecundo y lleno de posibilidades. Añadir uno más a la lista de teoremas de la geometría clásica es hacer progresar sin duda a la ciencia. Pero caer en la cuenta de que a partir de algún postulado distinto de los tradicionales era posible construir una geometría no euclideana me parece verdaderamente genial y decisivo. De vez en cuando las ciencias han sufrido convulsiones de esta clase, radicales rupturas con el pasado, que han sido origen y punto de partida de un progreso fecundo.

Si el desarrollo de la ciencia fuera parecido al de los organismos, hablaríamos de etapas, pero sería difícil —y, es más, imposible—, determinar los límites precisos entre éstas. Hablamos de madurez y de vejez. Pero, ¿dónde acaba la una y comienza la otra? En historia, las edades se determinan con mayor precisión. Y aunque los acontecimientos y fechas que sirven de mojones a las distintas épocas, no sean a veces los decisivos, siempre al menos nos queda la seguridad de que la transición y el cambio se han debido a algo radical. Igual acontece con la ciencia. De pronto, una idea feliz, un descubrimiento, un nuevo punto de vista, inauguran una etapa diferente en la marcha tras el ideal de una verdad absoluta y definitiva. Con todo esto, quiero decir que los términos moderno o contemporáneo no deben aplicarse, así, sin más ni más, a la ciencia por el mero hecho de que nos refiramos a la ciencia en vigencia en nuestros días. Pudiera ocurrir, y de hecho sucede muchas veces, que la ciencia moderna por el tiempo en que se hace, sea una mera supervivencia de un saber trasnochado. Ocurre con frecuencia que ideologías pasadas de moda, y superadas ha ya muchos años, y quizás siglos, hallan una como resonancia postrera en determinadas regiones, alejadas de los centros activos de cultura. He ahí entonces que la ciencia es moderna en un sentido y merece el calificativo de vejestorio en otro. ¿Qué hay de moderno en los estudios de la geometría de Euclides, en la lógica formal de Aristóteles o en la mecánica de Galileo? Se dirá: eso no es moderno ni antiguo; es eterno. Bien, pero es que nada de eso sería moderno aunque en nuestros días se descubriesen algunos modos de silogismo más que añadir a los tradicionales, aunque se descubriesen algunos nuevos teoremas o se completasen con algunas otras las leyes de la mecánica clásica. Lo nuevo estaría en la línea de lo antiguo, Sería un añadido, una ampliación parcial del horizonte ya conocido. Y nada más. Algo así como las nuevas exploraciones que a diario se hacían, a raíz del suceso verdaderamente importante y sensacional del descubrimiento de América en la época de la conquista del nuevo continente. Igual acontece con las formas sociales. ¿No se habla a veces de supervivencia de sociedades feudales? ¿Y es que vamos a llamar modernas a esas organizaciones por el hecho de que sean sigloventinas en el tiempo?

En resumen: la ciencia evoluciona de una manera peculiar. De otro lado, no tenemos derecho a hablar de modernidad, por el hecho de que los hombres, las sociedades políticas o la ciencia sean aconte-

cimientos de nuestros días. Y entonces la pregunta salta de inmediato: ¿hubo uno o varios acontecimientos científicos significativos en los tiempos cercanos a nosotros, que nos autoricen a considerarlos como arranque de una época nueva en la historia de la ciencia, y, por consiguiente, a hablar con sentido de la existencia de una ciencia moderna? A mi entender, hay que contestar afirmativamente la pregunta. Pero, antes de entrar en materia y de señalar cuáles han sido dichos acontecimientos, quisiera hacer una pequeñísima salvedad. Estoy hablando de la ciencia. Mas la ciencia es una abstracción que en verdad existe en un conjunto de ciencias distintas. De igual modo, para ser más fieles a la realidad, algunos compatriotas míos gustaron hablar de las Españas. A veces, las formas de hablar son significativas y traducen la substancia de creencias teóricas. En este caso, cuando se habla de la ciencia, la expresión me recuerda a aquellos otros escritores del siglo XVIII y aun del XIX que se complacían en hablar de la Humanidad. Y que en lugar de ver en la historia la descripción de una serie de civilizaciones diferentes, que comenzaron su tarea histórica unas antes, otras después, unas para perdurar por largo tiempo, otras para atravesar raudas, como un meteoro, por el cielo de la historia, creían, de la mejor buena fe, que estaban historiando las peripecias en el desenvolvimiento de una sociedad humana única. Todo ello en consideración a la opinión racionalista de que lo importante son las esencias y de que las individualidades son meras ejemplificaciones sin importancia de aquéllas. Hoy, y esto es característico de lo que, con derecho, podríamos llamar **modernidad**, se piensa de otro modo. La historia universal son muchas historias, y la historia de la ciencia es más bien una colección de vidas paralelas. De donde resulta que la expresión ciencia moderna no tiene demasiado sentido. Pudiera ocurrir que sí, que efectivamente ciertas ciencias fueron modernas, sin serlo las restantes. No obstante, y esta es mi opinión personal, la expresión hoy no es inexacta. Porque da la casualidad —la casualidad o lo que sea—, de que la mayor parte de las ciencias se visten en nuestros tiempos con galas de modernidad. Esto quiere decir que, si examinamos con prolijidad la historia de cada una de ellas, encontramos, a pocos años que nos remontamos en el tiempo, algún suceso verdaderamente revolucionario y original, que separa dos épocas, y que sirve de hito para hablar con fundamento y razón de modernidad.

Mi tarea no puede consistir en echar ahora un vistazo, una por

una a las diversas ciencias para descubrir el acontecimiento decisivo, responsable de la modernidad de las mismas. Un programa así se llevaría demasiado espacio y tiempo. Por otro lado, es muy de suponer **a priori** que estos sucesos paralelos tengan entre sí algún significado y sentido común. Quiero decir: que las ciencias modernas, resultado de esos diversos acontecimientos, respiren una especie de similar espíritu. Siempre ha acontecido así. Ciencias y artes de la edad media tenían mucho de parecido. E igual acontece en el renacimiento, en el siglo XVII, en la época de las luces o en los tiempos del romanticismo. La razón es bien sencilla. Así como por ejemplo, un tratado de geometría es el resultado de unos cuantos principios o verdades supremos, postulados y axiomas, así también todas las ciencias en su conjunto, son el producto de media docena de principios, puntos de vista, ideas y creencias fundamentales. Cuanto se deriva de estos principios está teñido, pues, de análogo sentido y significación. No pretendemos, por tanto, hacer una historia de las ciencias modernas, sino más bien, por condescendencia con nuestra inclinación filosófica, tratar de definir ese espíritu o ambiente de modernidad de las ciencias de hoy. Eso, captar lo igual en lo desemejante hasta remontarse al concepto, ha sido lo propio del quehacer filosófico de todos los tiempos.

Como no podía ser por menos, la modernidad de las diferentes disciplinas científicas se ha logrado aproximadamente en la misma época. Raro sería que una manera de pensar determinada no influyera a la vez en todas las ciencias. En este sentido sí se puede hablar de que la ciencia es única, y tiene sentido referirnos a la cultura medieval, a la renacentista o a la moderna como un todo.

Una posible manera de modernidad es la decidida reacción fecunda, no sólo negativa, contra el pasado. Nuestro pasado científico no está demasiado alejado de nosotros en el tiempo. Pasado es el siglo diecinueve. En los albores de este siglo, como si los hombres de ciencia se hubieran puesto de acuerdo, comienzan a aparecer esas peripecias intelectuales que han trastornado las ciencias y les han conferido el sello de la modernidad. Tenemos establecida una lucha contra la ideología del siglo decimonono. Verdad es que las rupturas nunca son radicales y completas. Somos deudores a nuestros padres por mucho que discrepemos de ellos. De no haber sido por el formidable impulso que el positivismo imprimió a las ciencias en el pasado

siglo, hubieran resultado imposibles las grandes realizaciones de ahora. La originalidad no supone *creatio ex nihilo*, así como ausencia de raíces que se hundan en el pasado. Veamos, pues, algunas de las características más acusadas de la ciencia actual:

1º—Estimación de lo heterogéneo, es decir, de lo que hay de diferente en las cosas. En términos de ontología diríamos que el ser es múltiple, no uno. Me parece ésta una de las distinciones capitales entre la ciencia antigua y la moderna, grávida de consecuencias importantes. En efecto, hasta el siglo pasado había un ideal científico que actuaba, subterráneo, en la mente de los investigadores: reducir a unidad lo distinto. Una cosa es que este ideal no se mostrara fácil de realizar, a causa de la complejidad y variedad de fenómenos que obliga a una multiplicación de las ciencias, y otra cosa muy distinta que no se creyera, como meta ideal, en la unidad del ser, y, por consiguiente, de la ciencia. La filosofía que servía de substrato a las investigaciones científicas era monista. El ser, uno, pasa en la evolución por diferentes etapas de complicación, que estudian las ciencias diferentes. Entre la materia y el espíritu ningún abismo infranqueable que salvar. Y tampoco entre los mundos ideales de los valores y de las esencias matemáticas y las ideas psicológicas mediante las cuales son aprehendidas dichas extrañas realidades. Como consecuencia de este monismo metafísico se estimaba que las mismas categorías eran aplicables a cualquier región de la realidad; que las mismas leyes valían en todos los dominios del ser; y, por consiguiente, que los mismos métodos eran aplicables en principio en todas las ciencias. De ahí, toda una serie de problemas sumamente importantes sobre límites entre las diversas ciencias y de prioridad entre unas y otras. En última instancia, son criterios formales, de puntos de vista diferentes, los que separan entre sí a las diversas disciplinas científicas. Y cada científico estimaba que el suyo era el punto de vista capital y decisivo. Matemáticos, químicos, físicos y psicólogos peleaban entre sí por la primacía de la disciplina respectiva. Para cada uno, el resto de las ciencias era un mero apéndice o capítulo de su campo de estudio particular. Físicos y químicos se disputaban el privilegio de investigar las leyes decisivas para el conocimiento de todo lo material. Sociólogos y psicólogos hacían lo mismo en el dominio de esas otras ciencias un tanto raras que eran las ciencias históricas, culturales, morales, y políticas o del espíritu, nombres diversos con que trataron de agruparse, frente a las ciencias naturales, disciplinas como la historia, el derecho, la moral,

la estética, la filosofía, etc. Era un espectáculo un tanto triste y ridículo ver como la grey científica disputaba de esta manera sobre prioridad de métodos, de disciplinas y de puntos de vista. Y, además, y esto era lo peor, ningún bien resultaba para la ciencia de esta discordia. Encastillados en su especialización, trabajaban muchos científicos sin tener una idea clara del valor de sus investigaciones dentro del campo unitario de la ciencia. ¿Qué pensaba, por ejemplo, el matemático? Sus resultados eran ciertos e indiscutibles. Pero la realidad estudiada en este caso, números, relaciones, figuras geométricas, ¿qué realidad fantasmagórica era? Todo ello era muy distinto a la realidad y consistencia de un mineral. Sus estudios adquirirían la significación de medios para el conocimiento cabal de la naturaleza. En sí mismos carecían de sentido, a falta de claridad mental respecto de la naturaleza de la cosa estudiada.

Todo este panorama ha cambiado radicalmente en el transcurso del XX. Con razón decía Ortega en cierta ocasión que hay todo un repertorio de ideas propias del siglo actual, que podemos contraponer a las vigentes en el siglo décimonono. Repito: no podemos hacer en estas breves líneas toda una historia de la ciencia en los tiempos inmediatamente pasados. Pero recuérdese que con el amanecer del nuevo siglo surgieron cambios radicales, de esos que hemos tratado de caracterizar como verdaderamente revolucionarios, en los más diversos campos científicos. No pretendo, por el hecho de cultivar con especialidad la filosofía, cometer el error que acabo de denunciar, es decir, solicitar para ella un rango de honor y privilegio dentro de la muchedumbre de conocimientos teóricos. Pero sí afirmo, sin que ello vaya en desmedro del resto de las ciencias, que por su propia naturaleza, por los objetos últimos y fundamentales que pretende captar teóricamente, ha influido siempre en la cultura general de cualquier época dada. Creo que es imposible conocer verticalmente, en profundidad, la cultura de un país en un determinado tiempo, haciendo caso omiso de las ideas filosóficas por ese entonces sustentadas. La cultura es un todo. Y cualquiera de sus manifestaciones está siempre teñida de las ideas propias de la ciencia fundamental. Fundamental, insisto, no por más importante o valiosa, sino en el sentido etimológico de fundamento, por habérselas con los últimos principios y las últimas causas, como gustaba decir Aristóteles. ¿Quién duda, por poner un ejemplo, que buena parte de la cultura del siglo pasado encontró su fundamento y base de sustentación teórica en las ideas y con-

ceptos del idealismo alemán de Fichte, de Schelling y de Hegel? Allá hay que ir a buscar las raíces del romanticismo en el arte, del historicismo jurídico de Savigny —escuela histórica del derecho—, del historicismo económico, del evolucionismo naturalista de Darwin, del filosófico de un H. Spencer y hasta del materialismo dialéctico de Carlos Marx.

Pues bien, es sintomático que con el alborear del nuevo siglo la filosofía sufrió un cambio profundo. Mejor: no sufrió un cambio, surgió de nuevo, puesto que no se puede llamar filosofía lo que, a nombre del positivismo, se hizo en Europa y América durante los 50 años últimos del siglo XIX. Hoy, sí, hay filosofía: bergsonismo, fenomenología, filosofía de los valores, existencialismo, etc., etc. Pues bien: Husserl publica su obra fundamental, las "Investigaciones lógicas", en 1900. Y, aproximadamente por entonces también, Bergson, en Francia, estaba de nuevo reivindicando la Metafísica. Fundamento, o efecto si queréis. Lo cierto es que la renovación de la filosofía vino acompañada de una serie de convulsiones revolucionarias en los cotos de las demás disciplinas científicas. También en 1900, fijense en lo curioso de la fecha, un alemán, Max Planck, se puso a dislocar la física clásica con su teoría de los **quanta**. Cinco años después, otro alemán, Alberto Einstein, crea la teoría de la relatividad restringida. Lo que estos dos colosos de la ciencia han significado para la física moderna, y, por ende, en su aplicación, para la técnica, acaso no tenga paralelo en la historia. Piensen sólo en las armas atómicas y en las inimaginables posibilidades y consecuencias futuras de la aplicación de la energía nuclear.

Precisamente en ese tan fecundo y curioso año de 1900, tres biólogos a la vez, de Vries, en Amsterdam, Correns, en Tubinga y Tchermak, en Viena, redescubren las leyes que treinta y cinco años antes, en 1865, un monje checo, Mendel, había dado a la luz en el boletín de la Sociedad de Historia Natural de Brünn. Toda la moderna genética, de tanta importancia para la biología actual y futura, tiene su origen en las obras de los científicos citados.

Verdad es que ciertas curiosidades de investigación sobre posibles geometrías no euclidianas se habían realizado ya en tiempos anteriores. Pero más como pasatiempo o curiosidad intelectual de agudos y perspicaces matemáticos que como obra definitiva y acabada. Fueron

precisamente esos físicos que acabo de citar y algunos otros discípulos y seguidores geniales, quienes cayeron en la cuenta de la importancia que esas distracciones intelectuales tenían para la interpretación veraz del universo físico, sacando del olvido en que si no hubieran caído a los iniciadores de ese avance y transformación en el campo de las matemáticas.

Por estos y otros ejemplos que pudiéramos citar, vean ustedes la legitimidad de la expresión "ciencias modernas". Con cierta unidad de espíritu y de criterio, que responde a las ideas matrices de la cultura objetiva de la época, las distintas ciencias, atentas al carácter específico de sus objetos, persiguen tesoneramente, sin enojosas disputas sobre límites y fronteras, la conquista de su pequeña parcela de verdad.

2.—La ciencia moderna, una buena parte de la ciencia moderna, alcanzada la meta de la mayoría de edad del pensamiento científico, dejó a un lado la infantil suposición de que la verdad debería ser en todos los casos algo fácilmente concebible e imaginable por la mente. Aquellos **idola** o prejuicios de que quería preservar a la mente del investigador el Canciller inglés Francisco Bacon, en realidad apenas han sido dejados a un lado sino en nuestro propio tiempo. Hoy continúa creyéndose en el mundo científico más enterado y más serio que si el mundo ha de ser conocido por el hombre es porque eso que llamamos mundo en torno tiene en cierta manera una estructura racional. En caso contrario, ¿cómo sería posible el conocimiento? Pero hemos caído en la cuenta, si no todos por lo menos algunos, que si lo real es racional, como diría Hegel, y, por ende, aprehensible por la mente, no por ello hemos de deducir que lo real haya de ser, además, imaginable. Hemos aprendido a distinguir entre la imaginación y la razón, librándonos, y librando de paso a la ciencia, de toda filtración de antropomorfismo. Creer que para que algo sea verdad ha de ser posible una especie de fotografía mental de ello, resulta una ingenuidad científica. Y, sin embargo, la historia de la ciencia nos demuestra que una y otra vez hemos acudido a ese argumento de la comprensión mental o posibilidad de ser algo imaginado como **última ratio** para dirimir las controversias científicas. No creo que esto se haya dicho. Pero creo interpretar fielmente el espíritu y convicción de muchos científicos contemporáneos con la siguiente afirmación: no me puedo representar lo que conozco, ya que eso que me represento, o es incognoscible, o es sólo la base, el peldaño primero, para un futuro conocimiento que lo trasciende y sobrepasa.

Ni ustedes ni yo podemos imaginarnos espacios de más de tres dimensiones, un espacio ligado al tiempo, átomos constituidos por puntos o centros de energía positiva o negativa, corpúsculos que son eso, corpúsculos materiales y, además son ondas, espacios no absolutos, sino que se curvan ante la presencia de masas gravitatorias, electrones girando o dando brincos cuánticos en espacios de diez o quince o hasta doscientos y pico de dimensiones, materia que se volatiliza en energía o energía que se condensa en masa, etc., etc. Todo esto son hoy hasta lugares comunes de la ciencia moderna, pero que, sin embargo, somos incapaces de representarnos. Dos importantes consecuencias podemos sacar de lo dicho:

a) La enorme dificultad de la ciencia moderna. Porque, claro es, me estoy refiriendo ahora principalmente a la física, al mundo macroscópico en que tiene vigencia la relatividad einsteiniana, y al microscópico en donde parece tiene su propio campo de aplicación la teoría cuántica. Pero mucho de lo que estoy diciendo respecto del ser no representable de la verdad sería también aplicable a otros dominios científicos. Ahora bien: el hombre corriente necesita ver para creer. Con los ojos, o con esos otros inmateriales del espíritu, que llamamos imaginación. La ciencia actual es en parte obra del puro intelecto. Requiere fuertes dosis de dedicación y de renunciamento a la vez. También requiere de un intelecto poderoso. Cualidades son éstas no comunes en la mayoría. La dificultad intrínseca de la ciencia moderna, claro es, selecciona por sí misma a los mejores, los únicos que verdaderamente triunfan. Pero nuestro deber, el deber de los educadores y de quienes nos interesamos por estas cosas, es el de facilitar la adaptabilidad del mayor número de intelectos, es decir, hombres estudiosos, a un medio tan agreste, áspero y difícil. La ciencia ha sido siempre quehacer de minorías. Su intrínseca dificultad hoy nos obliga a continuar manteniendo esta afirmación. No es cuestión de democracia o de concepción aristocrática del saber. Es cuestión de potencia intelectual. Y no vemos razón para que con el intelecto ocurra cosa distinta que con los músculos. Brincar por encima de un travesaño a dos metros de altura o correr los cien metros lisos en diez segundos, son hazañas propias de atletas olímpicos, es decir, de muy contados hombres sobre la tierra. Yo concedo más jerarquía y más dificultad al hecho de descubrir la mecánica ondulatoria. Desgraciadamente, cuando se habla de que la ciencia, la alta ciencia, es cuestión de minorías, muchos sienten una especie de repulsión interior y

protestan. Por lo visto, para ellos es más difícil ser peso pesado que escribir la novena sinfonia o descubrir la gravitación universal. Lo primero es privilegio de unos pocos, mientras que lo segundo, así por lo visto piensan, está al alcance de cualquiera.

La Universidad es la encargada de propagar y hacer esa ciencia moderna, tan difícil. Fijense bien los dos infinitivos: propagar, es decir, transmitir la ciencia ya hecha; mas, sobre todo, hacerla. Porque no veo otro ambiente propicio para el cultivo de la ciencia moderna que el de la Universidad o cualquier otro instituto similar. Se acabaron los tiempos en que un hombre a solas, en su gabinete, con media docena de libros fundamentales, podía aspirar al papel brillante de sabio. Hacer ciencia es hoy, además de difícil, una tarea costosa. Hay una especie de beatería por la ciencia, como por el arte y otras muchas manifestaciones de la cultura. Resulta bonito eso de llamarse intelectual y de simular admiración por la ciencia y por la cultura. El que más y el que menos se siente obligado a poner una expresión de arrobamiento cuando oye pronunciar la palabra mágica: ciencia. Ciencia, cultura, instrucción son preciosos temas para soltar lugares comunes en los discursos de ocasión. De verdad, los más sienten indiferencia ante la misma, si es que, secretamente, no desprecio. En caso contrario, los Estados —los Estados y también los particulares con posibilidades para ello— prestarían un mayor apoyo económico a las Universidades, los centros idóneos para el cultivo de las ciencias.

Se ha discutido largo y tendido sobre el verdadero papel de las Universidades. La discusión me parece un tanto bizantina. Todas las misiones que queramos otorgar a la Universidad están bien. Pero hay dos que, hoy por hoy, nadie puede hacer por ella y que, por consiguientes, son tareas específicas suyas: transmitir la ciencia y hacerla. Garantizar ante el Estado y ante la sociedad la idoneidad de sus egresados para el ejercicio de tales o cuales profesiones liberales, de un lado. Eso se logra enseñando a sus alumnos, con la altura debida, el estado actual de la ciencia en sus diferentes ramas. Luego, o antes, como queráis, cultivar en los gabinetes, en las aulas, en los laboratorios, en los seminarios de investigación, la ciencia. Cultivarla conjuntamente, profesores y alumnos. Crear un ambiente propicio de veneración y respeto por ella. Que las Universidades formen profesionales me parece muy bien. Bien está, además, que, de acuerdo con las necesidades del Estado se incrementen tales o cuales estu-

dios. Ora el Estado necesitará médicos, ora ingenieros, químicos o profesores eficientes. Pero la Universidad tiene que ser efectivamente ese "templo de la ciencia" de que tanto se habla. Para lograrlo no encuentro medio más eficaz que éste, el que predicaba ha ya muchos años Santiago Ramón y Cajal, refiriéndose a su circunstancia española de entonces: sacar a los alumnos de las universidades más aventajadas e inteligentes al exterior, para que amplien estudios en los mejores centros científicos. Luego, traer profesores especializados a enseñar a las universidades del país.

La Universidad no puede abandonar el puesto que le corresponde de rectora del pensamiento. Si lo hace, deja de ser Universidad en el sentido más noble de la palabra. Corre, no obstante, el peligro de derrumbarse y de convertirse en otra cosa, en lo que no debe ser, si su sangre no está vigorizada por una muchachada inteligente, estudiosa, preparada, capaz y trabajadora. De ahí, la enorme importancia que tiene para la supervivencia de la Universidad el problema de quiénes son los que ingresan a ella. No voy a tratar el problema, tan interesante, de la conexión entre la enseñanza media y la superior. Si el bachillerato no selecciona gente apta, la Universidad, naturalmente, desciende. Ahora, el problema del bachillerato es un problema que tiene que resolver la Universidad. Y sólo encuentro una fórmula lógica y eficaz para solucionar este problema: elevar a un plano superior de eficiencia el bachillerato mediante la preparación de un profesorado idóneo y capaz. No quiero ser tan simplista que niegue la importancia de los métodos, de los programas, de los planes de estudios, de los estudios vocacionales. etc., etc. Pero, humanista al fin, creo que lo fundamental, aquí como en tantas otras cosas, es el factor humano. Discutir el plan más acertado me parece bien. Mas cuando se tenga el personal capaz de llevarlo a ejecución. Lo contrario me recuerda a esos estrategas de gabinete que se ponen a planear batallas sobre el papel, olvidándose de quiénes van a ser los generales y soldados encargados de llevarlas a cabo. Y basta sobre este tema.

b) El carácter de la ciencia que apuntábamos, trae consigo esta nueva conclusión: la ciencia moderna ha adquirido sin quererlo un matiz filosófico. Sobre todo, la física, la más alta creación de la mente del hombre moderno, asumió en las últimas décadas un carácter que la aproxima a la especulación filosófica. Los espacios de muchas dimensiones, la teoría de la relatividad, el curioso comportamiento de

los **quanta** de acción, el principio de "incertidumbre" de Heisenberg, la mecánica ondulatoria, etc., etc., han vuelto a plantear toda una serie de problemas gnoseológicos e incluso metafísicos. Pero también las concepciones vitalistas en biología, así como los ensayos por tratar la historia filosóficamente, abundan en la misma dirección. Es una vuelta radical, de 180 grados, la que ha dado la ciencia, la ciencia positiva, en su actitud respecto de la filosofía. Un ilustre astrofísico contemporáneo, dice: "Algunos llegan hasta pretender que las cualidades matemáticas de la actual imagen científica de la naturaleza se originan en nuestras mentes. Arguyen, con Kant, que nuestras mentes actúan como legisladores de la naturaleza, prescribiendo al mundo exterior las maneras como sus fenómenos serán percibidos por nosotros." Y en otra parte: "La ley y el orden que encontramos en el universo se describen más fácilmente —y creo que también se explican más fácilmente— en el lenguaje del idealismo. Así, pues, y con reservas ya mencionadas, podemos decir que la ciencia actual es favorable al idealismo."

Esta tendencia de la ciencia a hacer suyos los problemas tradicionales de la filosofía, debemos abstenernos de considerarla como acertada o errónea. Es, simplemente. Y puesto que la ciencia moderna requiere una fuerte preparación filosófica, es deber de la Universidad como tal fomentar esta clase de estudios. A este respecto, nada menos moderno que el desdén positivista por la filosofía. Desgraciadamente, son muchos que se creen en la avanzada del saber los que comparten este pensamiento retrógrado. Me los imagino, a fuer de progresistas, caminando rectitos hacia las cavernas. En algunos de los países más cultos del mundo se han establecido cursos de metafísica para estudiantes ocupados en problemas de física superior. En cuanto a las facultades de jurisprudencia, todos en ellas deberían tener presentes aquellas palabras de Leibnitz: "Oh, si los juristas renunciases a su menosprecio de la filosofía y comprendiesen que sin filosofía la mayor parte de los problemas de su **jus** son laberintos sin salida."

3º—La ciencia moderna está impregnada del espíritu historicista característico de nuestro tiempo. Debemos interpretar esto en dos sentidos:

a) En todas aquellas ciencias en que la tarea es posible hay una tendencia a substituir los viejos métodos explicativos por otros, más

de acuerdo con la nueva manera de entender la realidad. Si lo que es, es simplemente, entonces no cabe otra cosa que definir esencialmente dicha realidad. Pero si lo que es deviene más bien, para conocerlo nos vemos obligados a seguir los pasos de ese fluir, contando su historia. No cabe hacerlo cuando se trata de enunciar las propiedades de un triángulo, esencia eterna e inmutable. Pero todas aquellas ciencias que tienen algo que ver con el hombre, las ciencias del espíritu, acuden hoy de preferencia a los métodos históricos. La psicología tradicional, por ejemplo, nos decía qué era la sensación, qué la percepción, la voluntad o el sentimiento. Hoy los psicólogos se esfuerzan por desentrañar el sentido de los fenómenos psíquicos, que en mutua relación, tejen lo que denominamos una vida. El objeto final de la ciencia no es tanto las explicaciones causales y mecánicas como las conexiones con sentido. El vitalismo en biología no es otra cosa que el reconocimiento de actividades teleológicas en el fenómeno de la vida. El para qué de las cosas es tan importante, para su comprensión, como el por qué causal de la misma. Todo ello implica también una cierta concepción organicista del mundo y de las cosas. El ser vivo no es una máquina, es decir, un conjunto o agregado de partes. La concepción antigua de que todos los compuestos hallaban su cabal explicación mediante el análisis y conocimiento de sus partes ha sido substituída por esta moderna concepción de que, al revés, son las partes las que encuentran su significación y comprensión en el todo. La concepción aristotélica de que el todo es anterior a sus partes y de que éstas están creadas por el todo al servicio de la totalidad, tiene vigencia, claro es, en el campo de la biología. Pero igual acontece, como acabamos de ver, en la psicología. Hasta en ciencias como la gramática, tiene aplicación esta moderna manera de sentir y ver la realidad. Los modernos ensayos de gramática no van, una por una, analizando y estudiando las partes de la oración. Comienzan los gramáticos por lo real, es decir, la frase con sentido, aquellas en que expresamos una vivencia o un pensamiento, y estudian a continuación las partes gramaticales de la proposición como momentos de la misma. No inventó el hombre los sustantivos, los adverbios, los adjetivos, etcétera, y los fue ligando unos con otros para ensayar oraciones. Lo primario son éstas, es decir, el pensamiento con plenitud de sentido. Lo restante se ha ido creando con objeto de expresar, cada vez mejor, los pensamientos. No nos quedamos satisfechos hoy mientras no sabemos cuál ha sido el origen y el destino de cualquier realidad. Al fin y al cabo, la cosa es lógica: al heracliteano modo de

concebir la realidad debe acompañar también el heracliteano modo de conocer dicha realidad. Este modo de conocer es la narración o la historia. El conocimiento es un movimiento al mismo ritmo que el devenir del ser. Lo importante no es contestar la vieja pregunta: "¿qué es esto?", valga por caso, "qué es el Estado?"; la pregunta así está mal planteada. Debemos indagar qué representa esta completa realidad social que, por ejemplo, llamamos Estado ecuatoriano de hoy en la evolución del Estado y a qué transformaciones superficiales o profundas se encuentra abocado.

b) No en todas las ciencias el historicismo en este sentido juega el mismo papel. Los seres ideales por lo mismo que existen fuera del tiempo, carecen de historia, y no es posible un trato historicista con ellos. Pero, aún en las matemáticas y, sobre todo, en la física, el historicismo se ha infiltrado en el sentido de ver cualquier teoría o solución como temporal, relativa o aproximada. Newton, Leibnitz, Descartes o Kepler creían hacer ciencia absoluta, valedera para todos los tiempos. Ellos pensaban de su obra científica lo que Tucídides de su "Historia de las Guerras del Peloponeso", que era un *κρημα εις αιει* es decir una tesoro para siempre, algo perdurable y eterno. Einstein o de Broglie saben que sus teorías son aproximaciones a la verdad, y sólo eso. El utopismo, la creencia en la posibilidad de asir un ideal, ha sido barrido de todos los dominios de la ciencia. Ni un estado perfecto, ni una ciencia absoluta, tal como la poseería un Dios. Lo más que nos cabe realizar es acercarnos poco a poco a esos ideales, en la seguridad de que no los alcanzaremos nunca. Si los echáramos mano, dejarían de serlo, al convertirse en reales. Y el hombre, esa es su grandeza, comenzaría entonces a vislumbrar en los horizontes de su vida nuevos faros, nuevos ideales, que continuarían para siempre dando sentido a su afanoso trajinar sobre la tierra.



## El Petroglifo de Changachangaza

Creo que es un deber, conforme insinuara el Profesor Pedro Armillas, la publicación de este hallazgo arqueológico, que puede ser o no importante, en el criterio valedero de los especialistas. Quiero llamarle simplemente como "La Piedra del Changachangaza", utilizando de esta manera el nombre corriente que tiene esa muestra y señalando así su ubicación cercana al río del mismo nombre.

Esta PIEDRA ofrece en sus caras una serie de inscripciones o simplemente líneas o figuras en bajorelieve, que pueden tener alguna relación con otras encontradas en nuestro mismo país o, inclusive, en otros del Continente.

El mayor interés, en mi inautorizada opinión, es el del lugar geográfico en que se encuentran esas muestras. Y digo en plural, porque según informaciones de conocedores de esos lugares, existe otra PIEDRA más grande y con parecidas inscripciones a un kilómetro, más o menos, más adentro del lugar de la actual, en plena selva. El río CHANGACHANGAZA, situado a mitad del camino que va de Méndez a Macas, naciendo en las anfractuosidades de la Cordillera Oriental, corre de Oeste a Este, y va a desembocar en el río Upano, uno de los grandes afluentes del río Santiago. Corre formando un relativo cañón, pues su cauce, en el lugar por donde cruza el camino es muy profundo, dejando riberas bastante elevadas del nivel del río. La PIEDRA se halla sobre el alto nivel del barranco Norte del río; de modo que descarta toda idea de que puede haber sido arrastrada hasta allí: lo que no quiere decir que pudo haber sido removida desde un lugar cercano, pues actualmente está a flor de tierra agrícola. Por este sec-

tor pasa, a distancia de pocos metros, el camino Méndez-Macas, y es suerte que así suceda, pues de otro modo seguiría esta muestra desapercibida por ser difícil que el viajero, generalmente en marcha forzada, pueda desviar su camino, adentrándose kilómetros en la selva, cuando no se trate de una excursión expresa.

El sector descrito se halla a unos dos kilómetros, más o menos, al Norte del caserío de Logroño, que con razón nos recuerda la célebre Logroño y Sevilla de Oro de la Colonia. Se dice (por decir) que en ese sector estuvo situada la ciudad de Logroño, de brumosa historia. Fue de mi mayor interés reconocer las hileras, bastante borradas por la vegetación, de piedras mal amontonadas que se pueden todavía observar en la plaza del pueblo, (y que muchos creen tratarse de las primitivas calles de la ciudad colonial); sin embargo, se pueden ver muestras semejantes, en otro campo cultivado, mucho más al Sur de la población. Si todo esto puede ser un eslabón para descifrar páginas de la Historia del Oriente, pues allí está la parroquia de Logroño como la página borrada de un libro que pide un interesado en ella que lo descubra. Se habla también sobre la existencia de una fuente artificial perdida en los alrededores de esta selva milenaria: sin embargo la búsqueda sistematizada que de ella se ha hecho por personas serias, no ha dado ningún resultado como para publicar en estas líneas: pues se tejen una serie de fábulas sobre ella que no aclaran el problema.

Pasando a nuestro tema concreto: la PIEDRA DEL CHANGACHANGAZA, que nosotros la encontramos algo cubierta de maleza, tiene una dimensión de un metro más o menos de altura, por unos ochenta centímetros de ancho y profundidad, en forma de pirámide truncada; tronchamiento que se habría producido, probablemente, después que manos humanas dejaron aquellos grabados, pues algunas líneas de sus caras se truncan también en las aristas del vértice cortado. Esta pequeña mole se asienta a ras del suelo, por su base y por su cara posterior. Su cara derecha parece haber sido también rota. Su cara frontal (frontal en el sentido en que ahora se la ve), ofrece en bajorelieve (Fig. N° 1) lo siguiente: Una serie de figuras curvas, de las que se destacan preferentemente una central, de concavidad inferior, seguida hacia la derecha por una circunferencia con un hoyuelo céntrico. Arriba y hacia este mismo lado, dos nuevas líneas curvas más o menos paralelas, reunidas por sus extremos por hoyuelos

similares: como cuando se dibuja el boceto de un feto o de un animal pequeño. Algo similar se ve en la parte inferior, bordeada, al pie, por líneas cortas y rectas a manera de radios. A la izquierda una línea sinuosa de concavidad inferior, de cuya convexidad parte una nueva línea curva hacia arriba. Una serie de hoyuelos del diámetro de un centímetro, más o menos, se hallan repartidos formando algo no sé si regular. Toda esta cara está dividida en carteles, por una fisura muy fina, que parece ser más natural que artificial, constituida por una línea casi recta principal, cortada por otra, casi horizontal, y saliendo de ellas otras dos hacia arriba y hacia abajo, sin paralelismo con la principal.

Su cara izquierda, inclinada hacia atrás y abajo, demuestra las siguientes figuras o símbolos estilizados: hacia arriba una línea triplemente espiral, cuyo extremo derecho avanza más o menos ondulada hacia abajo y a la derecha, a confundirse con otra semejante así mismo espiral, y seguida hacia arriba por líneas angulosas, cuyo conjunto nos recuerda nuestro número 5 escrito al revés. Entre las líneas angulosas, hay una curva casi cerrada que termina a manera de una virgula al revés. Al extremo derecho: la figura de un rombo seguido por líneas irregulares hacia arriba, sostenida por un mango o una asta, que hace sospechar la representación de una arma punzante (lanza ?). Hacia abajo, nuevo grupo de líneas muy semejantes a las que se encuentran en la cara anterior, según puede verse en el grabado correspondiente.

A poco de copiar, de la manera más fiel, las figuras del bajo relieve descrito, cuyo aspecto, con nociones de cultura general, manifiesta tratarse de un petroglifo de época muy remota, y por lo tanto muy anterior a la incaica (hay que insistir en esto para conocimiento de lectores generales). El nombre de "incaico", debe restringirse al lugar que le corresponde, pues todo lo prehistórico se ha dado en llamar INCAICO por nuestro pueblo, como ya comentó oportunamente Rodrigo de Triana; y este concepto hay que purificar a tiempo en el idioma popular. Decíamos que a poco de dibujar esos grabados, se nos vino a la mente el recuerdo de algo parecido que habíamos leído en el BOLETIN DE INFORMACIONES CIENTIFICAS NACIONALES sobre cuestiones arqueológicas y estudios pertinentes realizados en el Cantón Zaruma por el Profesor Carlos Mosquera. Si se observan los grabados encontrados por él en la piedra de HUISSHAGUÑA, se nota-

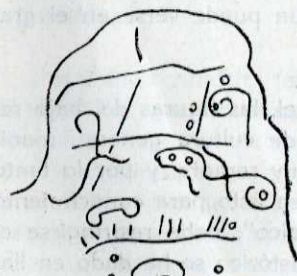
rá que, aunque el motivo es diferente, el estilo de las líneas tiene un "algo" que les asemeja.

Como dato final añadiremos que, según relación de la persona que nos acompañó al lugar, se sabe que a pocos kilómetros de allí, y cerca al río Upano, hay una interesante cueva, en cuyo fondo se sospecha la existencia de una laguna, sobre la que se tejen una serie de fábulas; además, una o más piedras con inscripciones de interés parecido a la del Changachangaza.

¿Este Petroglifo, es obra de una civilización Maya como pretenden hacer aparecer a las encontradas en Zaruma; Caribe, como se podría sospechar dada la ubicación geográfica del lugar en donde se ha descubierto, o Quiché?

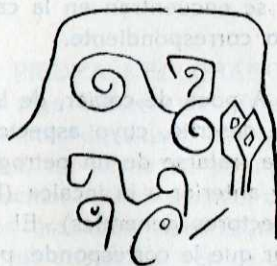
Precisamente por no estar nosotros en capacidad de responder a estos interrogantes, hemos creído un deber denunciar la existencia de ésto que puede significar un nuevo eslabón de uno de los capítulos de la Arqueología.

Fig. Nº 1



Vista frontal.

Fig. Nº 2



Vista posterior.

## Demócrito y el Concepto Moderno de la Materia

(ESPECIAL PARA "ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA")

Demócrito, el gran filósofo griego, natural de Abdera (Tracia) tuvo muy agudas intuiciones acerca de la materia y del universo exterior. Este filósofo es una de las figuras más representativas del materialismo antiguo y vertió certeras ideas acerca de la estructura de lo corpóreo, que se expresan adecuadamente en su atomismo, en el cual lo iniciara su maestro Leucipo.

Para explicar la constitución del universo, decía el sabio y filósofo Demócrito, que estaba formado por dos entidades: el espacio lleno y el espacio vacío; o en otras palabras, de materia y vacío.

Resulta algo realmente admirable que los griegos presocráticos y lo mismo, los filósofos posteriores, se interesaran por el estudio del vacío; actitud que ya registramos en forma amplia en el fundador del Liceo, que estudiara en sus obras tales cuestiones.

Aproximándonos más a nuestros tiempos, y retomando los conceptos que vertiera Demócrito, nos encontramos que esa concepción se transformaría —ante el criterio de una física madura— la materia, la misma materia extensa y ponderable; y el vacío, el ámbito de la energía radiante, campos de acciones eléctricas y electromagnéticas, que tan seriamente preocupa a los físicos y cosmólogos de la época en que vivimos.

Cabe destacar que la física clásica, estructurada en tiempos posteriores, expresa y sostiene claramente una abierta distinción entre la materia y la energía como dos entidades radicalmente separadas y de carácter opuesto.

Tal situación se prolongó durante muchos años, pero debemos destacar que ello no rompió totalmente la concluyente unidad de la materia, que se ha sostenido durante tantos siglos, desde la Escuela Jónica o Mileтана de los griegos, hasta los mismos físicos modernos. Pero debemos agregar que el máximo problema no se plantea en ese terreno, sino que el interrogante mayúsculo aparece ante la necesidad de comprobar la forma de existir de la materia extensa y en qué consiste su estructura última.

Con la aparición de los físicos y cosmólogos relativistas, las cosas cambiaron ya de aspecto, de suerte que otros problemas se presentaron ante la inteligencia investigadora. En consecuencia, a causa de novísimas teorías, frutos de largos procesos intelectuales, toda la materia se redujo a la energía.

Por lo tanto, la diferencia existente en la física clásica, entre la materia y la energía ya no tuvo razón de permanecer frente a los impulsos de la física relativista.

En el pensamiento de Demócrito, aparece la materia como uno de los elementos principales de nuestro Universo. Con ella, y complementando su presencia, encontramos el espacio vacío, donde los antiguos filósofos colocaban al discutido éter.

Frente a las investigaciones modernas, ya no existe la plena seguridad de que el vacío universal, lo sea totalmente. Muy por el contrario se afirma que el espacio es el ámbito de continuas emisiones y radiaciones cósmicas.

Por su parte, Demócrito, se inclinaba a pensar en la existencia del éter en ese espacio cósmico, pero la ciencia de nuestro tiempo, desde hace unos veinte años, afirma la inexistencia de ese fluido, al cual se llegó a dar cualidades y atributos abiertamente opuestos en ciertas etapas de la física clásica.

De esta manera, el éter que tanto mencionaban los antiguos en

sus trabajos y escritos sobre física, ha dejado de existir ante lo que manifiestan las más recientes investigaciones.

Las ideas de la materia compuesta por átomos y del espacio vacío (que no lo era totalmente, puesto que se pensaba en la existencia del éter cósmico), aparecen en el pensamiento del genial Demócrito, el admirable filósofo de Abdera, que de esta suerte presta su impulso inicial a los conceptos de la física, la cual fuera estructurada en épocas muy posteriores a su aparición en el maravilloso mundo griego.

Pero el incesante progreso de las ciencias ha terminado por eliminar la idea del éter para explicar los fenómenos del movimiento, luz y calor, que pueden ser entendidos sin semejante principio. De esta suerte, quedó firme la idea de la materia, que los representantes de la física clásica, con el correr del tiempo no aceptaron y presentaron, por ello, el concepto de energía. Por tal razón, defendieron la idea de la materia y de la energía, como dos entidades realmente distintas. Luego, los relativistas fundieron todo ello en el único concepto admisible en la actualidad: la energía.

Si bien Demócrito se colocó exclusivamente sobre la idea de la materia atómica, tal idea no fue desarrollada en la forma merecida. La concepción de la materia compuesta por átomos, son en concreto el fruto de un proceso posterior, reflejo de la misma madurez de ciertas experimentaciones acerca del comportamiento de la energía en ciertos hechos físicos.

Pese a lo expuesto, Demócrito vislumbró algo acerca de la actividad de los átomos y de su extraordinaria velocidad por el espacio, al hablar de choques y colisiones por parte de los mismos corpúsculos.

Muy posteriormente, se escribe una nueva etapa de la física relativista, y es la que se refiere a la concepción de la materia entendida solamente como energía radiante o emitida por los cuerpos. De esta manera, no sólo sería la materia una expresión cabal de la energía, sino que se iría mucho más lejos en ese terreno de especulaciones, y se defendería a la materia existiendo pura y concretamente como energía radiante, lo que ha permitido a las ciencias naturales, construirse una serie de amplios y múltiples razonamientos, que algunas veces adquieren contornos metafísicos.

Pero la etapa de la materia interpretada como energía radiante, desde hace ya algunos años ha sido dejada atrás, debido al empuje desbordante de las novísimas investigaciones. Hace su presentación entonces, la idea de la materia electricidad, que ha entusiasmado ampliamente a los representantes de las disciplinas físicas. Ya la materia, de esta suerte, sólo aparece como electricidad o como una serie de estados eléctricos. Esta forma de interpretar los fenómenos íntimos de la materia, promete a los estudiosos conclusiones de suma fecundidad para el conocimiento integral de su manera de existir en el universo.

Es así que partiendo de la materia atómica de Demócrito, se llegaría a una etapa en que toda la materia sería en su totalidad estados de cargas eléctricas o electromagnéticas; y los mismos fenómenos, variaciones o tensiones de potenciales de esa índole. Esto implicará reconocer que los fenómenos atómicos estarían regidos por las modificaciones o alteraciones de las barreras eléctricas, o mejor, de las capas electromagnéticas que mantienen la cohesión y encadenamiento de los corpúsculos atómicos.

Desde la materia atómica sustentada ampliamente por Demócrito de Abdera hasta la materia concebida como un fenómeno exclusivamente eléctrico, se han recorrido grandes etapas científicas y nosotros deseamos consignarlas muy brevemente para destacar algunos de los aspectos más esenciales de un proceso que se inicia en las primeras corrientes materialistas de la filosofía antigua y se continúa entre los representantes de la nueva física relativista y cuántica.

El materialismo de Demócrito y otros ha dado ya su aporte filosófico y nosotros, en estas breves líneas, queremos destacarlo y reconocerlo en toda su significación y magnitud para el progreso de la epistemología y de la historia de las ciencias.

El llamado materialismo griego, tuvo su innegable influencia en la antigüedad clásica y abrió su espacio para la consideración de la estructura corpuscular de la materia. La física clásica y la relativista han logrado admirables conquistas, y con verdadero espíritu crítico han renunciado a ellas cuando le han parecido insuficientes o incompletas. Desde el átomo indestructible de Demócrito de Abdera, hasta la concepción granular de la electricidad, se han adelantado innume-

rables pasos y se han retomado viejos problemas para conseguir otras consecuencias.

Durante muchos siglos, el mismo átomo fue considerado como indestructible, cual resabio de lo sustentado por la mentalidad griega; durante mucho tiempo la misma física clásica empleó en una forma quizás abusiva y exagerada el concepto y el papel de la fuerza; y ahora en la física relativista o nueva, se sostiene el concepto del campo eléctrico o electromagnético para explicar fenómenos fundamentales.

Demócrito de Abdera que vivió entre los años 460 - 370, había nacido en Abdera, Tracia. Fue discípulo de Leucipo, el fundador de la Escuela Atomista. Escribió Demócrito numerosas obras sobre las más variadas materias y fue considerado como un gran sabio en la antigüedad. La mayoría de sus obras se han perdido, por lo cual sus concepciones físicas son conocidas por los trabajos de Aristóteles de Estagira, el cual se oponía a sus principios atomistas. Murió a una avanzada edad y su nombre verdadero era Demokritos de Abdera. Fue, además, una de las grandes figuras que se interesaron por el problema de la infinitud en el pensamiento antiguo.

Santa Fe (Argentina).

Pero la etapa de la materia interpretada como energía radiante, desde hace ya algunos años ha sido dejada atrás, debido al empuje desbordante de las novísimas investigaciones. Hace su presentación entonces, la idea de la materia electricidad, que ha entusiasmado ampliamente a los representantes de las disciplinas físicas. Ya la materia, de esta suerte, sólo aparece como electricidad o como una serie de estados eléctricos. Esta forma de interpretar los fenómenos íntimos de la materia, promete a los estudiosos conclusiones de suma fecundidad para el conocimiento integral de su manera de existir en el universo.

Es así que partiendo de la materia atómica de Demócrito, se llegaría a una etapa en que toda la materia sería en su totalidad estados de cargas eléctricas o electromagnéticas; y los mismos fenómenos, variaciones o tensiones de potenciales de esa índole. Esto implicará reconocer que los fenómenos atómicos estarían regidos por las modificaciones o alteraciones de las barreras eléctricas, o mejor, de las capas electromagnéticas que mantienen la cohesión y encadenamiento de los corpúsculos atómicos.

Desde la materia atómica sustentada ampliamente por Demócrito de Abdera hasta la materia concebida como un fenómeno exclusivamente eléctrico, se han recorrido grandes etapas científicas y nosotros deseamos consignarlas muy brevemente para destacar algunos de los aspectos más esenciales de un proceso que se inicia en las primeras corrientes materialistas de la filosofía antigua y se continúa entre los representantes de la nueva física relativista y cuántica.

El materialismo de Demócrito y otros ha dado ya su aporte filosófico y nosotros, en estas breves líneas, queremos destacarlo y reconocerlo en toda su significación y magnitud para el progreso de la epistemología y de la historia de las ciencias.

El llamado materialismo griego, tuvo su innegable influencia en la antigüedad clásica y abrió su espacio para la consideración de la estructura corpuscular de la materia. La física clásica y la relativista han logrado admirables conquistas, y con verdadero espíritu crítico han renunciado a ellas cuando le han parecido insuficientes o incompletas. Desde el átomo indestructible de Demócrito de Abdera, hasta la concepción granular de la electricidad, se han adelantado innume-

rables pasos y se han retomado viejos problemas para conseguir otras consecuencias.

Durante muchos siglos, el mismo átomo fue considerado como indestructible, cual resabio de lo sustentado por la mentalidad griega; durante mucho tiempo la misma física clásica empleó en una forma quizás abusiva y exagerada el concepto y el papel de la fuerza; y ahora en la física relativista o nueva, se sostiene el concepto del campo eléctrico o electromagnético para explicar fenómenos fundamentales.

Demócrito de Abdera que vivió entre los años 460 - 370, había nacido en Abdera, Tracia. Fue discípulo de Leucipo, el fundador de la Escuela Atomista. Escribió Demócrito numerosas obras sobre las más variadas materias y fue considerado como un gran sabio en la antigüedad. La mayoría de sus obras se han perdido, por lo cual sus concepciones físicas son conocidas por los trabajos de Aristóteles de Estagira, el cual se oponía a sus principios atomistas. Murió a una avanzada edad y su nombre verdadero era Demokritos de Abdera. Fue, además, una de las grandes figuras que se interesaron por el problema de la infinitud en el pensamiento antiguo.

Santa Fe (Argentina).

## Carlos Samayoa Chinchilla, el Maravilloso

(ESPECIAL PARA "ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA")

En esta América nuestra surge natural y sencillamente la maravilla, lo mismo en sus selvas de primitiva hondura y majestad, en sus cielos de profundo matiz, en sus ríos conductores de la ilusión hacia lo incógnito, que en sus gentes de la tierra llena de tradiciones, de leyendas, de cosas que parecen pura fantasía y que, de pronto, ante los asombrados ojos, resultan ser verdaderas... En esta América nuestra la vida sumergida o manifestada es una maravilla constante y perennemente atractiva: igual en la tierra que en el cielo, lo mismo en las aguas que en los volcanes, de idéntica manera traducida en las noches palpitantes de estrellas que en el gesto de los indios hundidos hacia su estrellado cielo del pasado... La leyenda explica igualmente los aconteceres naturales o sobrenaturales, porque esto de lo sobrenatural, bien entendido, es nada más que el otro lado de lo natural, ese lado que alcanza a ver en las cosas y los seres el alma...

Carlos Samayoa Chinchilla escribe de esta América nuestra, de su Guatemala prodigiosa, tales y tan hondas cosas, que da pena pensar cómo andamos pidiendo de prestado a los más remotos Continentes lo que aquí tenemos para darlo a manos llenas a todo el mundo. Con un estilo altamente expresivo, con frases y hasta con palabras que son acabados retratos del paisaje o del alma, el gran guatemalteco logra especial belleza en su manera de decir y hondura de contenido que incita a seguir cavilando sobre los encuentros que el escri-

tor hace en sus tierras mágicas de Guatemala o en las tierras más amplias del alma humana...

La maravilla se entrega a Samayoa Chinchilla íntima y total, con amor de mujer hermosa que hubo de hallar al amador supremo... Maravilla en la alegría o maravilla en la tristeza, porque las raíces del ensueño se hunden lo mismo en la soleada esperanza que en la tenebrosa desolación... Luz y sombra guardan el sentido del prodigio: quizá la luz sea el pensamiento de la sombra, quizá la sombra sea la incurable tristeza de la luz...

El relato de Carlos Samayoa Chinchilla es de poesía primitiva y noble, de esa que sabía América en sus mocedades de sol y altura, de tal manera que su decir viene a ser la vida del Continente bellísimo bajo sus cielos imponderables...

El milagro de la bondad de corazón, el intenso milagro del alma con claridades de agua pura, tiene ejemplar sentido en "LA LAGARTIJA DE ESMERALDAS", cuento en el que Samayoa Chinchilla logra, para mi gusto, la más noble altura de su creación. Alrededor de la figura deliciosamente cristiana de Fray Pedro Joseph de Betancourt, de la mínima religión del Poeta Francisco, discurre la leyenda admirable que el pueblo de Guatemala guarda con más amor que el tesoro de su tierra y el tesoro de su cielo... La descripción del ambiente es sencillamente perfecta y admirable, pues es parte de la creación de Samayoa Chinchilla el saber lograr en descripciones breves un mundo de alma del paisaje... Aquí el escritor: "Rumor de molinos, aguas de un río pensativo que divaga bajo la esplendorosa porcelana de los cielos, huertas, silencio; mujeres de ojos negros y piel color de panal, torres, revuelos de palomas, montes desnudos, mercados de frutas y legumbres; ambiente viejo y devoto, claustros llenos de suspiros, penumbras, almas en pena, salones de techos artesonados, campanas, hijosdalgos montados sobre ferradas cabalgaduras, matracas, escudos de armas labrados en piedra; maizales, volcanes, procesiones..." Ciudad magnífica de Santiago de Goathemala, presta a servir de escenario a la belleza del milagro del humilde franciscano enamorado de las desgracias del prójimo... En tal ambiente, la presencia del indio angustiado de hambre suya y de los suyos conmueve las fibras íntimas, y más hubo de conmover las de Fray Pedro de San Joseph, Santo santificado en vida y actualidad, quien naturalmente

busca en los soleados caminos algo para calmar tanta tristeza, pues que él mismo nada tiene, a no ser su inmenso corazón besado de amor de Dios y de amor del hombre... Así, buscando bajo la luz, halla la pequeña lagartija de vivísimas pupilas que en sus manos transfórmase en joya de oro y piedras preciosas... Cuando el tiempo ha pasado y el pobre indio, ya libre de angustias, retorna para devolver la joya a su amigo Santo, el fraile mínimo la toma en sus manos bienhechoras y la deposita mansamente sobre unas piedras tostadas de sol... El animalito toma su antigua vida y vuelve a sus húmedas mansiones perfumadas... Qué ejemplo de caridad cristianamente entendida: todo parte de la naturaleza y todo a ella vuelve, porque en la naturaleza nada hay de malo o dañino, que esto del mal es cosa de pura y humana imaginación y no del poder divino que extendió sus manos y dijo "SEA"...

El dolor de la raza, el injusto dolor a que le condenara un conquistador tan inicuo como cruel, aparece con patetismo convincente en "MARIA CANDELARIA". La india de nombre tan bello reta a las aves porque no cantan, es decir, las invita a cumplir con el mandato del suelo y del cielo de América, por más que las rejas de la jaula les sean hurto de cielo y de tierra... La escena de la visita del curandero, con sus oraciones enrevesadas de creencias y brujerías, es llena de colorido, es toda alma América en su primitivismo estupendo... La india Maria Candelaria decide vender los presos para curar al hombrecito que se postrara con incógnito mal, mas nada consigue, porque los pájaros cautivos siguen en su silencio por todos los mercados... Así retorna y halla al hijo muerto, y comprendiendo el sentido de esta fuga del alma querida, casi inconscientemente va abriendo una a una las jaulas y devolviendo a los presos su libertad de altura... Aquí logra Samayoa Chinchilla una de sus páginas más hermosas: "De pronto, entre la trémula soledad de los encinos y los pinares silbó jocunda la violineta de un guardabarranca, y como si aquello hubiera sido una señal, todos los pájaros, libres y jubilosos, cantaron al sol poniente entre la fresca de la grama y de los terrones o en el penacho de los altos pinos.— El gorjeo de un pitó real vibró en el corazón del ocaso. Se hubiera dicho que hilaba cristal con la garganta desde las profundidades del cielo..."

Destino de las gentes sufridas y profundas, obscuro acontecer para los verdaderos dueños del cielo y el suelo americanos que, se-



gún el relatista incomparable, "ni quieren ni pueden escapar de las jaulas de sombra en que los encerró su destino".

A plena vida de ciudad, en Guatemala Antigua, Samayoa Chinchilla construye la belleza legendaria... Dados somos al sueño y al ensueño, y esto, al decir de gentes de poca mente o de escaso corazón, es apenas un rezago de la infantilidad: si de niños hubo de gustarnos los cuentos misteriosos, cuando madura el alma vienen a gustarnos esos mismos cuentos pero con más profundidad de contenido y razón de ser... Oh, divina niñez del corazón, perpetua infantilidad de la mente, belleza del agua pura y cristalina que, no obstante la copia transitoria del vuelo del ave ominosa y torva, no se ensució ni siquiera con su sombra: Poesía, Poesía, eso eres tú... En todo niño hay un Poeta que no quiere dejar de ser Poeta nunca... En todo Poeta hay un niño que no quiere dejar de ser niño nunca... Quizá la mejor definición del Poeta Jesús es aquella de la estampa evangélica abrazando a los niños y definiéndose, con ello, él mismo como niño absoluto de mente y corazón...

En la vieja ciudad, dormida sobre su sueño antiguo, Samayoa Chinchilla halla el hilo del misterio y por él va ascendiendo hacia el pasado, tal como si por un hilo tenue de luna fuera subiendo al cielo callado y pensativo... Así, a puro ascender perfecto, encuentra unas cosas y unos hechos que gustan infinitamente a todos los Poetas del mundo, es decir, a todos los niños eternos del mundo... Define el autor: "La vida gusta de revestirse con gran variedad de disfraces para mejor fascinar a los humanos, y como en el fondo nunca dejamos de ser algo niños..."

"NOCHE DE SARAO" es el cuento fantástico en que hablan las viejas casas de Guatemala por sus muros agrietados, por sus ventanas destruidas en plena florescencia de la enredadera del olvido, por sus patios en donde las fuentes quebradas sólo cantan la canción del silencio, por sus gradas en plena destrucción por las que ascienden apenas los fantasmas... Guatemala es cuna del misterio y la leyenda y como tal despierta y habla por la voz de su Poeta magnífico... El sutil sentido de la metempsicosis corre por las venas del cuento, desde la noche en que Montes vive el pasado más antiguo en pleno trance de realidad, hasta el retorno por los silenciosos lugares del pasado... Samayoa Chinchilla dice así: "Con frecuencia se tiene en

la vida la sensación de haber vivido con anterioridad una escena idéntica a aquella de la que, en determinado momento, formamos parte, sensación que casi siempre va acompañada de un sentimiento de lo inevitable..."

En el sonambulismo del misterio vivido o, mejor, revivido, Montes visita la casa que fue y que es, porque nada de lo que fue puede dejar de ser, volviendo al ser anterior en el silencio sonoro de una noche que hubo de enajenarle para siempre... El misterio, en sus más hondas proyecciones, alienta aún en los más pequeños detalles, encendiendo una lámpara que parecía definitivamente destruída en el espíritu: la realidad linda con el sueño, los hechos lindan con recuerdos más o menos vagos, más o menos confusos, produciendo ese estupor de la conciencia que, sabiendo su recuerdo, olvidó en las múltiples vidas el exacto camino del recuerdo... Sí, todo el cuento no es sino esa angustia inefable de saber lo anterior, pero no poder hallar los eslabones destruídos, o, más claramente, esfumados, en el paso de los siglos... Así, la vida actual, momentáneamente hallada en otra vida de antaño, tiene la realidad de lo soñado, en cuanto el sueño es el encuentro de los perdidos caminos del espíritu... Entre una y otra vida, la de hoy y aquella que constató el espíritu en el instante de revelación, se produce el extraño fenómeno de dos relámpagos o, cuando más, de una llama transitoria frente a un relámpago, separados por un ambiente angustiante de sombra...

El indio americano vive apegado a su pedazo de tierra, al mínimo pedazo que le dejó la conquista y después la conquista de los que detentan la tierra sin amarla, sin servirla, sin conocerla íntimamente... El indio sabe, fuera de las doctrinas sociológicas, que es un pedazo de la tierra, y así vive y así muere, amando intensamente, como parte de su vida, el pequeño pedazo que le queda todavía... Todo lo puede sacrificar el indio: libertad, conciencia, vida, pero la tierra nunca, porque fue suya, porque es suya, porque será suya cualquier día en que las justicias se digan más allá de las inutilidades de las leyes... Cuando el indio enajena su pequeña parcela es porque se ve ya definitivamente solo y siente que la sombra de la muerte le extiende los brazos, porque siente que el sol de América comienza a desmayarse en sus pupilas, porque descubre que el río de la sangre se enturbia con los primeros tintes del ocaso... No sé si en otras tierras del mundo ocurra así, pero en América el amor del natural

por la tierra es pasión, vida y supervivencia, culto, religión y divinidad... En la mente soñadora del indio no se apaga la historia del pasado lleno de luminosidades, allá cuando las carabelas no violaron todavía la sagrada virginidad del Gran Mar... Esta idea latente se traduce en el amor desmedido por la tierra, en la pasión por el suelo, en la heroica defensa de la madre fecunda... De allí que el crimen más grande, que se perpetra a diario y a mansalva en todos los lugares del Continente, es el de desposeer al indio de su mínimo pedazo de tierra: las grandes fortunas se construyen sobre el llanto incurable de los naturales, sobre el robo sacrilego de sus parcelas mínimas...

Carlos Samayoa Chinchilla, alma americana, no podía olvidar esta dura realidad humana. La sintetiza de mano maestra en su cuento "LA MANGA": grito de la tierra y grito del indio, comunión del suelo con su dueño legítimo, íntima fusión de las lágrimas humanas con la fecundidad de las siembras, florecimiento de la entraña universal por el solo amor de quien la siente como madre... Como siempre, Samayoa Chinchilla, maestro de la descripción, tiene pinceladas de belleza como éstas: "El día había dado vuelta sobre sus ejes de diamante y poco después los grupos se fueron dispersando, empujados por un sombrío anhelo de tomar posesión cuanto antes de sus terrenos. Por las crestas de las lomas volaron algunos gritos sin dueño y a orillas del río sangraron crepitantes fogatas."

Otro detalle pintoresco maravilloso: "La frescura de la madrugada agranda el espacio. El día amaneció gorjeando. En la trocha abierta entre el arbolado, al medio de un campo de maíz, un rancho pajizo lame la faz del firmamento con su lengua de humo. Todo parece nuevo, las formas, los colores y los aromas; la vegetación salpicada de rocíos, el raudo venado de los vientos que hace cabriolas por los claros del monte y la tierra recién volteada por el filo del azadón."

"LA MANGA" es la tenacidad del indio por no dejar que la tierra muera... A su pequeño pedazo adquirido en lotificación lo cuida, lo defiende, lo bendice. No importa que un día, la manga maldita y devastadora caiga sobre la prometida cosecha y la reduzca a polvo y olvido, no importa que el hálito destructor del trópico se produzca en las avanzadas de gusanera que ningún ejército puede detener... El indio lucha porfiadamente contra lo inevitable, lucha a sangre y fuego, y cuando mira sus sembríos asolados y perdidos del todo, constatan-

do que todavía queda el hombre y, sobre todo, que queda aún la tierra, abre los ojos hacia un más allá de posibilidades... Se comenzará de nuevo, otra vez será el éxodo hambriento en busca de semillas por remontanza, será nuevamente el laborar, el robar horas al sueño y el sentir, así, el sentir crecer los granos nutricios... Todo ha terminado y todo volverá a comenzar: también el sol se duerme cada tarde por detrás de los montes, pero esto no quiere decir su muerte ni su desaparición... Cada mañana el sol despierta más nuevo, más hermoso, más limpio, como si el sueño reparador le hubiera abrigado más y más sus pupilas de fuego... El grito del indio, el grito de quien no está vencido, es el grito eterno de la raza, es el grito de América, es el grito de la tierra del Continente encantado... Nada podrá el tiempo contra el derecho del indio para ser el dueño de su tierra, el padre de sus frutos... Nadie habrá de apagar la luz en el alma del indio sobre el derecho a su suelo natal... En América, en toda América, fermenta el derecho de los naturales para abrazar la tierra, toda la tierra, sin límites ni alambradas, sin más dueños que ellos mismos, únicos dueños y únicos amos de América... Cuando la maldita manga acaba con las esperanzas del indio, éste lanza la interjección típica de los campos, la palabrota expresiva, probando que quedan él y la tierra, frente a frente, hombro a hombro, conciencia a conciencia...

En este suelo nuestro, donde el misterio es casi natural ambiente respirable, los secretos naturales y sobrenaturales están celosamente guardados por viejos indios sabios, aquellos que se han llamado brujos, y que son visitados en la altura de sus chozas con sinfonía de vientos por los cóndores reales que han conversado con el Padre Sol... El arte de la auténtica brujería no es, como ordinaria y vulgarmente se cree, el de preparar bebedizos, filtros o ungüentos sanadores de heridas: es, ante todo, el tradicional transmitirse de los secretos puros de América, de los vírgenes secretos de América conocidos mucho antes de que fuera salvajemente atropellada por los desconocidos del otro lado del mar... El brujo es sacerdote, arúspice y Maestro iniciado, hijo del Sol y padre de las gentes que en él guardan esperanza de desheredados, hambrientos de pan y justicia... Las malas artes de brujería instauradas en las ciudades son ya de importación, de confusión de venenos italianos o franceses con venenos de los que guardan nuestras selvas... El brujo del campo, el verdadero brujo, no es el charlatán de las cosechas propicias ni el visitante y

bebedor de la chicha de los saraos: es el sabio en su castillo de altura, es el conocedor de las esencias, es el dueño de los elementales, es el conservador de ese hilo único que atravesaba todos los Continentes pero que, con el hundimiento del más grande y bueno, vino a cortarse, dejando hilos aislados aunque íntegros en su potencialidad supraterránea... El brujo es el consultor obligado de las buenas gentes, el testificador del pasado, el anunciador de los buenos o de los malos tiempos, el hermano de la lluvia, y enemigo de la sequía, el regulador del curso de los ríos y la humedad de las montañas, el oficiante de los misterios en el abandonado pajonal...

Carlos Samayoa Chinchilla bien retrata este tipo indígena de visionario en su cuento "EL BRUJO DE CHITZAJAY". En el relato surge la oculta vena de lo desconocido, ese temblor del más allá, ese ser de lo sobrenatural que descontrola lo natural y, no obstante, es apenas el otro lado de lo natural... Vibra en el relato, en palabras del autor, "un eco milenario desde la opuesta orilla de la corriente del tiempo". El brujo guarda celosamente el secreto de la mina de azogue que los blancos desean inútilmente conocer. Una voz, apenas perceptible, fina como hilo de viento, se levanta desde el abismo de una tradición eterna... El brujo de América que Samayoa Chinchilla encuentra tiene alma de animal noble, fiero y noble a la par, y, como tal, es un ser que no tiene explicación posible y guarda íntima fraternidad con su hermano de la selva... Qué caminos de la sangre, del totemismo primitivo o de la simple leyenda logran esta unión fraternal tan íntima que causa confusión de animal y hombre?... Nadie lo puede decir, ni siquiera el audaz y temerario blanco que, impulsado por su sangre moza, va tras el secreto del azogue... Extrañas fantasmagorías discurren por el cuento, fosforescencias que se divisan lejos, a distancia de milenios, y hechos desorbitados en su realidad que comienzan en el sueño, prosiguen en la vigilia y terminan en la muerte... Se diría que una pesadilla es lo que martiriza la imaginación, si no se viviera también la realidad, mejor dicho, un extraño y vago límite entre el sueño y la realidad, un medio límite desde el que se mira una y otra orilla pero a ninguna se puede abarcar con exactitud y precisión...

El secreto de América, por cierto, es algo más que el simple secreto de unas minas de azogue, es algo mucho más grande que la íntima vinculación entre la vida del hombre y su animal protector,

vida que se destruye inopinadamente... El brujo de Chitzajay es una personalidad poderosa y conmovedora, convincente y misteriosa, sí, pero es más el símbolo de una raza conocedora de secretos milenarios... Allá arriba, donde comienzan a encenderse las estrellas, el extraño ser predica, pontifica, profetiza y clama, clavando sus pupilas ya al apagarse en horizontes que la corriente vista humana no alcanza ni siquiera a presentir... En el humo de las chozas campesinas se enreda la oración humilde que pide bonanza para los sembríos, lluvia para las plantas y tiempo propicio para las cosechas, pero en la neblina que se eleva desde la máxima altura, humo de los montes, se enreda la magnífica oración del brujo pidiendo justicia en forma de pan, justicia en forma de agua, justicia en forma de amor, es decir, lo esencial que consigo han de traer el pan, el agua y la fructificación de las tierras... Las pupilas del brujo se han ido apagando de tanto ver el tiempo: ahora tiene las pupilas ya no en el rostro surcado de los signos de la sabiduría, sino en el alma, que es la sabiduría misma... Y mientras más parecen apagarse las externas pupilas que miran el tiempo más allá del tiempo, más se encienden las interiores mientras más conocen... La aparente vejez es sólo idea que pasa como sombra por las miradas de los humanos, que el alma, por el milagro eterno del conocimiento que es la clave de la fuente de eterna juventud, más límpida y clara está mientras más secretos vaya penetrando, explicando o meditando...

Samayoa Chinchilla logró en "EL BRUJO DE CHITZAJAY" un retrato desconcertante y profundo, pero logró también levantar una punta mínima del velo que oculta los milenarios secretos de América. Cuento es éste con alma y contenido más allá de las palabras, escrito en ese idioma que se lee por encima de los idiomas, lección magnífica probando en real probanza que el Continente bellissimo es también profundísimo de toda profundidad...

Carlos Samayoa Chinchilla profundiza la leyenda de la raza bellissima y fuerte. El, descubridor de esas cosas ocurridas cuando el Sol no se ocultaba todavía para el indio americano, traductor de los maravillosos pensamientos de un tiempo iluminado, trae a plena actualidad y trascendentaliza mucho más todavía la leyenda de los campos y los dioses de América: el Sol, padre amoroso y único, dador de todo bien y abundancia, rubio compañero de los días de esperanza; el agua, cristalina virgen que guarda secretos de versificación que todavía el hombre blanco no ha sabido interpretar totalmente; el cielo, sagrada

habitación de alas misteriosas, ambiente para el vuelo del polen a poca altura, pero para el del cóndor majestuoso allá donde los picachos son besados de intensa luz; los animales protectores, desde los solemnemente bellos de la selva hasta los humildes que acompañan al hombre en sus faenas y directamente se interesan por sus quehaceres, esperanzas y sueños...

Así vierte Samayoa Chinchilla la belleza primitiva y pura del Popol-Vuh, cosmogonía de una raza de infinito pensamiento y altísima meditación, bronce magnífico donde el sol de América juega un desfile de fulgentes piedras preciosas... Vieja verdad no solamente de este lado de lo conocido, sino de los orígenes mismos de la tierra, que todavía hace y hará temblar al mundo de sombras y estrellas...

La grandeza de ese origen tiene bella traducción en las palabras de Samayoa Chinchilla. Aquí su voz: "Entre el hipo de los volcanes que sacuden la tierra y a media noche iluminan el lomo de los mares en el resplandor de sus erupciones, bajo el soplo del misterio o del brutal aliento de la tragedia en que se inician los milenios, los dioses de América comienzan a hilar con la vida y con la muerte en el telar de las inmensidades."

Efectivamente, ¿qué escenario más adecuado para el crear de los dioses que esta América nuestra alta de fuego, honda de mar, profunda de horizonte, eterna de tradición, perenne de inmensidad?... Aquí, donde a cada paso sorprende la maravilla lo mismo en la furiosa tempestad que en el simple lirio campesino cuyo vestido ha sido hecho por el mismo Dios... Aquí donde los volcanes rebeldes levantan desde sus incendiadas entrañas la protesta por su destino de fraguas subterráneas que conmueven los horizontes... Aquí donde son los bosques milenarios, tan antiguos como la primera sonrisa de Dios extendiendo sus manos y mandando ser, con sus árboles entendedores de sabidurías no enseñadas a los hombres y sus secretos sonando con ese rumor que ninguna sinfonía ha sido dada en copiar... Aquí, donde el cielo es de un azul profundo y cofre de toda especie de aves hermosas, todo él alas y trinos, y en la hora de atardecida, un altar de nubes incendiadas por la herida bellísima de luz del ocaso, un incendio en plena altura, la presencia pura del fuego, de ese fuego filosófico del que parten y al que vuelven todas las cosas... Aquí donde las lagunas duermen en los bosques un sueño de cielo y aroma, con sus honduras pobladas por la tradición de todo el pasado:

ya la serpiente brillante representativa de la raza, ya la vigilante sombra del indio surcando a media noche en su leve barca de más allá, ya la ñusta bellísima sacrificada en las puertas del templo por la codicia de la conquista, ya los vasos sagrados del rito que escondiera el rebelde natural porque los blancos no beban en ellos sus vinos que embriagan de humana y reprochable ebriedad... Aquí las flores más bellas y exóticas que darse pueda: la orquídea, diosa pequeña y con alas de mariposa fantástica, retratando los matices más puros y elementales del iris, siendo descripción de la luz en sus amorosos y dulces matices y eternamente resistiéndose al trasplante o traslado a las ciudades, porque es altura, brisa detenida, respiración de la montaña, cielo dormido un momento en la maravilla de la humedad... Aquí los ríos cantores de aguas transparentes y diáfanas, marimbas vivas donde ejecuta con sus martillitos intangibles e infantiles la travesura del viento, historiadores puros que relatan la historia de siempre en puro verso, en el más noble y primero de los versos, en la elemental poesía que no puede ni debe traducirse en las palabras porque éstas le vendrían estrechas a la dimensión transparente del agua... Aquí el perfume intenso de los naturales jardines, aquel en que el rocío oficia de sacerdote mínimo junto a la blanquísima hostia de la margarita o la timidez colegiala de la campánula, donde el agua crea un frescor que alienta las fuerzas naturales y el sol trabaja los colores en los claustros sagrados...

¿En dónde podían los dioses de los orígenes hallar más propicio terreno que en América para sus mandatos divinos?... ¿En dónde el padre de los vientos y las tempestades pudo hallar más solemne y poderoso ambiente?... ¿En dónde el pintor de las mariposas, los canarios, los gladiolos y las auroras pudo encontrar mejores matices y colores?... ¿En dónde la diosa enamorada pudo hallar más mullidos lechos de flores y hojas frescas o más claros cristales de agua pura para copiar su bellissimo rostro o humedecer la nube pequeña de su pie?... ¿En dónde el obscuro dictador del fuego central podía encontrar más altares de cumbres para su fuga al cielo y su grito tremendo al horizonte?... ¿En dónde pudo el amoroso niño del amor hallar labios más puros para el beso, frentes más claras para la caricia, manos más llenas de ese temblor inefable que endulza el alma y de ese calor que quema sin quemar las horas?...

América pura, América íntima, América profunda, América ma-

ravillosa... Continente del sueño y el ensueño, cuna antigua de la tradición, mucho más antigua que las tenidas hasta ahora por antiguas... Terreno propicio, altamente propicio a la presencia de los Dioses... ¿Cómo no iban los creadores a sentar aquí su pie si todo invitaba a hacerlo?... ¿Cómo no iban a tender el vuelo de sus alas si nuestro cielo es el más puro del mundo?...

Vienen las divagaciones, vienen natural y sencillamente frente al decir de Carlos Samayoa Chinchilla, y se vienen con los perfumes puros y diáfanos de América o también con las leyendas prodigiosamente profundas de América...

Samayoa Chinchilla usa vocablos de América, expresiones americanas, voces muy nuestras, palabras de antes del idioma de los conquistadores... Aquí uno de sus méritos mayores. En sus cuentos, en sus relatos, en sus leyendas sobre campos y ciudades, se halla el idioma auténtico de estos lados del mundo, es decir, sobre el ambiente logrado a toda plenitud, la exacta forma crea vaso perfecto, de tal manera que el lector, apasionado en grado sumo, libra combate interior cordial por ver si es más admirable el mundo de expresiones o el contenido mismo, por saber si es de mayor valor la voz de la antigüedad oída en sus noches puras por el escritor, o el maravilloso vaso del idioma nuestro en que se guarda el licor que hace soñar... Parecerá, al comienzo, especie de dificultad para lectores no entrenados el tratar de penetrar todo este bello expresarse de Samayoa Chinchilla, pero esto es puramente ocasional, diré, más bien, inicial, que pronto se entra en franca fraternidad con tal manera de escribir lo sentido y de sentir lo escrito... Sí, porque en Samayoa Chinchilla alienta no el ánimo del simple curioso o erudito en cosas del pasado, en cosas de su propio pasado, sino el amor inmenso por lo que fue, la pasión auténtica por desentrañar el gran mar del que parte el río de su misma sangre y del que parten también los múltiples ríos de sangre de todos los hermanos de América... Es uno de esos escritores que ha tomado vocación por la belleza, destino por lo hermoso, camino por los senderos del espíritu... Desde el primer contacto que tuve con sus creaciones sentí ya ese ambiente celestial y, al propio tiempo, terreno, de simpatía que une al soñador con el soñador, al poeta con el poeta...

Samayoa Chinchilla es el escritor que mejor ha logrado esa reconstrucción del alma del pasado, a tal extremo que la metempsicosis

se torna ante su figura realidad innegable y cierta. Muchos escritores, en distintos tiempos y latitudes, han tratado de actualizar el pasado, y bien que lo lograron en sus obras maestras. Pero, entiéndase bien, el pasado, así, en lo de general y vago que tiene la expresión, en esa especie de polvo que se limpia de los viejos objetos para estudiarlos en su destino anterior a su actual destrucción... Pero en Samayoa Chinchilla la resurrección, mejor dicho, la vida nueva, es del alma del pasado, de la esencia del pasado, del aroma mismo del pasado... Cada una de sus páginas es propiedad de lo sin tiempo, lo que equivale a decir que ha logrado esa eternidad que es sueño y ensueño de los creadores... En ello, en la eternización, no le va esfuerzo alguno: hombre de América, igual que su tierra y su cielo, lo mismo que sus ríos y sus flores, tal que sus aves caudales de gran altura, traza simple y llanamente las historias, estudia con tranquilidad las almas, y siente, de pronto, que él mismo, no obstante su actualidad, es ya parte de lo que creó, es esencia de lo creado, es algo más que el hombre relatando o contando, diciendo tradiciones o leyendas: es eso mismo que cuenta o relata, es aquello mismo que descubre en los códices que se enfrían tras los cristales de los museos pero que en su imaginación adquieren vida prodigiosa, terrena y supraterrana, humana y divina, de hoy y de siempre...

Carlos Samayoa Chinchilla atrae con la poderosa atracción del misterio, sí, pero atrae también, por más contradictorio y paradójico que ello parezca, por la belleza sencilla con que traduce el misterio... Abruma pensar que tanta respetable y profunda cosa venga a tratarse con estilo tan transparente... En el fondo de la obra, es muy cierto, tiembla el temblor cósmico, se sacude el canto de los volcanes en que tenían sus reuniones los dioses del fuego y de la tierra, se siente pasar el viento bíblico o cosmogónico que inspiró todas las versiones de los orígenes del mundo... Pero esto es en lo interior, que de por fuera corre agua de río conversando con el lector, diciéndole palabras bellas, pero diciéndole también algo más que las solas palabras...

Samayoa Chinchilla, traductor de los secretos de América, es hombre auténtico de América, y allí debe residir su más sincero orgullo. Qué grande, qué bueno, qué noble es saber que hombres como él nos pertenecen, como nuestras selvas, como nuestros mares, como nuestros cielos, como nuestra pasión poderosa y soñadora, como este deseo de ser alma de América frente a la justa admiración del mundo...

# SOLEDAD Y MEMORIA

PROLOGO DE

Francisco Alvarez González

Un juicio de valor sobre una obra cualquiera de arte exige conocimientos varios. En primer término, la comparación entre la obra concreta y el ideal estético, sobre que se fundamenta el juicio de valor, requiere que tengamos una idea más o menos precisa sobre la belleza. Sin una clara intuición eidética de lo rojo, me será imposible, valga por caso, afirmar que es rojiza esta soberbia puesta de sol que contemplo, arrobado, a la orilla del mar. Pero, sin entrar en el complejísimo problema de qué sea, realmente, la belleza, de acuerdo estamos todos en que es algo desdibujado, difícil y abstracto. Ahora bien: la belleza abstracta puede encarnarse en las cosas más distintas y variadas. No es lo mismo un cuadro, que un poema o una sinfonía. Necesitamos, pues, conocer la naturaleza de cada uno de los materiales utilizados por las artes diversas, en orden a saber qué valores estéticos podremos conseguir con los mismos. Hay límites entre unas artes y otras. Es una verdad a priori que nunca obtendremos los mismos efectos estéticos con un lienzo y una docena de tubos de color al óleo, con las notas que al aire lanza el blanquinegro teclado de un piano, o con esos otros instrumentos estéticos que son las aladas, leves y sutiles palabras.

Nada más lejos de mi ánimo que suscitar aquí odiosas comparaciones entre las diferentes artes. Pero si quiero afirmar, para las consecuencias que me interesan, cuán diversos son unos de otros esos diversos materiales artísticos. Un bloque de mármol o un conjunto de colores son materiales, en si, indiferentes. Lograrán o no encarnar valores estéticos según la habilidad con que los maneje el artista. Son

# SOLEDAD Y MEMORIA

PROLOGO DE

Francisco Alvarez González

Un juicio de valor sobre una obra cualquiera de arte exige conocimientos varios. En primer término, la comparación entre la obra concreta y el ideal estético, sobre que se fundamenta el juicio de valor, requiere que tengamos una idea más o menos precisa sobre la belleza. Sin una clara intuición eidética de lo rojo, me será imposible, valga por caso, afirmar que es rojiza esta soberbia puesta de sol que contemplo, arrobado, a la orilla del mar. Pero, sin entrar en el complejísimo problema de qué sea, realmente, la belleza, de acuerdo estamos todos en que es algo desdibujado, difícil y abstracto. Ahora bien: la belleza abstracta puede encarnarse en las cosas más distintas y variadas. No es lo mismo un cuadro, que un poema o una sinfonía. Necesitamos, pues, conocer la naturaleza de cada uno de los materiales utilizados por las artes diversas, en orden a saber qué valores estéticos podremos conseguir con los mismos. Hay límites entre unas artes y otras. Es una verdad a priori que nunca obtendremos los mismos efectos estéticos con un lienzo y una docena de tubos de color al óleo, con las notas que al aire lanza el blanquinegro teclado de un piano, o con esos otros instrumentos estéticos que son las aladas, leves y sutiles palabras.

Nada más lejos de mi ánimo que suscitar aquí odiosas comparaciones entre las diferentes artes. Pero sí quiero afirmar, para las consecuencias que me interesan, cuán diversos son unos de otros esos diversos materiales artísticos. Un bloque de mármol o un conjunto de colores son materiales, en sí, indiferentes. Lograrán o no encarnar valores estéticos según la habilidad con que los maneje el artista. Son

absolutamente pasivos, muertos. El mármol del Pentélico o de las canteras del Atica en que esculpian Fidias o Sofronisco, el padre de Sócrates, es el mismo mármol en que hoy ensaya sus aptitudes el joven escultor ateniense. Yo creo que es posible siempre una evolución en cualquier rama del arte. Pero en las artes plásticas sobre todo, el progreso o, meramente, el cambio tienen que venir de las intuiciones del artista. A veces también, de ciertos perfeccionamientos técnicos. En las artes literarias el caso es completamente distinto. La palabra, material del novelista, del ensayista o del poeta, no es palabra y, por consiguiente, instrumental estético, como mero fonema o garabato escrito. La palabra es signo que encierra siempre una significación. El bloque de mármol o el color no apuntan, allende sí mismos, a ningún reino de significaciones ideales. Son lo que son y se limitan, como una buena fémina, a dejarse plasmar con las formas que les impone el espíritu viril del artista creador. Las palabras, en cambio, tienen como una vida propia. Aun las de aspecto más insignificante y modesto tienen siempre tras de sí una trastienda. El artista de la pluma no puede maniobrar a capricho con las palabras. Estas gozan de actividad y autonomía. Cambian, y los historiadores de la lengua rastrean las leyes que rigen su evolución como fonemas. Ya en este aspecto, que no es esencial para lo que vamos a decir, vemos cuánta razón nos asiste al consignar que las palabras tienen su vida propia. Desgraciadamente, los filólogos no han sido tan diestros en perseguir las metamorfosis de las palabras como signos cargados de significaciones. Porque, y esta es una diferencia esencial entre las palabras y otras especies de signos, las primeras cambian a menudo de significación. O aun cuando en diferentes épocas designen lo mismo, queda siempre el problema de si ese "lo mismo" lo es efectivamente para quien confiere intención significativa a la palabra al pronunciarla o al comprenderla. El diccionario nos dice que ψυχή entre los griegos significaba alma. Pero, ¿llenaban con el mismo contenido significativo ese término los atenienses del siglo IV antes de J. C. que nosotros? ¿Quien confiere significado a las palabras es el hombre, y el hombre es un ser histórico. Para el gato que, perezosamente, se hace un ovillo a mis pies mientras escribo, mis palabras están tan desprovistas de significación como para mí ese trozo de mármol o el trepidar del camión que pasa por la calle. Incluso reconociendo el carácter de signos de los términos, muchos olvidan esta curiosa paradoja: que no significan lo mismo, en épocas diferentes, aun significando lo mismo. A la significación primitiva, con el tiempo, se añaden otras por

analogía. Y aunque persista el primitivo significado, éste se va enriqueciendo con las nuevas notas que arrojan a la trastienda de las palabras las intenciones significativas de los hombres. Son, pues, éstos los que con el poder de su imaginación creadora vivifican las palabras. Pero los hombres tomados históricamente, a través del curso lento de edades y épocas. Porque, cualquiera de nosotros, tomado aisladamente, nos encontramos con un lenguaje ya hecho, cuyas significaciones nos son dadas, como nos son dados el paisaje, el siglo en que vivimos o la cultura. Es muy escasa la partecilla de originalidad o invención que en cuanto a variar las significaciones de las palabras a cada uno de nosotros nos corresponde. Pero cada época histórica o generación se encuentran con un idioma cargado de significaciones ideales diferentes por el esfuerzo innovador colectivo de las generaciones anteriores. En la mayoría de los problemas humanos hay siempre una interacción entre el yo y "lo otro". Esto último, el contorno, la circunstancia, es decir, los otros hombres, el paisaje, la cultura, el espíritu objetivo, etc., conforman al yo. Pero cada uno de nosotros reobramos sobre esas otras realidades, modificándolas, dejando en ellas una impronta de nuestro ser. Buscar, pues, la causa de los fenómenos y hechos sociales es jugar un poco al pasatiempo de qué es anterior, si el huevo o la gallina. Negar que estamos influenciados por el medio físico, valga por caso, es volvernos de espaldas a una innegable realidad. Pero querer hacer una sociología o una filosofía de la historia usando de esta única y sencilla palanca es, igualmente, cerrar los ojos al hecho de que el hombre, descontento y curioso por naturaleza, se las arregla para metamorfosear el medio. No necesariamente la cultura, pero sí la civilización, sobre todo la técnica de que gozamos (?) actualmente, puede medirse a buen seguro por el grado y profundidad con que el medio físico circundante es modificado por el hombre. El primitivo, por eso lo es, deja intacta en torno suyo la naturaleza, tal como estaba el primer día de la creación. El pobre hombre anónimo de las grandes aglomeraciones urbanas de nuestros tiempos, pasa quizá los años sin hollar una brizna de hierba bajo sus pies. Entre él y la naturaleza primitiva ha interpuesto otra naturaleza artificial, de ingenios de toda clase, de cemento, de asfalto, de hierro, que, a su vez, deja mostrar su influencia en los hombres en forma de psicosis de mil clases o de tumores cancerosos.

Cómo pensamos y sentimos, el grado de abstracción y finura de nuestros conceptos, viene en gran parte determinado por la riqueza



del idioma que aprendemos desde chicos. Y, a la inversa, a todos nosotros nos ocurre, a unos más a otros menos, que contribuimos al enriquecimiento de ese idioma, que tanto poder tiene en sus orígenes sobre nosotros. Toda palabra cambia, gana o pierde en su significación, al hacérsela inteligible o al usarla como medio de expresión un hombre. Artífices de la pluma debieran tener presente esa extraña naturaleza del lenguaje. Repito: no deseo entrar en comparaciones, poner o quitar méritos a unas artes o a otras. Mas estimo que la literatura en general en mayor grado que la pintura o cualquier otra manifestación artística, requiere de mayor conocimiento de los materiales con que se trabaja, esto es, las palabras. Por eso, aquí la precocidad se da en menor proporción que en las otras actividades artísticas. Sonidos o colores son, en sí, cosas muertas, que dóciles se dejan manipular por el genio del artista joven. Las palabras, vivas siempre, capaces de ser otra cosa, de morir a sus significaciones pasadas y de nacer a otras nuevas, exigen de quien las maneja mucho más. Por desgracia, son pocos los que juegan poética o artísticamente con notas o colores. Todos, sin embargo, aprendemos un idioma de niño, que a diario usamos para hacernos entender de los demás. Esta familiaridad que tenemos con el lenguaje, nos hace perder el respeto por él. La mayoría, hablamos y leemos con relativa soltura. Es como si a todos nos enseñaran a tocar el piano de chicos. Lo probable es que proliferaran los compositores como flores silvestres en un prado primaveral. Así, todos se creen o nos creemos, por causa y culpa de nuestro conocimiento del idioma materno, predestinados, en principio, a ser novelistas o poetas. Basta que se nos ocurra una modesta ficción o que el sentimiento de nuestra importancia nos lleve a creer que a los demás interesan nuestros íntimos problemas. De lo demás, apenas hay que preocuparse. Es suficiente coger papel y pluma y ponerse a engarzar palabras en interminable rosario de frases. ¿Acaso no conocemos el idioma? Quédense la pintura para quienes, con trazo firme y seguro, perfilan la silueta del objeto que ante sus ojos tienen; la música, para quienes aprendieron el misterioso significado de las rayitas y puntitos negros salpicados entre las líneas paralelas del pentagrama. Pero, ¿por qué habríamos de renunciar a la pretensión de literatos si sabemos articular oraciones y a cada momento pronunciamos palabras con sentido?

Y, sin embargo, ningún arte requiere de tantos estudios, de tantos conocimientos acerca del instrumental que maneja, las palabras, como el arte literario.

Además, en las otras artes, por lo mismo que los materiales son pasivos, juega papel principalísimo la subjetividad. Por eso, es posible en estas artes el genio precoz. En la literatura, no. Las palabras no son vehículo pasivo de mi decir. Al pronunciarlas o escribirlas debo presumir que, por sí mismas, ya dicen algo a quienes las escuchan o leen. Tengo que contar con ellas y con lo que significarán en las mentes de los posibles lectores. Más que en las demás artes, tengo en literatura que tener en cuenta a los demás. Para que la labor estética que me propongo en literatura, sea eficaz, debo estar al nivel de los tiempos. Esa tarea triple —saber de mí mismo, de los medios de expresión y de los "otros"—, no es fácil. Nos exige perentoriamente estar en sazón. Necesitamos aquí, más que en ninguna otra labor, estar, como decíamos, a la altura o nivel de los tiempos. Por eso, el anacronismo, en el sentido más preciso de la palabra, es peligro que acecha siempre al escritor. Coged una revista de hace veinte años, leed los chistes que inflaban de gozo a los lectores, y veréis qué es eso de las generaciones o del nivel de los tiempos. Apenas una sonrisa en vuestros labios producirá el gracejo de escritores con que se solazaban y desternillaban de risa vuestros padres o abuelos. Y lo mismo acontecerá al leer el relato breve, el poema o el cuento. Al hacer crítica literaria hay que tener en cuenta todos estos factores: la pulcritud, la maestría en el uso de las palabras, si se trata de un escritor ambientado en su época o vive a destiempo, esto es, arrastrando cualquier trasnochado "ismo" o, a fuer de original, haciendo gala de una literatura vanguardista. Esto último es frecuente en muchos jóvenes extraviados; aquello, en algunos espíritus fosilizados por la excesiva adoración a estilos y modos de ser de épocas pretéritas. Y no es que pretenda relativizar los valores literarios. Los grandes maestros de la poesía o del relato son eternos. Pero su vigencia ejemplar a través de las edades la lograron siendo fieles a la época en que vivieron. No imitando a lo que la corriente inevitable del tiempo barrió, ni haciendo extravagancias futuristas en busca de un resquicio para la originalidad. Admiramos y reconocemos el valor permanente de las obras de Homero, de Dante o de Leopardi. Mas jamás se nos ocurriría escribir hoy algo parecido a la Odisea, a la Divina Comedia o a uno de esos poemas pesimistas, melancólicos, desesperanzados, del lírico romántico. Algo así como nos gusta el Partenón de Atenas sin que se nos ocurra levantar algo parecido para nuestra vivienda.

Y ahora una última observación de las que me ha sugerido este

prólogo a los poemas de José López Rueda. Funcionan las palabras como tales cuando quienes las pronuncian o escuchan cumplen una intención significativa. Para hablar o escuchar con sentido basta eso. En la literatura didáctica no necesitamos de ordinario nada más. La precisión, la justeza de las palabras es allí esencial. De lo que se trata es de comunicar pensamientos. Manéjanse entonces palabras-conceptos. En la narración literaria o en la poesía la pretensión es otra. De lo que aquí se trata es de que las palabras, además de sugeridoras de conceptos, lo sean de imágenes. Husserl habla en una de sus Investigaciones Lógicas de actos de **dar** sentido y de **cumplir** el sentido. También, de intenciones y de impleciones significativas. En la prosa didáctica, un adjetivo, por ejemplo, trata de precisar una de las notas o propiedades del sustantivo a quien califica. En un poema, en cambio, un adjetivo pretende ser sugeridor de una imagen que venga a hacer más plástica y viva la del sustantivo a que se refiere. En literatura no se trata sólo de hacer comprender, sino de hacer ver, y, por medio del ver, hacer sentir. Pues cuanto más vivida y fuerte sea la representación que las palabras evocan, mayores serán las consecuencias afectivas o sentimentales de aquéllas. Y lo bello no es algo que alcancemos, en su ser bello, por otro conducto que la vida afectiva. Puedo pensar en la belleza sin sentirla, como cuando hago ontología sobre el ser o valer de los valores. Y, a la inversa, gozoso hasta el éxtasis por la contemplación de cualquier espectáculo sublime, seguro es que no se me ocurrirá entonces pensar en qué es lo bello.

Ser hombre de su tiempo, conocer la historia de la cultura objetiva, gozar de imperio sobre el idioma, adivinar simpáticamente las ideas, imágenes y sentimientos que las palabras propias van a crear en los demás, son algunas de las condiciones que el escritor, de toda necesidad, ha de poseer. Y, además, imaginación, gusto, sensibilidad, etcétera. Es decir, aquellas otras características del **homo aestheticus**. Sobre esto último se han escrito miles de páginas. En estas apresuradas frases a mí sólo me interesaba señalar el aspecto intelectual de la obra literaria; afirmar, con toda la convicción y energía de que uno es capaz, que el escritor, en mayor grado que cualquier otro tipo de artistas, necesita ser un hombre culto. También, si queréis, el pintor, el escultor, el músico, pero mucho menos en la medida que el novelista o el poeta. Es, probablemente, una afirmación no demasiado transcendente ni profunda, pero que conviene airear de vez en cuando. La psicología moderna ha insistido, quizá demasiado, en la dife-

rencia de estructura mental del intelectual y del artista. Ello no está mal, si los estudios psicológicos conducen a una mejor inteligencia de las almas respectivas. Pero, a mi entender, la separación encierra un peligro: el de hacer creer a algunos que la actividad literaria es sólo cuestión de fantasía, de intensidad de la vida afectiva, etc., es decir, de genio. Todo eso está bien. **Sin** eso no hay literatura; pero **con** eso sólo tampoco. La actividad literaria exige inspiración y conocimiento. El poeta o el novelista necesita ser tanto artista como intelectual. Parece que el ejemplo de tantos grandes escritores del pasado y de hoy habría de convertir este pensamiento en vulgar lugar común. Pero, no. No hay arte en que tanto ensayen sus aptitudes a la buena de Dios, esto es, sin preparación intelectual alguna, las gentes. El resultado es previsible: una abundante cantidad de frustrados ensayos, con su inevitable cortejo de desilusiones, desengaños, resentimientos y resabios.

\* \* \*

Basta una rápida ojeada a estos pocos poemas de José López Rueda para ver la doble entraña, metafísica y lírica, de su personalidad. Yo diría que es el mundo, tan bello, tan misterioso e incomprensible, tan vasto, el solo tema de la poesía de López Rueda. De su poesía y de su pensamiento. Hombre y mundo frente a frente. Uno, el hombre, en el otro, haciéndose mundo, fundiéndose con éste en unidad. Nada menos que el mundo ahí como objeto, para pensarlo y para sentirlo. El poeta, mejor aún, el hombre, no quiere renunciar a la doble faz de aquél. Por eso, sueña con ser poeta, y adoptar a veces el semblante adusto del pensador. López Rueda no lo dice. Pero, entre líneas, resuena en sus poemas un clamor dolorido: el hombre no debe renunciar a nada. Por eso, tiene necesidad de ver y de sentir, de ser pensador y poeta. El mundo es luz y ser para las pupilas:

"y la luz estelar iba doliente  
por los celestes ámbitos perdida  
y la luz no era luz, pues aún no había  
una clara pupila entre los astros."

El pensamiento quiere adivinar qué extraño mundo sería ese que, errabundo, inconsciente de sí, ni luz ni sombra, marchaba sin destino a través del infinito espacio. Pero no puede. Porque adivinar o imaginar es ver. Supone ya la presencia en la mente de una especie de

espiritual pupila. Pero también el mundo es hermosura, colores, armonía. Y ahora es el corazón del poeta el que acompasa con su latir estremecido el ritmo eterno del universo.

¡No renunciar a nada! Si para este anhelo-pensamiento hubiera un "ismo", ese sería el apropiado para la personalidad del poeta. López Rueda habla de muchas cosas. En sus poemas se respira un tierno y cálido amor por las cosas concretas, sencillas, por las varias y múltiples cosas. Pero, es porque el poeta, rebelde a renunciar al pensamiento, las contempla siempre engarzadas en el trémulo vibrar del cosmos infinito:

"tiembla el alma del mundo  
entre los tiernos huesos de los recién nacidos . . ."  
"muere el eterno impulso en cada flor que se marchita . . ."  
"Nace, solloza y muere en cada vida  
la savia que perennemente brota  
del ancho corazón del universo."

Raro es el verso en que esta idea no se repite, a modo como en una sinfonía el transfondo melódico. Por todas partes respiramos este puro aire cósmico de amplitud, de totalidad, de dignificación de las cosas como pertenecientes al mundo, y de última sinrazón de ser de las mismas, perdidas en los anchos abismos del universo. Cualquier cosa: "los ojos profundos de las niñas", de esas niñas y de esos ojos en que, adolescentes, inevitablemente soñábamos cada noche,

"eran para mí entonces inalcanzables seres  
hechos de lo más leve y hermoso de los mundos."

Este sentimiento panteísta del universo —del que, entre paréntesis, han brotado casi siempre los grandes sistemas metafísicos—, obsesiona al infante que pasea su inquieta y muda admiración por los campos aledaños a la castellana aldea. Le gusta fundirse con las cosas, aunque confiese que era el río el que

"gustaba de acoger mi cuerpo entre sus aguas,  
porque yo era también un trocito de mundo."

Al par de este sentimiento de parentesco universal de todas las cosas, que brotan y hunden sus raíces en el cosmos, encontramos también, como motivo constante en los poemas de José López Rueda,

la tristeza, el contenido dolor ante la aparente o real sinrazón de ser de todo. Incluso lo que más vitalmente nos atañe, es gratuito, superfluo, producto de mil locos, ciegos y azarosos acontecimientos. La pregunta metafísica fundamental, el heideggeriano ¿por qué hay ser, por qué yo soy, y no más bien hay nada? anhela buscar una respuesta:

"pienso en mi vida, pienso en los torrentes  
de antepasada sangre que rodaron  
de siglo en siglo hasta lograr un día  
regar mi barro."

Pero este lucreciano recurso de buscar explicación y sentido a las cosas en largas cadenas de causas que se remontan más y más, no basta a sosegar el ánimo. La mente y el sentimiento naufragan entre lo necesario de las causas y lo contingente y absurdo del sentido. Tuvo que ser, sí. Mas pudo también no haber sido. Y, sobre todo, ¿para qué?

"y me grito a mí mismo que no arábais  
con vano afán los duros campos vuestros,  
que no amábais en vano, que no fuisteis  
un vano sueño.\*  
Mas triste es la verdad. Como las olas  
baten eternas las desiertas playas,  
vosotros sucesivos a la muerte  
os acercábais."

El poeta no puede evitar el triste pensamiento:

"Cuando yo considero tanto y tanto  
dolor o amor nacidos para el viento  
en ¿para qué? sombrío se subleva  
aquí en mi pecho."

¿Romanticismo? Sí. Mas un romanticismo al día, alimentado de emociones sentimentales y de realidades teóricas. Véase en estos versos cómo expresa el poeta el dolor intelectual por esa tesonera insistencia con que el mundo cela su ser y su verdad:

"El ser se hizo razón, conciencia, logos,  
queriendo resolver su propio enigma  
en el humano corazón, abriendo  
la historia del espíritu, la guerra  
del yo con las tinieblas que oscurecen  
la tan ansiada explicación del mundo."

Y otras dos notas, para no hacer interminable este prólogo. Hay en la poesía de López Rueda, junto a ese intelectualismo que hemos pretendido caracterizar, un venero lírico de popular raigambre. Usa entonces el poeta como medio de expresión el romance. Así se expresó en otros tiempos buena parte de la lírica hispana. Pero ahora no se narran gestas o hazañas. Se busca de intención la nota intrascendente, el momento fugaz intensamente vivido. Hay un recuerdo en estos versos de lo mejor de la lírica española contemporánea. Sin querer evocamos a Alberti, a Lorca:

"Juego libre del mar  
oleaje sin norma.  
Mi corazón dormido  
sobre la playa sola.  
Suenan en el agua el sueño  
de ocultas caracolas,  
y Dios es la más blanca  
de todas las gaviotas..."

Lírica pura, sin humanos problemas ni afectos. Lírica que es el exacto paralelo de esa música nueva, hecha de desnudos sonidos, que deleitan al alma desprovista de anhelos terrenales.

Y también la música contemporánea puede servir para ilustrarnos acerca de este otro rasgo de actualidad en la obra poética de José López Rueda: la discordancia. El poeta, como dijimos, no quiere renunciar a nada. En medio del más armonioso acorde poético, la expresión discordante que restalla, dura, como un látigo. Habla el poeta de

"acompañar entierros melancólicamente  
bajo el cielo apacible de las tardes de otoño",

y, de repente, la nota que adrede paraliza la suave voluptuosidad del ensueño poético:

"Pero no hay que llorar. Esa es la vida.  
No hay que llorar. Para eso nos parieron."

Hay en la literatura moderna, al igual que en la pintura, en la escultura, en la música, una tendencia a no desdeñar lo duro, lo feo como ingredientes de las obras estéticas. ¿Realismo, afán plausible de sinceridad, deseo de nada dejar fuera de la obra de arte...? No sé.

Lo cierto es que estas notas, estos momentos discordantes trabados hábilmente en la creación poética, en la sinfonía, en el cuadro, contribuyen eficazmente a conferirle vigor, humana calidad. Siempre, claro es, que se sea diestro en la distribución y colocación de estas notas. Y siempre que no se abuse de ellas a pretexto de recia contextura interior, de modernismo, de espíritu independiente o de menosprecio por lo dado, que, no por dado, es necesariamente vano y convencional.

Y nada más. Que ya es hora de que el propio poeta sea el que cante.



## LA SAVIA DEL MUNDO

Por los prados celestes galopan rebaños de nubes  
 como grises bisontes inmensos.  
 El viento erosiona mi piel y la lluvia golpea mi frente.  
 Verdes sauces se inclinan  
 a besar las serenas pupilas de los lagos  
 y el roble abre sus brazos centenarios  
 murmurando sus hondas plegarias vegetales.  
 Tiembla el alma del mundo  
 entre los tiernos huesos de los recién nacidos  
 y en los dorados cuerpos juveniles que inmolan  
 la virginal y blanca rosa de su inocencia,  
 en el altar de la nocturna Venus.  
 Muere el eterno impulso en cada flor que se marchita,  
 en toda humana frente que, de pronto, palidece,  
 para jamás sentirse ya coloreada  
 por ese añejo vino que es la sangre.  
 Nace el eterno impulso y resucita  
 en cada almendro que florece bajo lunas de marzo,  
 en cada blando lecho  
 donde gimen y sueñan las abrasadas bocas;  
 nace en sombríos bosques,  
 donde los alces calman en dolientes parejas  
 el amoroso fuego que inunda sus entrañas  
 como feroz ginebra.  
 Nace, solloza y muere en cada vida  
 la savia que perennemente brota  
 del ancho corazón del universo.

19 de marzo de 1950.

## INFANCIA

Aun me veo perdido entre las lluvias del otoño  
 o aletargado al sol por los rincones de la aldea,  
 cuando a la tierra, ya cansada de estar muerta,  
 abril imperceptiblemente sube.  
 Me veo aún tendido en aquel lecho  
 y escuchando, hasta que el sueño se vertía en mis oídos,  
 el incesante rumor de la carcoma devorando los muebles,  
 el chirriar de las puertas que no se cierran nunca,  
 los golpes de la noche,  
 el ulular del viento, arriba, en el castillo.  
 Y me veo subiendo a la torre en los días de fiesta  
 a voltear muy fuerte las campanas  
 con la oculta ilusión de que sus voces  
 hicieran resonar el gong difuso  
 que es la luna en el alba.  
 A veces, yo solía tenderme en los graneros  
 a pensar en los ojos profundos de las niñas  
 que eran para mí entonces inalcanzables seres  
 hechos de lo más leve y hermoso de los mundos.  
 Me pasaba las horas largamente soñándolas  
 con músicas antiguas resonando en sus vientres  
 y tibias azucenas bullendo ya en sus pechos.  
 Brotábanme en el alma  
 blancos lirios de nieve prodigiosa  
 y un cisne florecido en mi garganta  
 destilaba en mis labios los primeros deseos.  
 Entonces yo me iba cantando por las eras  
 y hundía el sol sus dedos entre mi pelo hirsuto  
 mientras yo sumergía mis brazos ahora grandes

entre la rubia risa del trigo amontonado.  
 Me amaban las estrellas y los buitres se paraban  
 en medio de sus vuelos para verme;  
 el río de la aldea gustaba de acoger mi cuerpo entre sus  
   aguas,  
 porque yo también era un trocito de mundo;  
 y aquel Señor tan viejo de que a veces nos hablaban en la  
   escuela  
 y a quien todos debíamos contarle nuestras cosas después  
   de haber cenado,  
 también me amaba entonces.  
 Pero ahora,  
 que ya ha pasado tanto tiempo  
 y que han ido agolpándose los años en mi espalda como  
   rocas inmóviles,  
 ahora,  
 si volviera a vosotros,  
 paisajes en que fué madurando mi infancia,  
 no sabríais qué haceros  
 con esta sangre mía en que la tierra ya no suena,  
 con estos huesos míos que la ciudad corroe,  
 con esta voz,  
 con estos ojos  
 que los pájaros grises del hastío picotean sin tregua.  
 Mi corazón sería  
 como un astro apagado y sin raíces,  
 como una nuez vacía,  
 como un dolor,  
 como un otoño inmenso  
 en medio de esos campos,  
 en que la luz, aun niña, retumba sonreída.

Madrid, 1949.

## PLAYA DEL SUR

A Ramón Osset.

Juego libre del mar.  
 Oleaje sin norma.  
 Mi corazón dormido  
 sobre la playa sola.  
 Suena en el agua el sueño  
 de ocultas caracolas  
 y Dios es la más blanca  
 de todas las gaviotas.  
 Verde rumor del mar  
 y largas barcarolas;  
 por el inmenso lago  
 la primavera boga.  
 Altas muchachas rubias  
 de crenchas espumosas  
 están jugando al corro  
 con mi aturdida sombra.  
 Las barcas arrumbadas  
 recuerdan otras costas,  
 mientras dormita el día  
 dormido en una roca.  
 ¡Arpa suave del mar  
 que el viento del sur toca...!  
 Mi corazón cansado  
 navega por las olas.

11 de abril de 1949.

## VENUS

Encendida y azul pupila de la tarde,  
 flor de cristal celeste que sin ruido apareces  
 en las etéreas, hondas praderas vesperales,  
 como el iris antiguo de una diosa doliente.

Alma Venus, estrella o yo no sé si lágrima  
 que los aires derraman por el sol tramontado.  
 Leve lucero hembra, espuma de suspiros,  
 pensamiento de novia, casi apenas un astro.

En diáfanas auras o entre grises nublados  
 día tras día fluye tu luz atardecida  
 preparando mis sienas cansadas hacia el sueño  
 y anegando mi pecho de azul melancolía.

Alma Venus que brillas sobre la ensangrentada  
 llanura del océano, cuando ya la alta noche  
 desciende sobre el mundo y saca de las aguas  
 la cara de la luna. Fanal del horizonte,  
 guía fiel del piloto cuyos ojos te beben  
 hundidos por el sueño de largas singladuras.

Estrella del sosiego, más pura en el otoño,  
 quizá beso ascendido y estallado en la altura.  
 Tú aquietas, tú atardecas el hervor de mi sangre,  
 clarificas, elevas a límpido zafiro  
 mi espíritu cegado por tanta y tanta pena,  
 mi espíritu en tinieblas y ciego barro hundido.

## CREPUSCULO

Llueve una suave luz sobre las cosas  
 desde el redondo cielo de la tarde,  
 la brisa con sus dedos invisibles  
 pulsa la verde lira del paisaje  
 y la sierra, como un niño cansado,  
 se me duerme en los ojos. Por el aire  
 suena un zumbido rumoroso de alas;  
 surge de la garganta de las aves  
 la dulcísima voz, la voz del mundo  
 y el espumoso vino de los sueños  
 por los valles del alma se me esparce.

En estas remansadas  
 horas crepusculares  
 se oye latir el corazón divino,  
 el corazón inmenso de la tarde  
 y allá por las azules  
 llanuras estelares  
 avanzan los caballos del destino  
 rompiendo tenebrosas soledades.  
 Fluye su luz la luna fatigada  
 y el alma se me sale de esta cárcel.  
 Rompiéndome la vida  
 la muerte gris cabalga por mi sangre.

16 de junio de 1949.



### MEDITACION A ORILLAS DEL CANTÁBRICO

Tan blandamente fluyen las silenciosas horas  
 junto a la mar que lame los pies de las montañas,  
 tan roncamente braman las olas y los vientos  
 y estoy aquí tan solo, que bien feliz sería  
 muriéndome de pronto, como un arroyo inútil.  
 Porque bastante anduve manchando con mis pasos  
 la tibia piel que envuelve y abraza la ancha tierra,  
 porque mi pecho impuro bastante ha respirado  
 bajo este cielo inmóvil, desordenadamente,  
 y ya no importa nada mi historia sin sentido  
 a nadie que solloce mirando leves astros.  
 Pues si supiera al menos que en este mismo instante  
 un corazón recuerda palabras, gestos míos,  
 si hubiera en algún sitio alguien que me estuviera  
 contando sus asuntos con mano pensativa,  
 si al menos unos brazos sedosamente fieles  
 todavía aguardaran mi regreso imposible...  
 Pero bien sé que nadie me sueña desde lejos  
 ahora que la tarde se apaga entre las olas  
 a golpes de tristeza velada en el paisaje,  
 ahora que los vientos baten mi frente insomne  
 y el mar a solas canta sus himnos al olvido.

1º de agosto de 1950.

### SERENIDAD

Ondulan pardas las colinas  
 sobre los bordes de la clara,  
 inmensa bóveda del aire.  
 Hay por detrás de las montañas  
 un paraíso de ligeras  
 nubes serenamente blancas.  
 Ríe la luz en los maizales;  
 los invisibles gallos cantan;  
 el valle idílico sestea  
 y un viento roza mi ventana.  
 Contemplo vastas soledades  
 y el pensamiento se me apaga.  
 Tengo dormidos los recuerdos.  
 Dulce suena el violín del alma.  
 Todo pasado es ya ceniza  
 y el porvenir la pura nada.  
 Sólo el presente se eterniza,  
 oh tarde azul, oh mar lejana.

Vigo, 1º de octubre de 1952.

### PARQUE DEL OESTE

En la quietud del parque, a solas,  
 quédate silencioso, intenta  
 descifrar las múltiples voces  
 que resuenan sobre la tierra.  
 Es un océano de sueños  
 el silencio que te rodea  
 y en la fronda cantan las aves,  
 arrullando tu duermevela.  
 Ha llovido toda la noche,  
 ateridas las flores tiemblan,  
 el paisaje se pone íntimo  
 como una mujer que se entrega.  
 Tu corazón está encendido.  
 En esta hora tal vez puedas  
 calmar tu sed inagotable,  
 tu sed de olvido sempiterna.  
 Mira los ojos de la esfinge  
 que el secreto del mundo encierran  
 y aunque perezcas en tu empeño,  
 míralos con valor, poeta.  
 Los pájaros cantan y cantan,  
 las mariposas leves vuelan,  
 tienes un campo de batalla  
 por dentro de tu calavera.

Madrid, 1954.

### A BORDO DEL "USODIMARE"

¡Oh vida con su fin a plazo fijo,  
 con un breve intervalo  
 para alzar transitorios  
 ensueños o castillos en el aire!  
 Conocer nuevos seres, nuevos ojos,  
 penar una vez más por unos labios  
 y luego todo al suelo, como naipes;  
 ensueños y castillos nuevas ruinas.  
 ¡Oh dura vida mía tantas veces  
 reedificada!  
 ¡Oh inacabables despedidas mías  
 dejándome en los muelles del olvido  
 rostros llorosos bellamente, blancos  
 pañuelos! No comprendo  
 para qué tanta inútil  
 historia en el desván de mi recuerdo,  
 para qué todo.  
 Ahora estoy viajando  
 por el Océano Pacífico.  
 Vastas nubes plomizas  
 entoldan las inmensas latitudes.  
 Se me olvidan los hombres y las cosas  
 mirando la redonda lejanía.  
 Aire de eternidad respira el alma.  
 Es alta mar. Se han ido las gaviotas.  
 Mi corazón y el Mar del Sur ¡qué solos!

11 de febrero de 1955.

## SOLEDAD EN AREQUIPA

A Alfonso Sastre.

Un sol de fiesta esparce su alegría  
por los altos nevados de los Andes,  
por el Misti, gemelo del Vesubio,  
y por las calles de esta peruana  
ciudad que lleva el nombre de Arequipa.

Recorro las aceras viendo casas  
de estilo colonial, tranvías verdes,  
y niñas despeinadas que me observan  
con las grandes pupilas del asombro.  
Bulle la vida y mi dolor no importa.  
Piensa que piensa voy por esta calle  
con los ojos clavados en el Misti,  
volcán o inmensa teta de la tierra  
con el pezón nevado en el invierno.  
Alto ensueño de nubes le rodea.  
Serenamente yergue su estatura  
en el azul y sólo yo adivino  
el fuego que devora sus entrañas.  
Solo yo en Arequipa, en las Américas,  
madrileño en desgracia, desterrado,  
con todas mis raíces al desnudo  
y una atroz soledad entre los huesos.  
Sólo yo te conozco, soy tu hermano.  
Igual que tú sereno voy por fuera,  
mas por dentro devoran mis entrañas,  
como ácido feroz o brasa honda,  
los aulladores lobos del destierro.

Arequipa, 24 de julio de 1955.

## TORTOLA VIUDA

¡Qué nevadas colinas, qué encendido  
paraíso de amor y bosque ardiente  
hurtas, tórtola viuda, fieramente,  
bajo el arcano luto del vestido!

Venus de puro fuego sin marido,  
ora extingues tu incendio blandamente,  
ora rezas y pones vanamente  
sobre tu piel un Cristo dolorido.

Y yo ¡qué noches, violón maduro,  
me paso en claro imaginando ardidés  
para lograr tu más feliz seguro!

Pues con tus ojos de novilla pides  
algo que yo podría —toro impuro—  
darte muriendo en deleitosas lides.

## MADRIGAL

Para M. Létang.

Mirar tus ojos es mirar celestes  
lagunas a la clara luz del alba  
y es naufragar desfallecidamente  
en el azul océano de tu alma.

Mirar tus labios es mirar la rosa  
por dulcísimos fuegos abrasada,  
donde los aires liban besos leves  
y yo, pobre de mí, sólo esperanzas.

Patinadora de imposibles nieves,  
libélula de azules madrugadas,  
oír tu voz es presagiar que tienes  
por corazón un pájaro de Francia.

Corza caída acaso de quién sabe  
qué siderales paraísos, andas  
a veces entre el día y la tristeza  
combatida por mares de nostalgia.

Y cuando callas, cuando estás inmóvil,  
cuando, aunque cerca, sé que estás lejana,  
oh silenciosa, casi muero oyendo  
de tu sangre la música delgada.

¡Cesen las arpas, cesen las violas  
angélicas! Tu sola voz ya basta,  
oh amazona de ensueño, para alzarme  
a la más pura cima de la gracia.

Madrid, 7 de diciembre de 1954.

## CANCIÓN DEL ADOLESCENTE

Triste de soledad y soltería  
mis ojos desoladamente añoran  
el juvenil incendio de tus labios  
que huyen la roja brasa de mi boca.  
Pero en vano persigo tu salvaje  
perfume de remota corza esquiva  
y en vano el corazón sangrando llora  
la ausencia de tu piel estremecida.  
Si tú no vienes, ¿para quién yo sueño  
esta mar de trigales y violetas?  
Si tú no vienes, ¿para quién la brisa,  
para quién las dolientes primaveras?  
Imaginando tu perfil de nieve  
y presagiando tu garganta erguida,  
sobre mi lecho de soltero tiemblo  
y envejece mi frente más deprisa.  
Rutila ya, polar estrella mía,  
florece con los álamos de mayo  
y entre adelfas y lunas desvaídas  
el alba pisa con tus pies rosados.  
Tráeme tu juventud de lirio absorto,  
cántame con tu voz de viento leve;  
yo aplastaré feliz sobre tus pechos  
doradas uvas amorosamente.

## MUJER DE TODOS

¡Qué blanca estás de sueños o de lento abandono  
 bajo mis largos besos que buscan tus raíces...!  
 Como pulpa de luna tiemblan entre mis manos  
 tus carnes amasadas con lluvia y azucenas.  
 La noche de noviembre huele a estrellas fugaces  
 y arriba parpadean sus ojos infinitos.  
 Arreciaba la escarcha y estaba yo tan solo  
 que he venido a la orilla de tu cuerpo desnudo  
 como el navío roto que atraca en la bahía.  
 Aurora, Carmen, Rosa, mujer, espiga, tierra...  
 No sé cómo llamarte porque no tienes nombre  
 como tampoco tiene tu amor edad ninguna.  
 Eres de quietas nubes, de suaves paraísos,  
 oh dama fiel de todos los que arriban sedientos  
 a beber tu ternura de novia inagotable  
 en tus ojos que tienen el color del olvido.  
 Nacen de tu garganta palomas que estremecen  
 con arrullos y vuelos el aire de tu alcoba  
 y oculto en el nevado paisaje de tus pechos  
 rebulle adormecido tu corazón de alondra.  
 Yo no sé qué amargura socava tus entrañas  
 y en tu risa de almendro solloza enloquecida  
 pero me saben agrias las mieles de tus labios  
 y quisiera morirme por tu dolor secreto,  
 colmenera celeste, dulce acariciadora.

## PORQUE SÉ QUE ME ESPERAS

Canta, canta mi sangre  
 con el rumor oscuro de las selvas  
 o el fragor de la mar embravecida;  
 canta y ruge mi sangre  
 rodando y despeñándose a ciegas.  
 Pero en nadie retumba  
 su voz de nebulosa,  
 en nadie sino en ti, mujer que peinas  
 tu llameante y roja cabellera  
 en ignoradas playas,  
 en nadie sino en ti y en tus colmados  
 pechos como redondos girasoles.  
 Sólo dentro de ti la turbulenta  
 música de mi sangre canta y canta,  
 dentro de tu florido vientre a solas,  
 selva, mujer, almendro enloquecido,  
 remota primavera  
 que mis sueños presagian desde siempre.  
 Porque sé que me esperas  
 y porque no sé dónde  
 ni en qué ciudad te acunan mis palabras,  
 porque no sé qué vientos  
 o qué lunas tu rubia piel maduran,  
 desalentadamente  
 mi aborascada sangre rumorea.  
 Pues triste es no saber qué lentas lluvias  
 miras detrás de tu balcón sombrío,  
 ni en qué nublados puertos  
 aterida me aguardas  
 pensando que jamás he de encontrarte.

## PRIMAVERA LLUVIOSA

A Juan José Junquera.

Primavera lluviosa  
 enredada en el valle,  
 reclinada en la nieve dormida de los montes,  
 soñando lentos sueños y tardos bueyes grises,  
 primavera lluviosa . . .  
 Después de tanto tiempo,  
 sollozan todavía por mi memoria vieja  
 las risas pajareras de aquellas tres muchachas  
 que anduvieron conmigo cortando peonías.  
 Parece que estoy viendo  
 sus manos, como trozos de luna diminutos,  
 agitando en el aire  
 sus redondas, rosadas, alicaídas flores,  
 lo mismo que si al fin  
 le hubiesen arrancado al mundo  
 el lirio azul de la melancolía.  
 Ardiendo estaban sus mejillas,  
 sus mejillas perladas por el celeste orvallo,  
 sus mejillas que hoy besan labios que no son míos  
 en el alba inocente de pequeñas ciudades  
 cuando el amor despierta . . .  
 Y estaba yo aturdido vertiendo mi ternura  
 —tan zafia y desmañada—  
 sobre el gozo infinito de sus cuerpos amables,  
 sobre sus claras voces de estrellas conmovidas,  
 sobre sus hondos ojos,  
 que hoy miran otra lenta, lluviosa primavera  
 desde yo no sé dónde.

## DAMA AZUL DE MI MEMORIA

(SANTANDER)

Ibas conmigo por las tardes  
 como una alondra pensativa;  
 al lento son de tus palabras  
 mi turbia sangre revivía.  
 Nevados ángeles llegaban  
 invisibles entre la brisa  
 y alborotaban tus cabellos  
 cuando mirabas distraída.  
 La suave lumbre del ocaso  
 te arbolaba las mejillas;  
 bajo tu frente invulnerable  
 secretos sueños siempre ardían.  
 Nunca me hundí más hondamente  
 en el azul de unas pupilas  
 ni recibió mi fatigado  
 corazón más profunda herida.  
 Tu adolescente primavera  
 hoy canta en mí su melodía;  
 ya no andaré ciego y a solas  
 la vasta noche de mi vida.  
 ¡Oh, si supieras cómo inundas  
 de amor mis horas más tranquilas,  
 oh si supieras, si supieras  
 cómo me alumbra tu sonrisa!

## LA SOSEGADA TARDE

Brillan tus ojos como verdes lunas  
sobre mi oscuro corazón  
y la dorada yerba  
que aureola tu frente,  
se estremece feliz bajo mis dedos.  
Rojos están tus labios  
como silvestres amapolas  
y blancas tus mejillas  
bajo las turbias nubes.  
El río gris parodia tu cintura  
y codician las manos de la muerte  
tu azulada garganta.  
Pero nada te inquieta.  
Levemente sonríes  
aligerando el curso de mi sangre,  
mientras brota el sosiego  
de tus alados párpados,  
mientras pálida sueñas  
entre las sombras de la tarde.

16 de marzo de 1950.

## CREPUSCULO EN ROSALES

(MADRID)

Muere la tarde en suavidades  
azules de melancolía;  
veo su muerte reflejada  
en el verdor de tus pupilas.  
Alma o luz el primer lucero  
quedo tiembla en la lejanía;  
nafragado en tus claros ojos  
es una lágrima encendida.  
Tengo tus nieves o tus manos  
atardecidas en las mías  
y remansado el pensamiento  
al amparo de tu sonrisa.  
La paz inmensa del poniente  
lo anega todo, te ilumina  
por dentro, pone en tu mirada  
soledades de diosa antigua.  
Pasa la gente; dan las ocho  
en un reló. Se apaga el día.  
Una doble nostalgia sueña  
en el verdor de tus pupilas.

## LOGRADO AMOR

Por el vastísimo, nocturno  
 vidrio los astros se deslizan,  
 calladamente destellando,  
 cumpliendo en paz su eterna huída.  
 De cuando en cuando caen fugaces  
 estrellas a profundas simas;  
 por corazón, amada, tienes  
 un nido gris de golondrinas.  
 Hay mil estrellas en el agua  
 clara y honda de tus pupilas;  
 rozo el origen de los mundos  
 al besar tu boca encendida.  
 Avaramente, locamente,  
 acaricio tu carne tibia  
 y en tu aliento de madre selva  
 calmo yo mi sed infinita.  
 ¡Sagradas órbitas del mundo!,  
 gira mi sangre, todo gira,  
 la mano del amor nos alza  
 a su más luminosa cima.

## ATARDECER EN EL ECUADOR

Del cielo ecuatorial el aguacero  
 cae sobre la verdura de los prados,  
 donde caballos pastan descuidados  
 indiferentes al chubasco fiero.

Lejos, sobre los Andes, el postrero  
 sol de la tarde alumbra los sembrados  
 y eucaliptos al cielo gris alzados  
 lava con lluvia el Alto Jardinero.

Desde esta encristalada galería,  
 cercado de muchachas locamente  
 floridas o estallando todavía,

miro el paisaje, miro de repente  
 tus ojos del color de la alegría  
 y el corazón me ríe suavemente.



## ELEGIA DE LOS 6 TOROS

A los seis toros españoles muertos una tarde cualquiera en una plaza americana.

Después de la corrida,  
 quedaron muertos en la tierra  
 los seis toros ibéricos.  
 El público salía  
 de la fiesta sumido en una nube  
 de polvo y sol, de charlas y de risas.  
 Ya fuera de la plaza improvisada  
 sobre el campo de fútbol,  
 yacían degollados los seis toros,  
 los seis negros peñascos, las seis muertes  
 coronadas con astas como lunas caídas  
 en un definitivo cuarto menguante sin remedio.  
 Era en la América del Sur,  
 en una pequeña ciudad albergada en un valle  
 de los Andes que son como una ola  
 de tempestad telúrica  
 petrificada en el instante  
 de su más alta cólera.  
 Sobre la yerba rala del estadio pesaban  
 las seis oscuras bestias  
 crecidas en los campos bravíos de mi patria.  
 Sus ojos como lagos reflejaban  
 la tarde transitoria de alto cielo  
 y yaciendo en hilera  
 todos miraban de perfil hacia el este,  
 donde tendía lejanísima España  
 sobre los mares que sin fin la combaten,

su piel de toro con pasión contemplada  
 por el ardiente soberano del día.  
 Todos hincaban el cuerno siniestro en la tierra,  
 como tratando de partir sus entrañas  
 para tornar al regazo amoroso y oscuro  
 de la gran madre planetaria. La sangre  
 celtibérica y roja de sus belfos surtiendo  
 formaba charcos llameantes, redondos  
 como aureolas circundando sus testas  
 de poderosos Minotauros caídos.  
 Era mi espíritu un mar de tristeza  
 y de amor a la vez por aquellos seis toros o truenos  
 que reducidos a silencio y a muerte  
 ya nunca más embistiendo veloces  
 retumbarían por las fieras montañas  
 o por las dehesas perfumadamente salvajes  
 de mi remota patria que acaso mis ojos  
 quemados de nostalgia no vuelvan  
 a ver jamás en esta vida.  
 Declinaba la tarde sobre las cumbres azules.  
 Yo solitario contemplaba los cuerpos  
 en que seis veces repetido yacía  
 el milenarismo tótem de mi raza,  
 el animal que acude entre bramidos  
 a su perpetua cita con la muerte,  
 la bestia más hermosa de todas las cuajadas  
 en el útero inmenso de la tierra.  
 Y el sol andino, casi ya tramontando,  
 iluminaba aquel final de tauromaquia,  
 mientras yo desterradamente triste soñaba  
 con los ásperos campos lejanos de mi España  
 y corazón adentro lloraba sin sonido  
 mirando con pasión hacia el nordeste.

Cuenca-Ecuador, 17 de noviembre de 1957.

### NIÑO ENCALLADO ENTRE CIPRESES

Salías tú y el viento se paraba,  
descendían las nubes a lamer tus zapatos  
y las niñas cesaban de saltar a la comba  
para quedarse escuchando asombradas tu risa  
que brotaba incansable desde el centro del mundo.

Recuerdo yo que por entonces, al llegar la primavera,  
las golondrinas se pasaban todo el día  
volando en torno tuyo,  
porque eras, dulce amigo, el norte de sus vuelos  
y por ti regresaban más pronto que otros años  
desde sus claras tierras.

Muchas veces solías venirte con nosotros  
a jugar a los indios entre las altas mieses,  
o bien a cazar grillos que tanto te gustaban;  
pero nunca a la escuela,  
porque te daban miedo aquellas letras grandes  
que había en las paredes  
y porque no hubieras podido aprender nunca  
la terrible aritmética.

Tú preferías ir a buscar nidos,  
a revolcarte en los pajares  
y subir a los cerros para que los pastores  
te contaran historias de leñadores y princesas.  
Oh, Jesús, tú debías ser un sabio,  
aunque jamás leíste un libro,  
y estabas ya maduro de experiencias como una flor de

otoño,  
cuando apenas habían florecido a lo largo de tu vida  
los árboles seis veces.

Por eso una mañana  
algo debió rompésete por dentro  
y no pudiste ya desembarcar de aquella cama tuya,  
navío en que bogaste durante tantas noches hacia el sueño.  
Se agolparon los pájaros  
contra el frío cristal de tu ventana  
cantándote estribillos que después nadie ha oído  
y el perro de tu casa y el viento que solía arremolinarse en  
tus cabellos,

estuvieron aullando desesperadamente,  
hasta que al fin la tierra crujió sobre tus huesos.  
Los huertos se quedaron sin flores que ponerse  
porque todas vinieron a besar tus mejillas  
y a morirse contigo.

La luna en plenilunio giró sobre sus goznes  
dejando al descubierto  
el túnel que conduce al invisible paraíso  
que los niños soñábamos detrás de las estrellas.  
Y cuatro de nosotros, tus amigos,  
te llevamos, Jesús, sin pronunciar palabra  
a tu definitiva cuna de húmeda tierra.

Doce años han pasado desde entonces  
y aun me parece ver tu blanca, breve caja,  
silenciosa canoa,  
en que los padres te metieron porque así es la costumbre,  
celestes niño naufragado  
en el pequeño camposanto de la aldea,  
dulce amigo encallado entre cipreses  
donde la brisa y las aves están siempre resonando  
para que sepas tú que no te olvidan.

Madrid, 20 de diciembre de 1949.

### LOS MUERTOS DE MI ESTIRPE

Tengo los ojos bien abiertos, nadan  
 en su negrura honda las estrellas.  
 Espejada en mi frente pensativa,  
 la noche tiembla.  
 Un viento suena suave entre los olmos;  
 vuela una leve nube hacia el nordeste.  
 Bajo el sereno mapa de los mundos,  
 España duerme.  
 Canoramente acuna el mar su sueño  
 y en su camino el velador Santiago  
 ancho río de astros pastorea  
 sobre los campos.  
 Con el susurro del silencio el aire  
 zumba como una mística colmena  
 y en la quietud lunadas cumbres montan  
 la centinela.  
 Revueltos con la tierra y hechos tierra,  
 abonando los surcos cereales,  
 de mis muertos la vasta muchedumbre  
 en calma yace.  
 ¡Qué paz tan absoluta! ¡Cuánta boca  
 enmudecida para siempre! Siento  
 las subterráneas olas del oscuro  
 mar de los muertos.  
 Pienso en mi vida, pienso en los torrentes  
 de antepasada sangre que rodaron  
 de siglo en siglo hasta lograr un día  
 regar mi barro.  
 Imagino la gesta inacabable

del amor transpasando las entrañas  
 del mundo y abrasándole en su eterna  
 terrestre llama.  
 ¡Oh muertos de mi estirpe sumergidos  
 en los campos o mares de mi España,  
 navíos naufragados, muertos míos,  
 raíz de mi alma!  
 Bajo el claro fanal de la alta noche,  
 pitagóricamente constelado,  
 vuestros huesos anónimos reposan  
 un sueño largo.  
 A esta hora la luna del estío  
 entre cipreses alba luz destella  
 velando los dormidos camposantos  
 que os albergan.  
 No lápidas ilustres, no blasones  
 os salvan del olvido. Vuestras vidas  
 fueron nombres escritos vanamente  
 sobre cenizas.  
 Cuando yo considero tanto y tanto  
 dolor o amor nacidos para el viento  
 un "¿para qué?" sombrío se subleva  
 aquí en mi pecho.  
 Y quiero convencerme de que todo  
 no ha sido inútil, de que el mundo lleva  
 el fuego inextinguible de una oculta  
 razón eterna.  
 Y me grito a mí mismo que no arábais  
 con vano afán los duros campos vuestros,  
 que no amábais en vano, que no fuisteis  
 un vano sueño.  
 Mas triste es la verdad. Como las olas  
 baten eternas las desiertas playas,  
 vosotros sucesivos a la muerte  
 os acercabais.  
 Con los ojos velados por el humo  
 del ensueño, fluíais a la nada

dóciles, obedientes, sin objeto,  
como riada.

Cual rebaño lentísimo de bueyes  
que baja una mañana del invierno,  
sonando el esquilón de la tristeza,  
al matadero;

como oleaje, como ronco viento  
en calles despobladas, como flores  
de morir en un día, como lluvia,  
como rumores.

Madrid, Verano de 1954.

### MORS MELIOR VITA

Es preciso  
que los vientos de enero fustiguen nuestros huesos,  
que las nieves de invierno y el sol de los veranos  
corrompan insensiblemente nuestra médula.  
Pero no hay que llorar. Para eso nos parieron.  
Es preciso sentir cómo los años se nos incrustan en el  
vientre  
como un cáncer podrido,  
sin que nada ni nadie llene el inmenso hueco  
de esta atroz esperanza que nunca se nos muere del todo.  
Es preciso despertar de madrugada  
y preguntarse para qué la vida  
y escupir maldiciones en el silencio de la alcoba.  
Hay que subir las nauseabundas escaleras de los prostibulos  
y viajar en el metro acongojados por adiposas nalgas y bu-  
rócratas miopes.

Hay que asistir a bodas en plena primavera,  
cuando uno está más decisivamente triste  
y acompañar entierros melancólicamente  
bajo el cielo apacible de las tardes de otoño.  
Pero no hay que llorar. Esa es la vida.  
No hay que llorar. Para eso nos parieron.

Madrid, 18 de enero de 1952.

## PRESENTIMIENTO

Negro, negro profundo,  
 color de lo que ya es irremediable;  
 ojos que fulgen en la noche  
 como dardos clavados en mi sangre.  
 Eres tú, lo presiento,  
 difícil, dulce, inevitable arcángel,  
 mensajero celeste que me acechas  
 desde la dura sombra impenetrable.  
 Pero no, nada importa  
 ese golpe que habrá de aniquilarme,  
 ese grito febril de las tinieblas  
 que aguardan implacables;  
 porque yo te amo, arcángel de la muerte,  
 porque yo amo tus labios que en la tarde  
 silenciosos destellan,  
 porque espero que vengas desde el aire  
 cuando al crujir sedeño de tus alas  
 se estremece mi carne.

Sí, sólo tú serás mi visión última.  
 Sólo tú, dura espada irremediable,  
 te copiarás en mi pupila triste  
 cuando al final el mundo se me apague,  
 cuando me vaya al reino de las sombras,  
 difícil, dulce, inevitable arcángel.

Madrid, 1948.

## LOS DÍAS POR VENIR

A Medardo Fraile.

Y pisarás de nuevo  
 margaritas calladas  
 cuando a beberte subas  
 la clara luz del alba.  
 Abril aun varias veces  
 vendrá con sus mañanas  
 tan dulces para el sueño  
 que hay dentro de las almas.  
 Y habrá por tu recuerdo  
 trenzas arrinconadas,  
 imágenes borrosas,  
 desgastadas palabras...  
 Te llegarán las tardes  
 inmensamente largas  
 a inundar de silencio  
 y hastío tus entrañas.  
 Andarás los caminos  
 de la tierra sagrada  
 y no hallarás la mano  
 que te ofrezca la calma.  
 Mas bien sabes que todo  
 cesará una mañana;  
 cuando en tu sangre inmóvil  
 no navegue ya el alma.  
 Para entonces veremos  
 cigüeñas desoladas  
 buscándote en los pliegues  
 de las nubes más altas;

y aquel año los campos  
regados con tu savia  
colmarán al labriego  
de risueña esperanza.  
Te cantará la tierra  
dulcísimas tonadas.  
Te arropará el olvido  
bajo sus negras alas  
y horadarán las lluvias  
tu calavera blanca.

## LOS HUESOS

Los huesos,  
los pavorosamente blancos huesos  
de los muertos antiguos,  
rumoreando desde siempre  
como remotas olas grises,  
los huesos,  
los torvamente inevitables huesos...!

Miedo me da estar solo mientras zumba  
su música doliente en mis oídos,  
miedo me dan los huesos acostados,  
inmóviles al margen de los siglos,  
sobre todo esas tibias  
que el sol abrasa encima de los montes  
y ese lento gemido de los cráneos  
colmados ya de irremediable sombra.

En tierra yacen descarnadas manos  
antaño perfumadamente amables,  
y otras manos más grandes que solían  
acariciar esbeltos senos  
o alzar cantando rebosantes copas.  
Pero, ¿dónde la sangre, dónde, dónde  
sigue viajando sin descanso?

¿Qué ríos, qué asombrosas primaveras  
miran ahora las pupilas  
de los que ya no soñarán de nuevo?

¡Oh los huesos, los huesos, sólo quedan  
los huesos obstinadamente mudos!  
Pero nunca los gestos,  
ni la voz, ni la boca enrojecida.

Sólo vértebras huecas,  
 sin corazón por dentro.  
 Gimen, gimen los huesos  
 arañándose el alma hora tras hora,  
 gimen, gimen los huesos,  
 los inútiles huesos,  
 los torvamente inevitables huesos.

## BRUMAS

Voy caminando a través de la lluvia y la noche y las calles  
 como por dentro de una inmensa, espesa nube,  
 y a mi memoria resonando bajan  
 en rumorosa catarata  
 húmedos puertos con niebla entre las casas,  
 barcos de interminables, ululantes sirenas,  
 música de acordeones errabundos  
 y mujeres tronchadas de quejumbrosa risa  
 que en las tabernas dejan  
 un perfume de muerte irremediable...  
 Se están estremeciendo las ventanas  
 porque en los arrabales se aleja un tren aullando.  
 El cielo denso alisa los cabellos mojados de la ciudad  
 y los hombres embarcan en sus lechos  
 para hacer la nocturna, obligada travesía.  
 Es la hora en que los cuerpos furiosamente se entrelazan,  
 aunque todo es inútil,  
 aunque todo es heladamente inútil;  
 es la hora propicia para rumiar los sueños  
 que nunca se nos cumplen,  
 para pensar en labios que nunca serán nuestros,  
 para añorar países cuyos vientos  
 no han de venir jamás a frotar nuestros párpados.





todos los días vuelvo sin remedio  
 a ver venir embarazadas lentas  
 como pálidos cisnes pensativos,  
 a envejecer, a dar las buenas noches,  
 a releer hastiado los anuncios  
 con ojos largamente oscurecidos  
 por las lluvias de otoño y ciertas penas.

Madrid, 1954.

## OTOÑO EN LA CIUDAD

A Fernando de la Granja.

Se derrumba el otoño  
 sobre las calles grises,  
 sobre las casas monstruosas  
 en que los hombres de la ciudad amontonados vegetan.  
 Noviembre hace crujir mi invisible esqueleto.  
 Las hojas secas se desploman sobre mi cráneo lleno  
 de recuerdos y fechas y caras ya borrosas.  
 La sangre estúpida prosigue  
 como una bestia ciega su viaje sin sentido  
 y la luz insultante del ocaso  
 penetra en la pupila vidriosa de los tísicos  
 que lentamente van pudriéndose entre sábanas.  
 Hombres de sienes grises,  
 corroídos, gastados por los libros,  
 escapan a los besos jugosos de las vírgenes  
 como ratas histéricas.  
 Subido en la tarima,  
 un profesor explica con su voz monocorde  
 y en su corteza descarnada los chopos  
 alucinantes epitafios exhiben,  
 epitafios de amores.  
 Y pasan rostros, rostros, rostros,  
 con pavorosa, indecisa vocación de suicidas.  
 Van y vienen tranvías  
 sollozando, repletos de grises gabardinas  
 y gafas y zapatos y estúpidos paraguas.  
 Es el tiempo en que las cartas arrumbadas  
 quieren abrir de nuevo las viejas cicatrices,  
 el tiempo en que bate las playas del alma  
 un rumoroso oleaje de recuerdos.

### CUANDO TODO ME INVADE

A veces hay mañanas en que siento  
la mano del sosiego  
rozando como leve mariposa  
mi adormecida frente.  
Suaves mañanas para estarme a solas  
en un rincón de casa,  
como un armario inútil,  
mientras que las abejas  
doradas del ensueño revolean  
sobre las quietas, sosegadas, hondas  
aguas del alma.

Entonces es hermosamente triste  
pensar en todos cuantos mueren lejos,  
bajo este mismo sol, en otros campos,  
y es hermoso también saber que siempre  
se muere el mundo un poco  
dentro de cada muerto.

Desde mi oscura soledad escucho  
cómo bullen los niños  
en el pesado vientre de las madres,  
cómo renace y se transforma todo  
bajo el gris parpadeo de los astros.

Hasta la turbia niebla  
de mi alocado corazón en vela  
llega un rumor dichoso de palabras  
que en las nocturnas horas  
trémulas surgen de anhelantes bocas.

Retumban en mis huesos las campanas  
de todas las iglesias  
y hasta el sombrío fondo, donde brota  
incesante mi vida,  
llega el dolor o el gozo de los seres,  
múltiples voces suplicantes llegan  
y rezo yo, sollozo yo por todos,  
mientras Alguien, muy cerca,  
desde su inmensa soledad me escucha.

29 de marzo de 1949.

## ÉXTASIS

Mi espíritu desciende, se diluye  
 por el inmenso océano del sueño;  
 músicas inoídas me adormecen  
 y un olvido total me borra el mundo.  
 Ruiseñores levisimos deshuelan  
 en vasto alud la nieve de mi pena,  
 la vida está más clara, la esperanza  
 verdea y desenluta mis pupilas.  
 Innumerables, invisibles aves  
 ponen la soledad floridamente  
 alegre. No hay recuerdos. Se comulga  
 con el silencio astral de las esferas.  
 Quizá manos remotas, casi alma  
 tañen místicas arpas. Se disuelven  
 de mi ser las fronteras y en la noche  
 submarina del éxtasis se funden  
 mi corazón y el corazón del mundo.

Madrid, 24 de noviembre de 1954.

## PRIMAVERA PRESENTIDA

Se deshuelan las alas del mundo  
 y el sol es un dorado pez viajero.  
 Runrunean los campos  
 bajo la mano leve de los vientos del sur  
 y las hondas entrañas de la tierra presienten  
 el rumor de la savia nueva.  
 No peina ya los árboles desnudos  
 la ronca voz brumosa del invierno.  
 Vienen los días juveniles  
 del violín y la rosa,  
 cuando viajan mis ojos aturdidos  
 de lirio a colibrí, de beso a nube,  
 cuando no saben las muchachas  
 a quién tender los dos redondos frutos  
 de sus mejillas en sazón que aguardan  
 el tibio roce de unos labios,  
 cuando en mi corazón aplastado  
 bajo la nieve del perpetuo desaliento  
 un vasto deshielo se inicia  
 y escucho en mis arterias ya gozosas  
 el latido jovial de la vida  
 que de nuevo despierta.  
 Viene el tiempo dichoso  
 en que tu cuerpo colmado de risa hasta los bordes, oh  
 amada,  
 es un lago total en que yo me sumerjo y transfiguro,  
 porque es hermoso amarte  
 cuando zumba en mi piel la primavera  
 y mi sangre barrunta

la combada suavidad de tus pechos,  
la ternura fluvial de tu cintura.

Ya la luz, ya los bosques resucitan,  
ya canta el mar sus himnos más felices,  
oscuras sombras huyen desterradas  
al suroeste del planeta  
y los dioses antiguos celebran  
el reinado fugaz de las flores silvestres.

Madrid, 15 de febrero de 1950.

### ALBA DE PRIMAVERA

Se visten los almendros  
su túnica más blanca;  
está dormido el aire  
sobre una verde rama  
y cantan con sordina  
las aves regresadas,  
como teniendo miedo  
de ahuyentar tanta calma.  
Se oye crecer la hierba  
por la llanura larga;  
rubio rumor de espiga  
tienen hoy las muchachas.  
La luz recién nacida  
patina por el agua,  
sin hacer casi ruido  
para no despertarla.  
Y me miran los ojos  
del lucero del alba  
con la ternura leve  
de la primera amada.  
Viene el sol de puntillas  
por la atmósfera clara;  
la oscura voz del mundo  
retumba en las cañadas.  
Son tan niñas las cosas,  
tan frágiles e intactas,  
que se quiebran a veces  
tan sólo con mirarlas.

Madrid, 27 de abril de 1949.

### LA VOZ DE MIS ANTEPASADOS

Resuena en mis arterias  
 la sangre milenaria.  
 En las horas suavísimas del sueño  
 canta por mi memoria  
 el recuerdo de amores que eran de otros,  
 de apretados abrazos con el alba,  
 de temblorosas citas  
 donde no estaba yo.  
 ¡Oh sangre en que se agitan incansables  
 los destinos tronchados de mis muertos,  
 sangre por la que bogan sus cenizas  
 sordamente gritando  
 con su remota voz!  
 ¡Oh corazón repleto  
 de vieja, elemental sabiduría,  
 batiente arquilla rítmica  
 para guardar mi sangre,  
 abrázate en la llamarada  
 que sube a ti desde el profundo origen,  
 obedece al impulso  
 de los innumerables hombres que en ti viven,  
 no te dejes ganar por el hastío  
 y ama el vientre indecible de la tierra  
 y alégrate, alégrate...!

25 de diciembre de 1948.

### RESURRECCIÓN DE LA ALEGRÍA

Como entre casi tristes esplendores  
 asoma el sol rompiendo los nublados  
 y encima de los campos inundados  
 despliega el arco iris sus colores,

o como alondra que entre los rubores  
 primeros de la aurora en los sembrados  
 canta sobre los trigos ya dorados,  
 mensajera del día y sus primores,

así en mi corazón que hora tras hora  
 combatido se ve por vendavales  
 de hastío y desalientos siderales,

a veces, silenciosamente, aflora,  
 en honda y jubilosa epifanía,  
 la aurora boreal de mi alegría.

### A ORILLAS DEL YANUNCAY

El cristal azulísimo del cielo  
mansamente se copia en este río  
y en un salvajemente dulce pío  
pregona el ave amante su desvelo.

Huye la oscura muerte con su yelo  
a su grave mansión, depuesto el brío,  
y alza la vida en fiero desafío  
su bandera de risa y alto vuelo.

Mariposas de sangre prisioneras,  
crecen entre el maíz las amapolas;  
muge un toro; relinchan las praderas;

la abeja viene y va entre las corolas;  
y como una invasión de primaveras  
la alegría me asalta con sus olas.

Cuenca, 23 de junio de 1957.

### NOCHEVIEJA EN LOS ANDES

Un año más que lejos de mi España  
sin remedio termino desterrado;  
un año más de vida clausurado;  
un año más batiéndome con saña.

Una tristeza dulcemente empaña  
mi pensamiento nunca sosegado  
y un hondo amor por todo lo pasado  
me quema el corazón, arde en mi entraña.

Oh de verdad madrastra España mía,  
cómo quisiera respirar ahora  
tu Nochevieja destrozona y fría,

cómo quisiera contemplar la aurora,  
regresado por fin a tu alegría  
que mi sangre lejana tanto añora.

Cuenca-Ecuador, 31 de diciembre de 1957.

## LO QUE BROTA Y PERMANECE

### I NEBULOSA INICIAL

Yo veo muchas cosas; mis pupilas  
bajan a veces hasta las entrañas  
tenebrosas del ser. ¡Oh madre inmensa,  
materia eternamente prodigiosa,  
mar sin orillas, vastedad eterna,  
flor infinita, espacio constelado,  
vorágine de astros sin sentido,  
presencia eterna, abismo en que combaten  
a muerte por los siglos de los siglos  
las pesadillas lúgubres del odio  
con los ciervos heridos del amor!

Aquí y esta mañana yo te canto,  
bajo este sol de abril, lejos de todo,  
casi fuera del tiempo, mientras late  
mi corazón ya centro de los mundos.  
¡Oh desvelada madre siempre muda,  
siempre la misma y sin cesar cambiando,  
materia, vida, esencia indescifrable,  
mar de perpetuas y distintas olas!  
Aquí y esta mañana he descendido  
hasta tocar tu más atroz secreto,  
aquí y esta mañana me pregunto;  
no estoy aquí para cantar mis sueños.

Eras en un principio ciega y sola,

llama girante, fuego sin origen,  
útero inmenso, madre apasionada,  
caos divino, dulce nebulosa,  
paridora sin tregua de ti misma.  
Eras en un principio ciega y sola  
y ese principio no era verdadero,  
sino más bien un punto de partida,  
el sempiterno punto de partida.  
¡Oh sino circular del universo!  
¡Oh voluntad de anillo renovado!  
Eternamente el mundo se despliega  
y al torvo caos eternamente torna.

### II

### SURGEN LOS ASTROS

Mas nadie te miraba, no podías  
pensar tu propio ser, tu propio enigma  
y ciego, mineral, tempestuoso,  
tu vértigo poblaba los espacios.  
Navegaban los astros por el éter  
destellando sus luces juveniles  
en la nocturna soledad primera.  
Mas nadie te miraba y tu hermosura  
sideral florecia inútilmente,  
tal una tierna, colorada rosa  
en una estancia a oscuras olvidada.  
Y la luz estelar iba doliente  
por los celestes ámbitos perdida  
y la luz no era luz, pues aun no habia  
una clara pupila entre los astros.

## III

## SOLITARIA ARMONIA

Siglos y siglos, vueltas y más vueltas;  
 por la oquedad inmensa resonaba  
 la música sin fin de las esferas  
 según sagrados números movidas.  
 Siglos y siglos, vueltas y más vueltas;  
 por el azul la tierra ya giraba  
 y nadie todavía en el remoto,  
 nocturno hervor de las constelaciones  
 se paraba a escuchar el son divino,  
 el acorde perpetuo que brotaba  
 del invisible arpa de los mundos.  
 Siglos y siglos, vueltas y más vueltas.

## IV

## ADVENIMIENTO DE LA VIDA

En el abismo, nadie sabe cuándo,  
 calladamente, misteriosamente,  
 nació por fin la célula primera  
 y en el vientre del ser surgió la vida;  
 quiero decir el odio y el deseo,  
 el amor y la muerte reunidos,  
 quiero decir el gozo y la tristeza,  
 la blanca risa, el torvo desespero,  
 quiero decir el sufrimiento inútil  
 y la fluvial, dulcísima esperanza.

En el abismo, nadie sabe cuándo,  
 secretamente, silenciosamente.

## V

## LOS VEGETALES

Y un verde virginal cubrió la tierra;  
 y flores imposibles entreabieron  
 con un crujido leve sus corolas;  
 y olores —casi música— poblaron  
 de una fragancia niña los paisajes;  
 y el desvelado soplo de los vientos  
 rizó la transparencia de los lagos,  
 meció con susurrante melodía  
 la solitaria noche de los bosques;  
 y la yerba tembló por las llanuras;  
 y el mar gimió, vacío todavía,  
 imaginando peces y naufragios,  
 gaviotas como nieve, lentos faros,  
 ojos de niña y trenzas ahogadas.  
 Un verde virginal cubrió la tierra,  
 ¡oh mayo de esperanza, oh primavera  
 incompleta del mundo! No silbaban  
 los mirlos, ni las truchas destellaban,  
 ni relucían vigilantes ojos,  
 ni escapaban los ciervos perseguidos,  
 ni un frenesí de potros galopando  
 se oía, ni sus crines flameaban  
 salvajes en el aire de las selvas.  
 ¡Oh vegetal belleza sin espejo!  
 Ni una pupila. Nadie te miraba.  
 En el silencio sólo florecía  
 la música del mar, la voz del viento.



## VI

## OJOS Y HOMBRES

Considero despacio y con asombro  
 la gran metamorfosis, el prodigio  
 largamente incubado en esa inmensa  
 matriz inagotable que es el mundo.  
 Mas en vano atormento yo mis horas  
 de soledad tratando de explicarme  
 el cómo del suceso. Inútilmente  
 prolongo mis vigiliás, examino  
 mi corazón por dentro, me paseo  
 por ciertas calles lívidas, por ciertas  
 madrugadas difuntas, con mi cara  
 de náufrago perdido o fraile joven  
 que blasfema en secreto y dando tumbos  
 de tanto no saber irremediable.  
 Pero lo cierto es que por fin surgieron  
 a millares los ojos. ¡Es un dogma!  
 Y, Narciso total, el mundo pudo  
 mirarse trecho a trecho y construirse  
 una múltiple imagen de sí mismo.  
 Fue como un gigantesco alumbramiento  
 de las tinieblas a la luz. ¡Oh alba  
 de la visión al cabo inaugurada!  
 Ojos rapaces, ojos temerosos  
 poblaron el abismo, destellaron  
 entre la fronda insomne de las selvas,  
 entre corales, entre blancas nubes,  
 entre colmenas y entre nebulosas.  
 ¡Oh santo advenimiento de los ojos!  
 La luz fue luz, los astros fueron astros.  
 La primavera toda cupo en una  
 clara, pequeña, límpida pupila.

Y al tiempo mil rumores y alaridos  
 quebrantaron las copas del silencio  
 y en la piel de la tierra comenzaron  
 el odio y el amor su eterno drama.  
 Los ojos contemplaban un momento  
 las cosas y volvían a cerrarse,  
 a disolverse en el materno lecho,  
 a ser de nuevo tierra inerte y muda.  
 Nuevas pupilas siempre renacían,  
 ojos de amor, de odio, de tristeza,  
 ojos innumerables, ojos, ojos...  
 Hasta que al fin la fiera pesadumbre  
 del pensamiento y el ensueño pudo  
 encarnar en el hombre y una hoguera  
 feroz organizar en sus pupilas.  
 El ser se hizo razón, conciencia, logos,  
 queriendo resolver su propio enigma  
 en el humano corazón, abriendo  
 la historia del espíritu, la guerra  
 del yo con las tinieblas que oscurecen  
 la tan ansiada explicación del mundo.

## VI

## OJOS Y HOMBRES

Considero despacio y con asombro la gran metamorfosis, el prodigio largamente incubado en esa inmensa matriz inagotable que es el mundo. Mas en vano atormento yo mis horas de soledad tratando de explicarme el cómo del suceso. Inútilmente prolongo mis vigiliass, examino mi corazón por dentro, me paseo por ciertas calles lívidas, por ciertas madrugadas difuntas, con mi cara de náufrago perdido o fraile joven que blasfema en secreto y dando tumbos de tanto no saber irremediable. Pero lo cierto es que por fin surgieron a millares los ojos. ¡Es un dogma! Y, Narciso total, el mundo pudo mirarse trecho a trecho y construirse una múltiple imagen de sí mismo. Fue como un gigantesco alumbramiento de las tinieblas a la luz. ¡Oh alba de la visión al cabo inaugurada! Ojos rapaces, ojos temerosos poblaron el abismo, destellaron entre la fronda insomne de las selvas, entre corales, entre blancas nubes, entre colmenas y entre nebulosas. ¡Oh santo advenimiento de los ojos! La luz fue luz, los astros fueron astros. La primavera toda cupo en una clara, pequeña, límpida pupila.

Y al tiempo mil rumores y alaridos quebrantaron las copas del silencio y en la piel de la tierra comenzaron el odio y el amor su eterno drama. Los ojos contemplaban un momento las cosas y volvían a cerrarse, a disolverse en el materno lecho, a ser de nuevo tierra inerte y muda. Nuevas pupilas siempre renacían, ojos de amor, de odio, de tristeza, ojos innumerables, ojos, ojos... Hasta que al fin la fiera pesadumbre del pensamiento y el ensueño pudo encarnar en el hombre y una hoguera feroz organizar en sus pupilas. El ser se hizo razón, conciencia, logos, queriendo resolver su propio enigma en el humano corazón, abriendo la historia del espíritu, la guerra del yo con las tinieblas que oscurecen la tan ansiada explicación del mundo.

# CRONICA UNIVERSITARIA

1957

DICIEMBRE

Día 7

## NUEVOS DIGNATARIOS DE LA FACULTAD DE CIENCIAS MATEMATICAS Y FISICAS

Concluidos los periodos legales del Decano Ing. Arturo Ramírez Aguilar, del Subdecano Ing. Daniel Palacios Izquierdo y del Consejero de la Facultad, Ing. Ulises Sotomayor Villegas, la Junta de la Facultad procedió a elegir nuevos dignatarios obteniéndose el siguiente resultado: para Decano fue elegido el Ing. Daniel Palacios Izquierdo, para Subdecano el Ing. Marco Tulio Erazo Vallejo y para Consejero o miembro del Consejo Directivo el Ing. Armando Navarrete de la Torre.

Día 14

## HOMENAJE DE LA FACULTAD DE CIENCIAS MEDICAS AL DOCTOR DAVID DIAZ CUEVA

Cumpliendo la resolución adoptada por la Junta de la Facultad de Ciencias Médicas, en el Aula Magna del Plantel se llevó a cabo una sencilla pero emotiva ceremonia para tributar homenaje al doctor David Díaz Cueva, al despedirle con motivo de su voluntario retiro de la cátedra de Obstetricia y Ginecología que la había regentado por más de cuarenta años.

El acto comenzó con la intervención del señor Gobernador de la Provincia, doctor Luis Moreno Mora, que especialmente delegado por el Gobierno Nacional, impuso al doctor Díaz Cueva la condecoración de la Orden Nacional "Al Mérito", en el grado de Oficial, en reconocimiento de los valiosos servicios prestados por el doctor Díaz Cueva a la Patria en la preparación de varias generaciones de profesionales médicos, con constancia, abnegación y gran capacidad científica.

Luego el señor Rector de la Universidad, doctor Carlos Cueva Tamariz, con breves pero enaltecidas frases de encomio sobre la personalidad del doctor Díaz, entregó a éste, a nombre del H. Consejo Universitario, el Título que le acredita como Profesor Honorario de la Facultad de Ciencias Médicas en las especialidades de Ginecología y Obstetricia, incorporándolo así de manera definitiva a la planta de Profesores Honorarios de la Universidad establecida por el Estatuto.

Inmediatamente el Decano de la Facultad de Ciencias Médicas, doctor Honorato Carvallo Valdivieso, le entregó el acuerdo de agradecimiento expedido por la Junta de la Facultad y que dice así:

**LA H. JUNTA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS MEDICAS  
DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA,**

**Considerando:**

Que el distinguido y apreciado Profesor Doctor

**DAVID DIAZ CUEVA**

se ha separado de la Cátedra de Obstetricia y Ginecología por haber cumplido los años necesarios para obtener su jubilación;

Que este Maestro ha ejercido la enseñanza universitaria por el lapso considerable de 43 años, en forma cumplida y encomiable;

Que su separación constituye un motivo para exaltar sus merecimientos y renovar la admiración y consideraciones de la Facultad hacia su persona,

**Acuerda:**

Lamentar la separación del destacado Profesor Universitario **DOCTOR DIAZ CUEVA**;

Recomendar a los estudiantes sus dotes de fervoroso trabajador científico;

Conservar su nombre en la historia de la Facultad como el de un renovador de la especialidad de Obstetricia y Ginecología en nuestra medicina regional;

Solicitar del H. Consejo Universitario consiga la Condecoración **AL MERITO**, que otorga el Gobierno Nacional a personajes notables, y la entrega del Título de Profesor Honorario de la Facultad Médica;

Encarecer a la H. Junta de Asistencia Pública nomine al quirófano de la Sala de Maternidad del Hospital General, donde trabajó tesoneramente, con el nombre de **DAVID DIAZ CUEVA**;

Publicar el presente Acuerdo en los Anales de la Universidad de Cuenca y en la Revista de la Facultad; y,

Enviar al Señor Doctor David Díaz Cueva copia autógrafa del mismo.

Dado en el Salón de Sesiones de la Facultad de Ciencias Médicas, a catorce de octubre de mil novecientos cincuenta y siete.

EL DECANO,

Dr. HONORATO CARVALLO VALDIVIESO.

EL SUBDECANO,

Dr. LEONCIO CORDERO JARAMILLO.

LOS PROFESORES:

Dr. Miguel Alberto Toral L.— Dr. José Carrasco Arteaga.— Dr. Victor Barrera Vélez.— Dr. Julio E. Toral Vega.— Dr. Luis A. Sojos Jaramillo.— Dr. Alberto Alvarado Cobos.— Dr. Timoleón Carrera Cobos.— Dr. Juan Idrovo Aguilar.— Dr. César Hermida Piedra.— Dr. Ricardo Barzallo Calderón.— Dr. José J. Ortiz Tamariz.— Dr. Vicente Corral Moscoso.— Dr. Ricardo Montesinos González.— Dr. Orlando Regalado Abad.— Dr. Jaime Vintimilla Alborno.— Dr. Modesto Tamariz Arteaga.— Dr. Luis G. Moreno Peña.— Dr. Ricardo Muñoz Dávila.— Dr. Hernando Acosta Crespo.— Dr. José Gabriel Moscoso E.— Dr. Eduardo Neira Carrión.— Dr. José Serrano Vega.

LOS ESTUDIANTES REPRESENTANTES:

Enrique Martínez.— Raúl Cordero.— Tarcisio Arteaga M.— Sergio Calle.— Angel Sebastián Fuentes.— Enrique Carpio.— Fausto Patiño.— José Neira Carrión.

EL SECRETARIO,

GERARDO SOJOS JARAMILLO.

La entrega la hizo el doctor Carvallo con las siguientes frases:

“Señor Gobernador de la Provincia,  
Señor Rector de la Universidad,  
Señor Director de Asistencia Pública,  
Señor Doctor David Díaz Cueva,  
Señor Alcalde de la Ciudad,  
Señores Profesores, Universitarios,  
Señoras y Señores:

Otra vez la Facultad de Ciencias Médicas en el momento de dar la despedida a un distinguido Catedrático; distinguido por los años de enseñanza y distinguido por la renovación social en la especialidad que la ejerció y ejerce en nuestro medio. El Doctor David Díaz Cueva luego de 43 años de fervorosa vida catedrática y profesional ha buscado el remanso de la jubilación, y si bien deja el aula del Maestro, continúa por el camino de la medicina comaricana.

Fervoroso y trabajador no conoció jamás el tedio ni la fatiga. Disciplinado en el cumplimiento y tenaz en la labor nunca desdén el nuevo caso, el nuevo enfermo. Ha pasado sus años vigorosos como un soldado siempre en lucha, indeclinable. Ha sido la actividad confirmando el trabajo incesante y fecundo. El ex-Profesor Díaz Cueva nos deja la gran escuela ascensional del esfuerzo diario y vehemente... Ha demostrado que el mejor vivir surge del trabajar siempre; que la vida es fronda de años útiles cuando no se pierde ninguno de ellos en el indiferentismo o el ocio.

Profesional que transformó la atención obstétrica entre nosotros. Comenzaron a fugar las comadronas, emporios de todas las ofensas a la higiene y la ciencia, cuando a su retorno de Europa inició la atención médica de los partos. Renovó aquella época con su devoción profesional y comenzó a producir discípulos que cada vez iban tomando mayor inclinación a esta rama de la medicina.

Como Profesor ya bosquejó su personalidad en días pasados, en sesión novembrina de la Universidad, el Doctor César Hermida, quien con gran acierto viene esbozando el lienzo de la Historia Médica Azuaya. Añadamos a ello que el Doctor David Díaz Cueva tuvo el entu-

siasmo constructivo de enseñar cada vez; era la gesticulación pedagógica que se infiltraba por ojos y oídos de sus alumnos; se erguía en el ejemplo y el gráfico para sembrarse en la mente de los que hemos tenido la suerte de ser sus discípulos. El manequí le fatigaba por la materialización de sus explicaciones sobre técnica obstétrica, y el Profesor surgía por su empeño de enseñar y enseñar... Le mortificaba hasta la iracundia una distracción, un indiferentismo del alumno, pues no toleraba que se destruyese su concentración pedagógica ni se lastimase su dedicación a dar la clase.

Siempre atento a las llamadas, a cualquier hora del día o de la noche, a las Salas de Ginecología y Maternidad del Hospital General, le ha valido para que la H. Junta de Asistencia Pública, con justicia y acierto, haya aceptado la petición de la Facultad de colocar en el quirófano de la Maternidad su nombre, para perpetuar así el apostolado que ejerció para tantas madres pobres, a quienes atendió con caridad y servicio calmando la angustia y el dolor...

Gran complacencia para el profesorado universitario que el Gobierno Nacional coloque en el pecho de este viejo Maestro una de sus altas preseas, propias de los hombres que supieron darse a los demás amplia y eficazmente. Motivo de sincera satisfacción que el H. Consejo Universitario le entregue su Título ganado, el de Profesor Honorario de la Facultad Médica de Cuenca en la Cátedra que la enaltecó con afán y entregamiento.

Nos es honroso despedir así a los Maestros, con el homenaje cordial del reconocimiento. Todos transitamos por el mismo camino y es ya preciso ir dejando las lecciones para un futuro mejor, más equitativo y comprensor, sin despreciar en el silencio del egoísmo nuestros valores humanos, más o menos grandes, pero valores sí; mirando el más allá humano del compañerismo y el colegismo, listos a aplaudir sonoramente lo bueno y despreciar lo mezquino.

Por esta filosofía temperamental, querido Profesor y Maestro Doctor David Díaz Cueva, la Facultad Universitaria a la que pertenecisteis con decoro os da la tremolación de la afectuosa despedida, que la sabréis guardar como la manifestación elevada, auténticamente universitaria, y a nombre de ella deposito en vuestras manos, arrugadas por la ciencia y el trabajo, el Acuerdo de la fraternidad y la justicia..."

Por fin el señor Jorge López Arenas, Presidente de la Asociación Escuela de Medicina, testimonió al doctor Díaz Cueva el reconocimiento del alumnado por su larga y prolicua labor, entregándole un pergamino en el que constaba el acuerdo expedido por la agrupación estudiantil antedicha dejando constancia de la gratitud de la juventud por la faena docente cumplida por el viejo Maestro.

De inmediato la concurrencia que era numerosa y selecta se trasladó al Hospital Civil para descubrir en el quirófano de la Maternidad el nombre de "David Díaz Cueva" con el que la Junta Central de Asistencia Pública del Azuay y Cañar acordó denominar a la antedicha dependencia hospitalaria, en homenaje a quien por largos años ejerció allí su misión humanitaria y docente. A nombre de la Junta llevó la palabra el profesor doctor Nicanor Corral Moscoso, que sustituyó en la cátedra de Obstetricia al doctor Díaz Cueva.

Vivamente emocionado el doctor Díaz agradeció el múltiple homenaje que se le tributaba, con estas palabras:

"Señor Gobernador de la Provincia, Señor Alcalde de la Ciudad, Señor Rector de la Universidad de Cuenca, Señor Decano de la Facultad de Ciencias Médicas, Señor Subdecano de la Facultad de Ciencias Médicas, Señor Director de la Junta Central de Asistencia Pública del Azuay, Señor Presidente de la Asociación Escuela de Medicina, Señores profesores, señoras y señores:

Verdaderamente abrumado por los honores que inmerecidamente me dispensáis; sintiendo sobre mis débiles hombros el peso de un homenaje al cual no me creo acreedor, quiero verter estas palabras de gratitud y sinceridad, trémulas de emoción, en síntesis suprema de lo que pasa por el alma de un modesto ciudadano enaltecido más allá de los límites de la modestia y del conocimiento de sí mismo.

En el ocaso de mi vida se prenden los arbores de una glorificación que no la esperaba. Tras muchos años de fatiga y esfuerzos, viene la gentileza de mi Patria a prenderme en el pecho una condecoración que procuraré llevarla con dignidad, con honor, con gallardía espiritual, a lo largo de esta contienda que se llama vida.

Agradezco profundamente al Supremo Gobierno que hoy diga los destinos del Ecuador, por la Condecoración "Al Mérito" en el grado de Oficial que me ha sido otorgada por el Excelentísimo señor Presidente de la República doctor Camilo Ponce Enriquez y por el señor Ministro de Relaciones Exteriores, doctor Carlos Tobar Zaldumbide, así como al señor Gobernador de la Provincia doctor Luis Moreno Mora, quien acaba de entregármela en un momento culminante de mi humilde vida profesional.

Indudablemente lo que se ha querido premiar es el afán por el cumplimiento del deber, la absoluta dedicación al desempeño de una cátedra, el amor a una especialidad, la lucha de una vida entera en el culto de la ciencia de la Obstetricia y del Arte de la Maternidad, a fin de que las generaciones que advengan lo hagan bajo la égida protectora de la civilización y de la cultura.

Señor Gobernador del Azuay: dignaos hacer presente al Primer Mandatario del País la voz de agradecimiento de un azuayo reconocido, el mismo que al retirarse del Recinto Universitario, lo hace regando lágrimas de sinceridad frente al inusitado galardón con el que le habéis honrado.

Un Presidente de la República de la altura cultural del doctor Ponce Enriquez, bien merece tener al frente de esta ateniense provincia a un valor auténtico, de los quilates del Gobernador doctor Luis Moreno Mora, mandatario tinoso, de rumbo austero y ruta rectilínea.

Como en estos emotivos minutos han confluído las manifestaciones honoríficas y enaltecidas para la despedida del viejo maestro que se aleja, cúmpleme también expresar el testimonio de mi gratitud leal e intensa para con el señor Rector de la Universidad de Cuenca, doctor Carlos Cueva Tamariz y para el señor Decano de la Facultad de Ciencias Médicas, doctor Honorato Carvallo Valdivieso, por la entrega del honroso Título de Profesor Honorario de la Universidad y del gentil Acuerdo de la Junta de la Facultad, respectivamente.

Durante el largo tiempo de mi profesorado, he tendido a regar cimientos de superación en el horizonte de la juventud receptiva; he tratado de inculcar la especialidad de una de las ramas de la Medicina, el problema de la maternidad, vigilando el nacimiento de los seres humanos y garantizando la vida de las madres como de los hijos, hasta donde sea posible, hasta donde no se tropiece con el imposible

físico, obscuro abatar de todo apostolado profesional; he propendido a que mi ciudad nativa goce de todos los avances de la Ciencia moderna y de la técnica universal en lo que a Obstetricia se refiere.

No tengo pretensiones de ninguna clase, no puedo alentar llamadas de orgullo alguno. Sólo me resta la satisfacción del deber cumplido y la conciencia de haberme sacrificado en el altar de la ciencia y en el amor a la juventud que amanece.

La H. Junta Central de Asistencia Pública del Azuay, dignamente presidida por su Director, se suma al homenaje plural e inmerecido, y designa con mi humilde nombre el Quirófano del Servicio de Obstetricia del Hospital San Vicente de Paul de esta ciudad. Para tan noble Entidad y sus destacados personeros la pleitesia de mi agradecimiento emocionado.

Aquí el paréntesis de una disgresión íntima en este Establecimiento en donde aprendí a comprender el dolor humano, en donde hace mucho tiempo llegué a derramar lágrimas por las miserias de la vida y la angustia de los seres desvalidos; en donde juré dedicar todos mis empeños a restañar las heridas de los demás y a hacer algo por la solución del difícil drama de la maternidad abandonada, cuando el Hospital era una casona vetusta y lúgubre, poblada de ayes y gemidos que eran entrecortados por el murmullo del Tomebamba, y cuando el evangelio de la solidaridad humana era sólo un proyecto en agraz: en el lejano año 1913 fui honrado con el nombramiento de Profesor de Obstetricia de la Facultad de Ciencias Médicas y, por consiguiente, Jefe de los Servicios Hospitalarios de Maternidad y Ginecología. Desde esa misma fecha luché con fe, con entusiasmo, con perseverancia hasta conseguir con el apoyo eventual del Rector doctor Honorato Vázquez, del Gobernador doctor Abelardo Andrade, del Director de Asistencia Pública doctor Carlos Rigoberto Vintimilla, del doctor Miguel Díaz Cueva, del doctor Enrique Malo Andrade y de los Directores que se han sucedido, el adelanto de esta Dependencia. En la administración del último de los Directores nombrados se colocó la primera piedra del edificio de la Maternidad y hasta la administración actual del señor Eugenio Malo Moscoso se ha logrado concluir un edificio propio para esta finalidad social, con los servicios de Obstetricia y Ginecología y Salas de Operaciones, con dotación de personal suficiente para los servicios, hermanas de la caridad y más empleados; instrumental y aparatos necesarios, etc., etc.

Agradezco de corazón las palabras del doctor Nicanor Corral Moscoso justamente designado para ocupar la cátedra de Obstetricia y para la Dirección de la Maternidad, en este acto de nominación recordatoria del Quirófano de esta Institución, en la que el puesto que yo dejo, es ocupado por un elemento juvenil, preparado y prominente.

Agradezco igualmente a la Asociación Escuela de Medicina por el significativo Pergamino Autógrafo que se ha dignado depositar en mis manos. No podía faltar la actitud noble y generosa de la juventud en esta hora de inmerecida consagración al viejo maestro que se retira al remanso y a la vida privada, con la certeza de haber hecho todo lo posible para responder a la confianza en él depositada y con la desilusión de no haber podido hacer más en beneficio de las nuevas generaciones y del progreso de la tierra nativa.

En manos de la juventud está el porvenir de la Patria y en ella confiamos todos los ecuatorianos y en ella hemos depositado todas nuestras esperanzas e ideales.

Muchas gracias para todos. Os lo dice con el corazón en la mano el viejo profesor que sale de escena con la cabeza encanecida y con la mirada turbia de tanto contemplar las tragedias de la vida.

Gobierno Nacional, Gobierno Seccional, Universidad de Cuenca, Facultad de Ciencias Médicas, Junta Central de Asistencia Pública, Asociación Escuela de Medicina, Superiores, Colegas y Estudiantes, todos habéis contribuido, en concurso de gentileza, para prender una hoguera de luz sideral en el ocaso de una vida y para escribir la página más emotiva en la modesta biografía de quien hoy día eleva su voz al Altísimo en una oración de impercedera gratitud.

Y con esto, el antiguo Profesor se retira del Claustro Universitario, con las pupilas empañadas de sinceridad y por la puerta ancha y franca del deber cumplido."

✓ Día 31

### SE SUSCRIBIO CONTRATO PARA LA CONSTRUCCION DE UN NUEVO EDIFICIO EN LA CIUDAD UNIVERSITARIA

Continuando el programa de edificaciones en la Ciudad Universitaria, el señor Rector doctor don Carlos Cueva Ta-

mariz, suscribió en este día con "Constructora, Oficina Técnica", integrada por los Ingenieros Gustavo Castro Pozo, Luis Enrique Loaiza Jaramillo y Carlos Heredia Carrión, el contrato correspondiente para levantar la segunda etapa del pabellón destinado a la Facultad de Ciencias Matemáticas y Físicas, uno más de amplios locales con los cuales contará el Plantel en breve plazo.

El progreso del plan de edificaciones de la Universidad de Cuenca, si lento por la carencia de medios económicos, avanza sin embargo debido a la decisión y entusiasmo puestos en él por el señor Rector y las autoridades universitarias que integran la Corporación Dirigente de los destinos del Plantel. Para el año escolar 1958-1959 la mayoría de las Dependencias con que cuenta la Universidad estarán funcionando en la Ciudad Universitaria y de incrementarse debidamente las rentas de la Universidad, incremento por el cual lucha con denuedo, el Consejo Universitario ha decidido contratar un empréstito que permita concluir el plan en su totalidad, ampliarlo y mejorarlo de acuerdo con las crecientes necesidades del Instituto, consultando, además, la construcción de viviendas para catedráticos y alumnos y haciendo de la pequeña Ciudad Universitaria de Cuenca un amplio hogar para el Alma Mater.

**1958**

**ENERO**

**Día 2**

**ALUMNOS EGRESADOS DE LA FACULTAD DE CIENCIAS MEDICAS REALIZARON GIRA DE FINALIZACION DE ESTUDIOS A LIMA**

Presididos por el catedrático de la Facultad de Ciencias Médicas doctor Miguel Alberto Toral, con notable éxito la promoción de las Escuelas de Medicina y Obstetricia correspondiente al año escolar 1956 - 1957, realizó la gira re-

glamentaria de finalización de estudios a la ciudad de Lima. En esta Capital el doctor Toral y los alumnos egresados de la Facultad Médica fueron especialmente atendidos por los doctores Ovidio García Roseel, Vicerrector de la Universidad de San Marcos; Carlos Enrique Paz Soldán, Alejandro Arellano Z., Juan J. Arredondo y otras distinguidas personalidades. Desarrollaron un amplio programa científico en los Hospitales "Dos de Mayo" y "Bravo Chico" y en la Sociedad Médica "Daniel Carrión" y realizaron, también, actos culturales que tuvieron cumplido éxito. El Consejo Universitario expresó su felicitación al Presidente de la gira doctor Toral y oficialmente se dirigió al señor Vicerrector de la Universidad de San Marcos para agradecerle por la forma gentil en que fueron recepcionados el profesor y estudiantes cuencanos.

**Día 10**

**SE CONSTITUYE Y ORGANIZA LA FACULTAD DE ODONTOLOGIA**

Siguiendo el ritmo de creciente progreso en el que ha entrado la Universidad de Cuenca, una nueva Facultad más, la de Odontología, forma parte del Instituto.

El año 1935 fue establecida la Escuela de Odontología anexa a la Facultad de Ciencias Médicas. Desde entonces su desarrollo ha sido eficiente y, tanto por el número de alumnos que siguen su formación profesional en la antedicha Escuela como por el servicio social y la labor docente que desarrolla, el H. Consejo Universitario, acogiendo una justa petición que se le elevó, en sesión de diez y siete de diciembre de 1957 resolvió independizar la Escuela de Odontología de la Facultad Médica y establecerla como Facultad. El Ministro de Educación Pública, doctor José M. Baquerizo Maldonado, el treinta y uno de diciembre del año antedicho, expidió la resolución por la cual y de conformidad con lo prescrito en el Art. 24 de la Ley de Educación Superior, se autorizaba el funcionamiento de la nueva Facultad.



El señor Rector del Plantel, doctor Carlos Cueva Tamariz, en la fecha a la que se refiere esta nota, convocó a su Despacho a los catedráticos de la fenecida Escuela de Odontología para que procedieran a elegir dignatarios y consejeros de la Facultad en conformidad con las prescripciones legales y estatutarias correspondientes. El resultado fue el siguiente:

Para Decano fue designado el doctor Ricardo Muñoz Dávila, que hasta cuando se creó la Facultad de Odontología desempeñaba las funciones de Director de la Escuela; Subdecano fue elegido el profesor doctor José Gabriel Moscoso Espinosa y Consejeros de la Facultad y como tales miembros de su Consejo Directivo los catedráticos doctores Hernando Acosta Crespo y Eduardo Neira Carrión. El señor Rector les tomó la promesa de ley y luego, en sencilla alocución, expresó sus votos porque la naciente Facultad progrese para bien y prestigio de la Universidad toda y de los estudiantes de manera especial y pidió a dirigentes, catedráticos y alumnos fiel cumplimiento de las normas que rigen la vida institucional, única forma de alcanzar el progreso que anhelaba para la Facultad Odontológica.

En la administración rectoral del doctor Cueva Tamariz a partir del año 1944 y en un relativamente corto período de tiempo, venciendo dificultades de orden económico, el progreso del Plantel en lo referente sólo a la creación de nuevos Institutos de enseñanza, sin considerar otros aspectos como el de construcción de la Ciudad Universitaria, incremento de bibliotecas, gabinetes y laboratorios, establecimiento del escalafón profesoral y del subsidio familiar, etcétera, etc., se traduce en tres nuevas Facultades, dos nuevas Escuelas y un Colegio de Segunda Enseñanza: la Facultad de Filosofía y Letras que fue establecida como indispensable núcleo central de cultura de la Universidad; la Facultad de Ciencias Químicas formada con la antigua y prestigiosa Escuela de Química y Farmacia y con la Escuela de Química Industrial, fundada el año 1953; las Escuelas de Obstetricia y Enfermeras anexas a la Facultad de Ciencias Médicas; el Colegio de Segunda Enseñanza

"Fray Vicente Solano" que está adscrito a la Facultad de Filosofía y Letras y tiende a procurar la conexión entre la enseñanza secundaria y la superior y, ahora, la Facultad de Odontología. La juventud ecuatoriana que concurre a las aulas de la Universidad de Cuenca tiene, pues, amplias rutas para orientar sus aspiraciones vocacionales.

Posteriormente y de acuerdo con las normas legales y reglamentarias los alumnos de la nueva Facultad eligieron sus representantes ante los diversos organismos universitarios: ante el Consejo Universitario fue acreditado el alumno señor Eduardo Calle Aguilar y ante la Junta de la Facultad y el Consejo Directivo de la misma el señor Marcelo León Bustos.

ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA formula votos fervorosos porque la Facultad de Odontología siga una amplia senda de superación y progreso y deja constancia de su anhelo porque la Universidad Cuencana continúe también su engrandecimiento bajo la atinada dirección del doctor Cueva Tamariz y de las demás autoridades que le acompañan en la conducción del Plantel.

Día 20

#### REUNESE EN CHILE LA PRIMERA CONFERENCIA LATINOAMERICANA DE EXTENSION UNIVERSITARIA E INTERCAMBIO CULTURAL

En cumplimiento de los acuerdos adoptados por la Unión de Universidades de América Latina, la Universidad de Chile convocó a la celebración de la Primera Conferencia Latinoamericana de Extensión Universitaria e Intercambio Cultural, que debía realizarse desde el veinte al veinte y cinco de enero de 1958 en la ciudad de Santiago de Chile.

En la reunión internacional antedicha debían tratarse temas referentes a la extensión universitaria en general (sugestiones y proposiciones para mejorarla, incrementar-

la y coordinarla, intercambio de becas, de personalidades, profesores y funcionarios, publicaciones y giras); a las Escuelas de Temporada y al financiamiento de todas estas actividades.

La Universidad de Cuenca fue especialmente invitada a la Conferencia por don Francisco Galdames, Director del Departamento de Extensión Cultural de la Universidad de Chile, como por el señor Embajador de esta Nación en el Ecuador, don Luis Cubillos Achurra.

El H. Consejo Universitario considerando la importancia del evento así como los nexos que existen entre Ecuador y Chile en el campo de la educación superior y los estrechos lazos de afecto y hermandad que los vinculan tradicionalmente, acordó encomendar su representación al señor Embajador del Ecuador en Chile, doctor don Fidel López Arteta, el mismo que en nota fechada el 31 de diciembre de 1957 aceptó la delegación y ofreció concurrir a la Conferencia como Delegado Oficial de la Universidad de Cuenca.

Día 22

#### DELEGACION DE LA UNIVERSIDAD DE TRUJILLO —PERU— VISITO LA UNIVERSIDAD DE CUENCA

En gira de intercambio cultural por varias ciudades de la República, arribó a la de Cuenca, para visitar especialmente a su Universidad, una delegación de alumnos del último curso de la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad Nacional de Trujillo, presidida por el catedrático de dicha Facultad, doctor Alvaro Mendoza Diez.

La Universidad, en el corto período de tiempo que duró la visita, dispensó a la delegación una cordial acogida, recibéndola en su seno con el mayor afecto.

El profesor doctor Alvaro Mendoza Diez sustentó en la Facultad de Filosofía y Letras una interesante disertación sobre el tema "La enseñanza de la oración compuesta".

Y los alumnos que componían la delegación, en el Aula Magna del Plantel y ante numerosa y selecta concurrencia integrada por profesores y estudiantes de la Universidad y público en general, desarrollaron un interesante debate con los alumnos de los últimos cursos de la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad de Cuenca, sobre el tema "El requerimiento amoroso indebido como nueva figura delictiva". Hizo de ponente el universitario peruano señor Horacio Saavedra Segarra y durante el debate intervinieron los estudiantes cuencanos señores Enrique Novoa Arízaga, Jorge Galarza Sánchez, Mario Moscoso Montesinos, Enrique Correa y Olmedo Meneses. Emitieron también sus opiniones los profesores de la Facultad de Jurisprudencia de Cuenca doctores Manuel Antonio Corral Jáuregui y Reinaldo Chico Peñaherrera.

Luego, en el Salón del Rectorado, el señor Rector brindó a la delegación visitante un vino de honor.

#### FEBRERO

Día 25

#### EL CONSEJO UNIVERSITARIO EXPIDIO ACUERDO DE RECONOCIMIENTO A FAVOR DEL DOCTOR HECTOR ORREGO PUELMA

A solicitud del señor Decano de la Facultad de Ciencias Médicas el H. Consejo Universitario resolvió expedir un acuerdo en reconocimiento de la labor de cooperación científica y acercamiento interuniversitario que como Director de la Escuela de Postgraduados de la Universidad de Chile ha realizado en beneficio de catedráticos y profesionales egresados de la antedicha Facultad el Profesor doctor Héctor Orrego Puelma. El autógrafo del acuerdo le será enviado con los profesionales que en breve viajarán a Santiago de Chile en cumplimiento del programa de becas ofrecido por la Escuela de Postgraduados y es del tenor siguiente:

## EL CONSEJO UNIVERSITARIO DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA,

**Considerando:**

Que la Escuela de Postgraduados de la Universidad de Santiago de Chile y especialmente su distinguido Director Doctor

HECTOR ORREGO PUELMA,

desde hace algunos años ha concedido con ejemplar gentileza y decisión tesonera becas para Profesores de la Facultad de Ciencias Médicas de esta Universidad y profesionales de la ciudad con el objeto de perfeccionar sus estudios;

Que esta labor altamente universitario es digna de ser reconocida y aplaudida,

**Acuerda:**

Enviar un especial agradecimiento a la Escuela de Postgraduados de la Ilustre Universidad de Santiago de Chile por esta demostración de elevada difusión cultural y científica;

Recomendar el nombre de su Director doctor ORREGO PUELMA, como profesor eximio que con relevante espíritu americanista contribuye al mejoramiento de la corriente médica universitaria y profesional;

Destacar esta invaluable colaboración científica de la hermana República de Chile, representada por su docta Universidad Capitalina; y,

Publicar el presente Acuerdo en la Revista ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA y en la de la Facultad de Ciencias Médicas.

Dado en Cuenca, a veinte y cinco de febrero de mil novecientos cincuenta y ocho.

CARLOS CUEVA TAMARIZ,  
RECTOR - PRESIDENTE.

VICTOR LLORE MOSQUERA,  
SECRETARIO GENERAL.

## MARZO

Día 6

### LA UNIVERSIDAD HONRO LA MEMORIA DEL DOCTOR DANIEL CORDOVA TORAL

Una profunda conmoción ciudadana causó la noticia de la muerte del esclarecido patricio y hombre público señor doctor don Daniel Córdova Toral, ocurrida en este día. Todos los círculos intelectuales y sociales de la ciudad se aprestaron para rendir fervoroso tributo de admiración a quien fuera alto exponente de civismo, propulsor de la educación pública y de las letras, legislador, diplomático, miembro de los Tribunales de Justicia de la Nación y político democrático de acción fecunda y rectilínea.

La Universidad de Cuenca, en la que el doctor Córdova Toral regentó la cátedra de Derecho Internacional en la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales, fue la primera en asociarse al duelo público causado por su muerte y dispuso que en el Aula Magna del Plantel se honren sus despojos mortales, como así se hizo en efecto con toda solemnidad.

El día siete de marzo, el cadáver del doctor Córdova Toral, en medio de un inmenso concurso, fue trasladado desde su casa al Palacio Universitario, en hombros del Rector, del Vicerrector y de los Decanos de las Facultades.

De manera previa el Consejo Universitario y la Junta de la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales habían expedido los siguientes acuerdos:

#### EL CONSEJO UNIVERSITARIO DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA,

hondamente impresionado por el doloroso fallecimiento del

Señor Doctor Don

DANIEL CORDOVA TORAL,

ocurrido en día de hoy, y

**Considerando:**

Que el Doctor Córdova Toral fue ilustre ciudadano que honró con sus luces las letras nacionales, el Foro, el Parlamento, el Gobierno, la Diplomacia y los Tribunales de Justicia de la Nación;

Que dedicó la mejor parte de su fecunda acción pública a impulsar la educación desde el Ministerio, la cátedra secundaria y universitaria, la Rectoría del Colegio Benigno Malo y la Dirección de Estudios del Azuay, cargos que enalteció con su saber, su rectitud y su labor creadora y organizativa;

Que es deber de la Universidad honrar la memoria de los hombres esclarecidos que, como el Doctor Córdova Toral, le han prestado singulares servicios,

**Acuerda:**

Dejar constancia de su profundo dolor por el fallecimiento del DOCTOR CORDOVA TORAL y recomendar su nombre a la juventud universitaria y a las generaciones venideras, como ejemplo de una vida impoluta consagrada a las más nobles causas;

Honrar sus despojos mortales en el Aula Magna del Plantel, comisionando al Rector de la Universidad que haga el elogio del ilustre varón en el momento de recibirlo en el Palacio Universitario, con la concurrencia de todas las autoridades del Instituto, sus catedráticos y alumnos;

Disponer que los estudiantes universitarios hagan una guardia de honor mientras su cadáver permanezca en el Aula Magna;

Enviar una ofrenda de flores a su túmulo, izar a media asta el pabellón universitario, publicar este Acuerdo en la prensa diaria y en los ANALES DE LA UNIVERSIDAD y enviarlo autógrafo a su distinguida familia.

Dado en Cuenca, a seis de marzo de mil novecientos cincuenta y ocho.

EL RECTOR,  
CARLOS CUEVA TAMARIZ.

EL VICERRECTOR,  
LUIS MONSALVE POZO.

LOS DECANOS DE LAS FACULTADES UNIVERSITARIAS:

GERARDO CORDERO LEON.  
DANIEL PALACIOS IZQUIERDO.  
ALEJANDRO ONITCHENKO.

HONORATO CARVALLO VALDIVIESO.  
GABRIEL CEVALLOS GARCIA.  
RICARDO MUÑOZ DAVILA.

EL REPRESENTANTE DEL MINISTERIO DE EDUCACION PUBLICA,  
MANUEL A. CORRAL JAUREQUI.

EL REPRESENTANTE DEL PROFESORADO,  
MARCO TULIO ERAZO VALLEJO.

LOS DELEGADOS ESTUDIANTILES,

JORGE GALARZA SANCHEZ.  
GONZALO JARAMILLO PUERTAS.  
EFREN SARMIENTO ALVARADO.

MARCO BARZALLO BARZALLO.  
HOMERO POZO VELEZ.  
EDUARDO CALLE AGUILAR.

EL SECRETARIO GENERAL DE LA UNIVERSIDAD,  
VICTOR LLORE MOSQUERA.

**LA FACULTAD DE JURISPRUDENCIA Y CIENCIAS SOCIALES  
DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA,**

**Considerando:**

Que el día de hoy ha dejado de existir el meritisimo ciudadano y eminente patriota

Señor Doctor Don

DANIEL CORDOVA TORAL;

Que el Señor Doctor CORDOVA TORAL honró la cátedra de Derecho Internacional de esta Facultad, fue elevado exponente de la cultura y prestó a la Patria relevantes servicios en las diversas funciones que le fueron confiadas,

**Acuerda:**

Dejar constancia de que deplora por su sensible fallecimiento, que priva a la República del concurso de uno de sus más sobresalientes hijos;

Recomendar su nombre a la juventud que se educa en las aulas de la Facultad como ejemplo de servicio desinteresado a las más nobles causas y a la de la educación en especial;

Concurrir en corporación a las ceremonias fúnebres que se realicen para honrar su memoria, encomendando al señor Vicerrector-Pro-

fesor, doctor Luis Monsalve Pozo, que haga el elogio del ilustre extinto al momento de la inhumación de sus despojos mortales;

Publicar este Acuerdo en la prensa, en la Revista de la Facultad y enviarlo autógrafa a la familia del doctor Córdova Toral.

Dado en Cuenca, a seis de marzo de mil novecientos cincuenta y ocho.

EL DECANO,  
GERARDO CORDERO LEON.

EL SÚBDECANO,  
CESAR ASTUDILLO.

LOS PROFESORES,

CARLOS CUEVA TAMARIZ.

LUIS MONSALVE POZO.

ALEJANDRO PERALTA

MANUEL A. CORRAL JAUREGUI.

AGUSTIN CUEVA TAMARIZ.

TARQUINO MARTINEZ BORRERO.

VIRGILIO ASTUDILLO.

REINALDO CHICO PEÑAHERRERA.

ROBERTO AGUILAR AREVALO.

CESAR FERNANDEZ MARQUEZ

RAFAEL CHICO PEÑAHERRERA.

CESAR ANDRADE Y CORDERO.

VICTOR LLORE MOSQUERA.

LOS REPRESENTANTES ESTUDIANTILES:

RODRIGO VAZQUEZ ANDRADE.

CLAUDIO NEIRA CARRION

VINICIO ANDRADE ALAVA

HUGO GALLEGOS HERMIDA.

NELSON SERRANO REYES.

EL SECRETARIO DE LA FACULTAD,

ALFREDO ABAD GOMEZ.

En cumplimiento de lo resuelto por las antedichas Corporaciones, luego de recibido el cadáver del doctor Córdova en la Universidad, el señor Rector doctor Carlos Cueva Tamariz, con frases plenas de emoción, hizo el elogio del ilustre extinto en estos términos:

“Señores:

Los grandes dolores de la vida, mejor que con palabras, se expresan con el silencio sacudido por estremecimientos de todo nuestro ser, por la crispatura impotente de las manos inhábiles para asir el bien que se nos va, por la acelerada corriente de la sangre que intenta romper el corazón y las arterias, por la cálida lluvia de las lágrimas...

De no ser por el mandato del Consejo Universitario, cuya voz traigo a este enlutado recinto, mi mejor homenaje a DANIEL COR-

DOVA TORAL habría sido un remordido, un profundo, un hosco silencio sacudido de sollozos y bañado en lágrimas. Porque la extinción de esta vida preciosa, tan plena de pureza, de elevación, de desinterés, de nobleza, de inteligencia, de valor y de delicadeza, deja en la mía un desgarrado vacío y un dolor sin medida, sólo comparable al de sus hijos del amor y de la sangre.

Maestro, conductor, amigo, consejero; voz estimuladora, paradigma de conducta, sombra protectora, impulso hacia lo alto, tal fue para mí DANIEL CORDOVA TORAL, cuya curva vital, armoniosa y perfecta, acaba de trincar el brazo implacable de la muerte.

Ved de qué manera mi personal dolor debió correr por los caminos oscuros del silencio y de las lágrimas, más elocuentes que las palabras para traducir con fidelidad las grandes catástrofes del alma.

Mas, a la vez que mi aflicción de espíritu, debo expresar ahora el duelo de la Universidad por la ausencia eterna del ex-catedrático que la honró con sus imperecederas lecciones de amor a la verdad, de rectitud de conciencia, de devoción por la libertad, de pasión por las causas nobles y altas, de desprendimiento personal, de profundo y sincero apego a la juventud... Con la lección resplandeciente de su vida toda, pura y alta, como la nieve de nuestras montañas andinas.

Mucho es lo que la causa de la educación y de la cultura en el Azuay y en el país todo debe a la acción del Doctor Daniel Córdova Toral, desplegada desde los más altos y delicados puestos de responsabilidad que la Patria confió a su clara mente y a su poderosa voluntad.

Profesor del Colegio “Benigno Maio” en su primera juventud, supo encontrar los ocultos resortes que solamente los maestros auténticos pueden utilizar para despertar en sus alumnos la inquietud por la búsqueda de la verdad y para estimularlos en la marcha por el camino de la ciencia.

Director de Estudios del Azuay, imprimió con mano firme y experta rumbos de progreso a la educación primaria de nuestra provincia, poniendo en juego todos los recursos de su clara inteligencia y todas las excelencias de su privilegiado espíritu para elevar la condi-

ción del maestro primario, tan menospreciada entonces por un complejo de causas que todavía hoy, al cabo de cuarenta años, no han podido ser totalmente eliminadas. Es que Córdova Toral tenía pasión creadora, fervor por la obra confiada a su cuidado, decisión por la gran obra de la educación popular. Aparte de la imponderable labor de dignificación del maestro, de organización escolar, de impulso hacia adelante, nos dejó, entre otras, dos creaciones que han resistido victoriosamente el embate destructor de los años y de los hombres, que han prosperado y echado hondas raíces, como árboles plantados por experta mano: las escuelas populares y laicas "Luis Cordero" y "Tres de Noviembre".

Rector por varias ocasiones del Colegio "Benigno Malo", los adolescentes cuencanos tuvieron en el Dr. Córdova Toral al conductor de verdad y al maestro auténtico, por la viva lección que irradiaba su atractiva y poderosa personalidad, plena de excelencias. En su torno se formó un valioso grupo de maestros a los que él estimulaba y sostenía con pulso delicado y firme, a la vez.

Cuando, en lógica y natural culminación de su trayectoria de educador, llegó al Ministerio de Educación Pública, pudo extender a todo el país su acción fervorosa, dinámica, eficaz por la educación del pueblo. Su paso por tan alta y merecida magistratura dejó honda y valiosa huella de sus aciertos y de sus creaciones. A Cuenca le hizo entonces un don inestimable con la fundación de un Instituto Normal para la formación de maestros primarios, el "Manuel J. Calle", al que comunicó su poderoso aliento constructivo y fecundo, cuajado ya en frutos bien logrados.

Si la educación y la cultura fueron la preocupación central de su vida y a las que entregó, sin regateos, lo mejor de su ejemplar espíritu, otros campos de la actividad pública y social se beneficiaron también con su acción y su presencia. El Parlamento le contó muchas veces entre sus mejores hombres y llegó a ocupar en él las más altas dignidades con la pulcritud, la mesura, el acierto y el señorío que fueron las características constantes de su singular y recia personalidad. Su voz se dejó escuchar siempre, clara y cálida, en defensa de las más nobles causas de la República y de la humanidad: la libertad, la democracia, la justicia, la educación y la cultura.

En el Gobierno y en el Parlamento, en la cátedra y en la tribuna, en los círculos de la inteligencia y en los de la acción benéfica, en la calle y en el hogar, el Doctor Córdova Toral ostentó la gallardía espontánea y natural de un selecto espíritu, la esbeltez de sus acciones, la discreción y la delicadeza exquisitas con que sabía tratar los grandes y los pequeños problemas, la pureza y rectitud de su conducta pública y privada.

Por todo ello, su muerte ha conmovido, no solamente a quienes estamos cerca de él por los derechos de la sangre y de la amistad, sino a la ciudad toda que sabe aquilatar los valores auténticos y las virtudes de varón tan insigne, a la Patria toda que pierde a uno de sus hombres más representativos y a uno de sus servidores más leales y eficaces.

La Universidad, conmovida, retiene por unas horas en su parainfante de honor el cuerpo ya inerte de DANIEL CORDOVA TORAL para cubrirlo de flores y de afectos, y muestra a la juventud la estela de su vida inmaculada y fecunda para que en ella encuentre una lección y un ejemplo permanentes.

Y yo, maestro y amigo inolvidable, te despido con el pobre homenaje de mis lágrimas..."

Y al despedir al doctor Córdova Toral de la Casa Universitaria en el momento en que iba a ser trasladado al Cementerio, el señor Vicerrector doctor Luis Monsalve Pozo habló así:

"Señores:

Perdonadme que comience esta dolida oración con palabras sencillas, con palabras hechas con los grumos de mi corazón. Perdonadme que estas frases mías solamente expresen mi angustia y mi confusión... Esta pena profunda que embarga a mi espíritu; este dolor agudo que se prende en mi pecho; esta angustia que hace oscura sombra a mis ojos...

Daniel Córdova Toral ha concluido su paso, su paso presuroso, en este suelo reseco y agrio... Y él, con ese paso tan suyo, con esa

gallardía tan suya, se nos ha ido no importa que a los mundos azules, engarzados de estrellas, enjorados de luceros, de paz, de silencio, de la Nada y del Todo... Y este su tránsito eterno, su último paso, florece en la pena, en el dolor, en la angustia que embargan a mi corazón, que se prenden en mi pecho, que producen esa sombra en mis ojos...

En verdad, si frente a tanta pesadumbre, si este escalofrío agudo, me dejara que por unos brevísimos minutos encienda el débil farolillo de la mente, acaso habría que concluir que no existe razón para este romperse del corazón porque Daniel Córdova Toral no ha hecho sino cambiar esta tierra huraña, esta tierra hosca, esta tierra de tantas pequeñeces, por el Silencio, por la Paz, por el tranquilo y apacible vivir en todos los horizontes: ahora él está lo mismo en las auroras azules como en los crepúsculos dorados... Daniel Córdova Toral, con su tránsito, no ha hecho sino llegarse más pronto, en marcha heráldica, a los linderos en donde comienza la otra orilla; en donde, con palabras de Juan el Evangelista, principia el área del Arbol de la Vida: del Todo, que todo lo abraza, que todo lo purifica, que todo lo vivifica... Un paso en el sendero, no es la muerte. No es sino la marcha serena, mayestática, para decirle a la Naturaleza: Madre nuestra, me devuelvo a tu seno...

Daniel Córdova Toral, un átomo más integrado a las fuerzas creadoras del Cosmos. Pero un átomo de corazón pujante, de pupilas encendidas; un átomo de cabeza blanca: de cabeza envuelta en las flamas de la eternidad... El, con este sereno tránsito suyo; él, como siempre maestro cariñoso de las más caras enseñanzas; él, descifrador paciente de los cívicos y viejos palimcestos; él, con su paso hacia todos los horizontes, nos acaba de enseñar, nos acaba de decir que, precisamente, en esta orilla, en donde nos quedamos, no existe, no puede existir el Arbol de la Vida, como soñara, en sus ensoñaciones apocalípticas, Juan el Evangelista...

En estos instantes, señores, no quiero, no puedo, ni debo, trazar la silueta ni apuntar la obra de quien, como Daniel Córdova, tan gallardamente, tan noblemente, tan austeramente, vivió integra su vida de hombre y de ciudadano. Porque, además, estos signos los vivió naturalmente, sin esfuerzo alguno; los vivió como una sencilla cosa de todos los días, como el agua que corre, como la lluvia que refresca, como el rayito de sol que fecunda la vida... Todo en él era espontá-

neo, sencillo, natural. La gallardía estaba en su figura esbelta, espi-gada; la nobleza estaba en su espíritu de delicadezas sumas; su rectitud y su vida sin mancha, se encendían en sus retinas fulgurantes y eran antorcha en sus sienas venerandas... Le miro. Le estoy mirando. Alto, delgado, de hombros firmes, de cabeza coruscante... Le oigo. Le estoy oyendo. Su palabra pulcra, clara, encendida, medida, melódica. Le estrecho las manos. Le estoy estrechando sus manos blancas, pálidas, nerviosas, finas, recias... Y su espíritu flota en mis pupilas. Su espíritu limpio, transparente, ingrávido, libre, libre sobre todas las cosas...

Si... Mi palabra es flaca para trazar la ruta y la obra de Daniel Córdova Toral. El no solamente que fue bueno y bondadoso. No solamente encarnó con derecho total al patricio de la más altísima aristocracia espiritual... Daniel Córdova, ante todo y sobre todo, fue un creador, un artista, una encarnación de un raro tipo de mística: un demiurgo desconocido moraba en su pecho, en sus ojos, en su cerebro... Córdova fue, he dicho, un artista, un creador de "cosas" perdurables, de "cosas" grandes, de "cosas" bellas: escuelas, colegios, institutos de cultura, surgieron por obra de su raro misticismo; juventudes, hombres y entelequias como la justicia, la libertad y la democracia, forjaba su demiurgo, forjaban sus manos con delectación pasmosa...

En verdad, de no ser mis palabras tan flacas y tan pobres, es aquí en donde debería afirmar el acento: Daniel Córdova, como muy pocos, como nadie, si he de hacer uso de la medida justa, fue con su vida, con su ejemplo y con su aliento, un maestro, un apóstol de juventudes. ¡Cómo se deleitaba abriendo caminos, pero anchos caminos, para la juventud!... ¡Cómo sus ojos centelleaban cuando sus jóvenes alumnos batían por todos los vientos todas las banderas de la libertad!...

Pero, posiblemente, su amor a la juventud, su amor a la libertad, su gran amor por la democracia, tenían una sola explicación y un único motivo: su amor a la patria, su ascendrado amor a la patria, porque Daniel Córdova Toral, ante todo y sobre todo, fue un patriota excelso, un patriota que podía formar paradigma con los grandes fundadores de esta patria nuestra... No apunto una hipérbole, si recuerdo en estos instantes, que los días más dolorosos de la vida esplendorosa de Daniel Córdova, fueron aquellos días oscuros, de densas sombras, de

tragedia y de muerte, en que la patria fue agredida y descuartizada para nuestra mala ventura...

Daniel Córdova Toral, de haber vivido en los años patriarcales, cuando el más justo, el más sabio de sabias experiencias; cuando el más fuerte de espíritu, cuando el de corazón más valiente, regentaba la basta familia, hubiera sido él por derecho propio el rubio rabino de esta tierra torebambina...

Por todo esto, señores, la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales de nuestra ilustre Universidad, por mi voz emocionada, ha querido decirle a su ilustre ex-profesor y maestro desaparecido, paz, toda la paz posible en su tumba veneranda; y yo, que fui por él llevado de la mano, con la unción de mi sangre, con la devoción de mi ancestro por su ancestro, quiero decirle a Daniel Córdoba que mi carabela está también en las aguas navegando en ruta por la blanca estela de la de él y con la luz de la estrellaque se llevó en sus manos..."

También a nombre de la Federación de Estudiantes Universitarios del Ecuador, el señor Hernando Moreno Espinosa, alumno de la Facultad de Jurisprudencia, pronunció el siguiente discurso:

"Señores:

Vengo a nombre del Comité Ejecutivo de la Sede Nacional de la Federación de Estudiantes Ecuatorianos, a depositar sobre el túmulo de Daniel Córdova Toral, un manojo de rosas frescas en testimonio de aprecio y reconocimiento a sus nobles virtudes ciudadanas.

He recibido de mis compañeros el difícil encargo de hablaros en circunstancias en que se siente más que en otras la impotencia de la palabra como medio de expresión del dolor. Diríase que la palabra se anuda en la garganta para luego deshacerse en sollozos y suspiros, traduciendo así con más sinceridad la emoción que embarga el ánimo en tales momentos.

Daniel Córdova Toral ha desaparecido del escenario de la vida; pero ha pasado al Panteón de los Inmortales, ya que su nombre deja

escrito en áureos caracteres en los fastos de la Historia Nacional. Con Daniel Córdova Toral, muere el adalid de la democracia, el adelantado de la civilización y el progreso; el soldado que montaba la vieja guardia, celosa defensora de la libertad y de los derechos del hombre.

Daniel Córdova Toral fue paradigma de nobles y raras virtudes cívicas. Siempre estuvo junto a la juventud, apoyándola, sosteniéndola en su denodada lucha por la consecución de ideales tras la construcción de una Patria libre de las cadenas con las que se pretende atar el pensamiento y oprimir la conciencia. Parece que aun vemos su figura señera y gallarda, de pie, en actitud valerosa, luchando por sus ideales, con nobleza, con desinterés, sin ambages.

Daniel Córdova Toral fue un gran patriota. Su contextura física era el reflejo de su contextura moral. Obraba como pensaba y pensaba como obraba. La Educación Pública, en el Azuay y en la Patria toda, le debe mucho. Es él quien fundara las primeras escuelas laicas para uno y otro sexo en esta ciudad. Es él quien estableciera el Normal "Manuel J. Calle" destinado a llevar la antorcha del saber a los más lejanos poblados. Una de las mejores épocas del Colegio "Benigno Malo" fue bajo su rectorado. Como Ministro de Educación fue el continuador de la obra iniciada por Don Luis Napoleón Dillon, imprimiendo nuevos rumbos a la Enseñanza Pública, cuando ese portafolio era ocupado por hombres como Dillon y Manuel María Sánchez.

Cuando el triunfo en su vida de hombre público resplandecía esplendoroso, supo el distinguido patricio aceptarlo estoicamente, con aquel que sólo los verdaderos valores suelen tenerlo y con igual estoicidad esperó la muerte, sereno y tranquilo, fiel hasta ahí con sus ideales.

Es por esto que la juventud azuaya se siente vinculada a su nombre y a su labor y lamenta su temprana desaparición. Su vida y su obra, compañeros, deben sernos ejemplo en el desenvolvimiento de nuestras actividades, sobre todo ahora que la Patria y la Libertad exigen de nosotros grandes sacrificios.

Paz en su tumba."



1013  
33  
050  
10-31

ANALES DE LA  
UNIVERSIDAD  
DE CUENCA

---

Publicación Trimestral

---

APARTADO Nº 168

CUENCA — ECUADOR

---

La responsabilidad por las  
ideas sustentadas en las  
páginas de esta Revista,  
corresponde exclusivamen-  
te a sus autores.